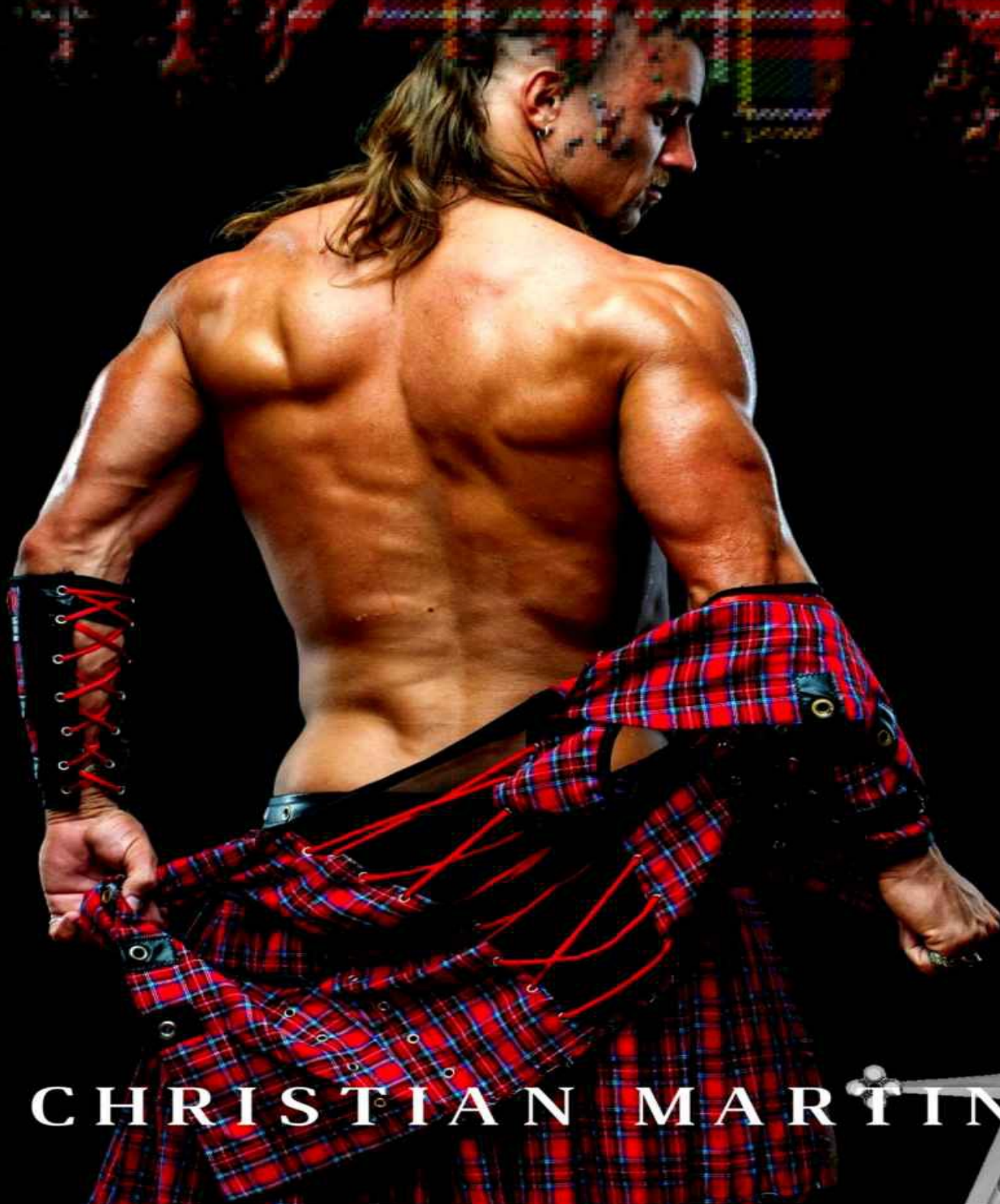


UNA GUERRA DEL PASADO



CHRISTIAN MARTINS

UNA GUERRA DEL PASADO

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN MAYO 2018

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS

Que cada cual siga su inclinación, pues las inclinaciones suelen ser rayas o vías trazadas por un dedo muy alto, y nadie, por mucho que sepa, sabe más que el destino.

Benito Perez Galdós

Esta novela está dedicada a todas aquellas personas que persiguen sus sueños y que luchan cada día por hacerlos realidad.

A aquellas personas que valoran su tierra, sus costumbres, sus raíces.

A aquellas que imaginan otras épocas y otros lugares muy lejanos.

Pero, sobre todo, está dedicada a todas aquellas que necesitan letras y páginas para viajar.

Sin añadir nada más, te deseo un feliz viaje a las Highlands junto a Diane...

¡Nos vemos más tarde!

1

Diane se quedó observando fijamente el reflejo que el espejo le devolvía. Repaso las ondas de su cabello pelirrojo con los dedos y después fijó su atención en las marcadas ojeras que se habían instalado bajo sus párpados, profundizando y oscureciendo su verdosa mirada. Había sido un viaje largo y estaba agotada, así que lo mejor sería marcharse a dormir cuanto antes.

Abrió la única maleta con la que había viajado; aquella en la que había guardado todas sus pertenencias antes de abandonar Londres. Rebuscó hasta dar con uno de sus cómodos y viejos pijamas y, antes de cerrar, sacó la fotografía de su abuelo. Era una fotografía antigua y en ella aparecían los dos juntos. Diane no tendría más que cuatro o cinco años y estaba sentada sobre su regazo, sonriendo con amplitud — como siempre que estaba junto a él —. Su abuelo, por aquel entonces, aún era joven. Lucía una enorme barba pelirroja y llevaba la cabeza rapada al cero. Diane tenía la sensación de que cuando observaba esa fotografía, también podía atisbar el verdadero espíritu de su abuelo Reid. Sonrió con nostalgia, rememorando silenciosamente todas las historias que su seair le había contado sobre sus antepasados. Según él, no sólo tenían descendencia escocesa, sino que además llevaban sangre vikinga en las venas. Su antepasado vikingo se había asentado después de un largo viaje y una guerra en las Highlands y había formado un clan que, más tarde, sería indestructible; los MacLeod.

Diane se había criado escuchando todas esas historias y había aprendido a amar su pasado tal y cómo Reid se lo relataba. De niña, cuando se caía y se hacía daño, su abuelo siempre le repetía las mismas palabras: «recuerda quién eres y de dónde vienes». Y a Diane le bastaba con esa única frase para darse cuenta de que ella era la descendiente directa de los guerreros de las Altas

Tierras y que no podía llorar. No debía. En sus venas corría sangre vikinga de verdad y sólo por esa razón, debía de ser fuerte.

Reid había sido el hombre más maravilloso que jamás había conocido. Aunque la última imagen que conservaba de él no era precisamente la mejor, incluso en su lecho de muerte había sacado fuerzas para susurrarle lo mucho que la quería en gaélico. Y esas últimas palabras habían bastado para hacer que Diane se subiera en el primer vuelo directo a Edimburgo y en el siguiente autobús hasta Inverness.

Allí estaba por fin.

Se puso el pijama y se acurrucó en la cama, aún sin apartar la mirada de la fotografía. Una lágrima silenciosa recorrió su mejilla, así que se apresuró para quitársela de un manotazo. Reid la había enseñado a ser una mujer fuerte, segura y decidida. Y llorar era un signo de debilidad del que su abuelo no se hubiera sentido orgulloso.

— No me juzgues, seanair — susurró en voz baja — . Te echo demasiado de menos.

Aunque estaba realmente destrozada por el viaje y sabía que al día siguiente le tocaría comenzar con su jornada laboral, se sentía incapaz de conciliar el sueño. No podía dejar de preguntarse a sí misma si Reid se encontraba contemplándola desde el cielo. Si se sentiría orgulloso de que ella hubiera decidido regresar a sus orígenes a pesar de las dificultades que eso le suponía.

En Londres contaba con la fortuna y el cobijo de sus tíos políticos, pero allí, en Inverness, no conocía ni contaba con nadie. Tendría que sacarse las castañas del fuego ella solita.

— Te quiero, seanair — dijo, antes de cerrar con fuerza los párpados.

Le costase o no, tenía que descansar.

*Seanair: significa abuelo en gaélico escocés.

2

Se despertó con la segunda alarma del despertador y se encaminó directa a la ducha. Revisó su reloj antes de secarse el pelo y comprobó que aún le quedaban más de cuarenta minutos para que diera comienzo su primer día laboral en Inverness; podía tomarse las cosas con calma y no apresurarse.

Se vistió unos vaqueros y un grueso jersey de lana antes de atarse su cabello pelirrojo en una alta cola de caballo. Aunque la imagen que le devolvía el espejo no era del todo de su agrado, no sabía cómo mejorarla. Por alguna razón, las pecas que marcaban sus mejillas se habían acentuado dotándola de un aspecto infantil que le disgustaba. Decidió que no le quedaría más remedio que bajar a la taberna así vestida y evitar lo máximo posible volver a ver su imagen reflejada en lo que restaba de día.

Aunque no era el trabajo de sus sueños, sus servicios como camarera en la taberna de aquel hostel se remuneraban con su alojamiento y un limitado sueldo que le permitiría sobrevivir en el día a día; suficiente para comenzar una nueva vida y no mirar atrás.

Bajó las escaleras hasta la planta baja y se quedó observando las mesas que se esparcían por la estancia redonda del establecimiento. Una barra de madera con forma curva rodeaba el local y, tras ella, se encontraba Norris; el hijo del dueño de aquel lugar. Él había sido el encargado de contratarla y la única persona con la que había tratado desde que había puesto un pie en Inverness.

— ¿Preparada para tu primer día? — preguntó el muchacho de buena gana.

Aunque no podía decirse que Diane lo conociera, lo poco que habían charlado le hacía intuir que Norris era un tipo legal y agradable en el que podría confiar en un futuro. No tenía la apariencia de un jefe rudo y distante;

cosa que resultaba ser un alivio para ella.

— Más o menos... — respondió con sinceridad, frotándose las manos con nerviosismo.

Nunca había trabajado como camarera y ese pequeño detalle la agobiaba bastante.

— Es muy fácil, lo harás bien — respondió Norris, indicándole con un gesto que accediera al interior de la barra — . Por las mañanas no hay demasiado ajetreo, así que es un buen turno para que vayas aprendiendo dónde está cada cosa y cómo funciona.

— Vale.

Las dos horas siguientes las pasó estudiando cada rincón de la taberna y aprendiendo a sacar la mejor espuma de la máquina de cafés.

Sobre las diez de la mañana Norris y ella decidieron hacer una breve pausa para desayunar juntos; ya que el hostel se encontraba inmerso en una repentina tranquilidad que, con probabilidad, no tardaría en romperse.

Se sentaron en una mesa del fondo con una taza caliente y la bollería sobrante de los desayunos en un plato. Norris hablaba sin parar mientras Diane no podía evitar sentirse totalmente fuera de lugar. Todo lo que la rodeaba era tan nuevo para ella que tenía la sensación de que aquella no era su vida. Sentía que cada segundo de la mañana pertenecía a un sueño del que, tarde o temprano, despertaría.

— ¿Te ha dado tiempo a conocer Inverness?

Diane tragó el trozo de bollo con rapidez para responderle.

— Aún no. En realidad, ayer llegué bastante tarde y todo estaba a oscuras.

Norris frunció el ceño.

— Podríamos ir esta tarde al mercado victoriano — propuso, sonriente — , ¿qué te parece? Es un buen sitio por donde comenzar a conocer estos lares.

Diane se encogió de hombros y asintió con poco entusiasmo.

— Supongo que estaría bien — respondió.

Calculó en ese instante que Norris tendría unos veintiséis o veintisiete años; unos cinco o seis más que ella. Aunque intentaba esforzarse por hacer un amigo y no encontrarse sola, sentía auténtico pánico ante la idea de que su nuevo jefe le estuviera proponiendo una cita romántica y no una simple excursión por cortesía.

No se veía preparada para comenzar un romance y mucho menos, con su jefe.

Un huésped tardío descendió las escaleras y se acercó hasta la barra.

— No te preocupes, iré yo. Termina de desayunar tranquila.

— Gracias — murmuró, diciéndose a sí misma que el chico de verdad parecía ser un buen tipo.

Después de todo, su primera mañana de trabajo no había sido tan horrible como podía haber imaginado.

Antes de darse cuenta había llegado la hora de comer y abandonaba la taberna con una sensación agridulce. Norris era agradable y el trabajo tampoco era tan malo como se podía imaginar, así que podría servirle para una corta temporada. Después tendría que buscarse otra cosa más decente.

Tenía pensado recorrerse las Highlands de arriba abajo. Inverness sólo era un punto del mapa por el que comenzar su visita. Diane había decidido investigar cada rincón de Las Tierras Altas escocesas en busca de su lugar; o al menos, del lugar que más acogedor le resultase. Sabía que sería una larga aventura y que le llevaría su tiempo llevarla a cabo, pero tampoco le importaba. El único inconveniente en todo aquello era el maldito dinero del que sus tíos habían decidido privarla; ése que la limitaba a la hora de desplazarse por sí misma.

Subió a su habitación y se sentó en la cama.

Tan sólo eran las dos del mediodía, así que tendría tiempo de sobra para echarse un rato y descansar antes de que Norris subiera a buscarla. Aún tenía acumulado el cansancio del viaje que la había llevado hasta allí y necesitaba recuperar fuerzas.

Se tumbó de costado, adquiriendo una posición fetal, y contempló la fotografía de Reid que descansaba en la mesilla de noche. En los últimos tiempos, aquella había sido la única fórmula que la había logrado transmitir la suficiente paz como para conciliar el sueño.

Se quedó dormida antes de darse cuenta y se despertó un par de horas después con el sonido de la lluvia golpeando con fuerza el tejado del hostel. Pensó que esa era la manera en la que las Highlands le daban la bienvenida; con lluvia.

Adoraba ver llover y le encantaba mojarse caminando por las calles desérticas mientras el resto de las personas buscaban refugios en los que protegerse del temporal. Era una de las sensaciones que mayor libertad le transmitía y hasta ese día, jamás había encontrado nada comparable.

Se levantó de la cama y se arrastró hasta la ventana de su habitación. Una fina capa de vaho se había formado en ella, dificultando la visión del exterior. Cerró los ojos y se concentró en el sonido de las gotas golpeando el cristal. Era agradable, sí. Después deslizó un dedo por el cristal, dibujando una fina línea que caía zigzagueante hasta el marco. Divisó el exterior y le gustó; las calles, como era de esperar, se habían quedado vacías. Algún que otro peatón corría bajo un paraguas en busca de algún saliente en el que refugiarse de las inclemencias del tiempo, pero en general, las calles de piedra y los jardines húmedos y verdosos parecían descansar de la vida humana.

Dos golpes secos contra la puerta de su habitación la obligaron a regresar a la realidad y a abandonar sus pensamientos.

— ¿Diane?

— ¡Ya voy! — exclamó, aún con el rostro pegado en el cristal.

No podía creer lo que estaba observando.

— Te espero en la taberna — gritó Norris desde el otro lado de la puerta.

¿Pero qué demonios hacía aquel hombre ahí?

Estaba de pie, bajo la lluvia, inmóvil en mitad de la callejuela. No llevaba ningún tipo de gorro ni paraguas, y como tenía el pelo largo, un reguero de agua goteaba por su flequillo y su frente. Desde la distancia no podía

observarle detalladamente, pero Diane se sorprendió de lo alto y grande que daba la impresión de ser. Sí, era enorme.

Frotó el cristal con el puño de su jersey de lana para despejar una mayor parte y, mientras lo hacía, se dio cuenta de que no podía apartar la mirada de la imagen de ese hombre. Era hipnótica.

Sabía que Norris la estaba esperando y que tenía que bajar y retomar su trabajo; pero no quería hacerlo. Miles de preguntas se embotellaban en su cabeza, incapaz de comprender la actitud de la persona que se encontraba en el exterior. Perfectamente podría haberse tratado de un reflejo de sí misma, pero claro, Diane sabía que ella no era para nada normal. Ella era un bicho raro digno de un verdadero estudio científico.

La figura se giró.

A pesar de la distancia, Diane tenía la extraña sensación de que él también la observaba a ella. Pegó aún más su rostro al cristal y su aliento lo empapó formando otro surco de vaho que se apresuró a retirar. Entonces se percató de que el hombre comenzaba a extender los brazos hacia el cielo, como si quisiera recibir a la lluvia de aquel modo. Un escalofrío le corrió la columna vertebral cuando el temporal se intensificó y un luminoso relámpago centelleó entre las nubes grisáceas de Inverness. Alzó la mirada hacia el cielo y, cuando volvió a bajarla, el hombre había desaparecido. Se había esfumado.

Se apartó con confusión del cristal y se sentó de nuevo sobre la colcha de su cama; pero nada más hacerlo, recordó que Norris la esperaba abajo.

3

— Parece que la lluvia no amainará en toda la tarde — señaló Norris, caminando junto a Diane bajo el paraguas.

El mercado victoriano de Inverness se alzaba impetuoso frente a ellos.

El edificio era precioso, una gran joya de mil ochocientos noventa cuya fachada se había conservado tal y como era originalmente. Bajo la lluvia, la piedra de los arcos reflejaba cada color de su alrededor dotando al edificio de vida propia.

Cruzaron los arcos de la entrada y accedieron al interior, donde el bullicio de la vida los recibió con alegría. Estaba totalmente abarrotado de gente, así que se escabulleron hacia una esquina para poder caminar con tranquilidad y dejar el centro para los transeúntes más rápidos. Diane contempló las pantallas que flotaban sobre su cabeza y observó cómo un pequeño trencito cruzaba el techo, creando un espectáculo visual de lo más entrañable.

— ¿Te gusta? — preguntó Norris.

Ella asintió, sonriente.

— Es muy bonito — respondió.

Aunque en realidad no podía evitar sentir un poco de lástima por lo atestado que se encontraba. Supuso que gran parte de la juventud de Inverness se había refugiado del clima en el mercado.

— Esto es más bonito que Inglaterra — aseguró Norris, propinándole un codazo juguetón.

Diane sacudió la cabeza.

— Aún no puedo confirmarlo, pero eso mismo decía siempre mi abuelo.

Tiendas de toda clase y condición se abrían paso frente a ellos; perfumerías, floristerías, restaurantes, pescaderías, puestos de fruta, relojerías, joyerías, etc. En aquel lugar tan grande era imposible no dar con el producto que uno deseaba obtener.

— Tu abuelo era un tío sabio — señaló Norris.

Diane se detuvo frente al escaparate de una tienda de antigüedades.

Se quedó observando fijamente un camafeo con antiguos grabados que tenían expuesto en la parte más alta de la estantería. Estaba colocado sobre la tela de un tartán y la imaginación de Diane no tardó demasiado en desprenderse de la tierra y trasladarse hasta aquellos recónditos lugares sobre los que su abuelo Reid solía contar historias. Podía imaginarse al apuesto y elegante guerrero vestido con los colores de su clan con aquel camafeo al cuello. Seguramente contendría un mechón dorado de su hermosa dama que portaría con orgullo hasta el final de la batalla a la que acudía a enfrentarse.

— ¿Te gusta?

— Me gustan las antigüedades — explicó, girándose hacia el chico.

Se dio de bruces con sus ojos verdes y su sonrisa sincera. No había esperado encontrar su rostro tan cerca del de ella, así que un rubor ascendió por sus mejillas delatándola. Norris apartó la mirada y caminó un paso atrás, concediéndole a la chica su espacio personal.

Caminaron hasta el restaurante más cercano y pidieron un par de cafés en vasos de cartón para llevar y que calentasen sus congeladas manos mientras recorrían todas las tienditas del mercado. Diane descubrió que Norris, además de un chico agradable, era de lo más hablador. Le explicó superficialmente algo sobre que el mercado se había incendiado en una ocasión y después le prometió llevarla al castillo de Urquhart. Según el muchacho, merecía la pena perder una tarde entera en visitarlo. Charlaron de los turnos que compartirían en la taberna y, a media tarde, Diane se dio cuenta de que sobrellevar una conversación con él ya no le resultaba un acto forzado.

— ¿Te cubro? — preguntó Norris bajo los arcos victorianos del edificio.

Diane lanzó una mirada fugaz a su paraguas y decidió no abrirlo.

— Vale — respondió, juntándose más al muchacho.

Rodeó su brazo con una mano y echaron a caminar sobre los charcos de Inverness. La lluvia no había menguado y el cielo parecía haberse encapotado más aún, por lo que debían regresar a la taberna cuanto antes.

— Ya verás, hoy estarán las mesas hasta arriba — explicó con cansancio — . Es lo malo de que llueva tanto, que la gente prefiere cenar en el hostel y no salir por ahí.

— ¿Eso es malo? Creí que os resultaría beneficioso para el negocio familiar.

Norris soltó una carcajada sincera.

— Tienes razón — admitió, acelerando el paso — . No le cuentes a mi padre lo que he dicho.

Diane le guiñó un ojo.

— ¡Palabra!

En el mismo instante en el que alcanzaban el vehículo de Norris, una ambulancia cruzaba a gran velocidad la calle salpicándolos por completo con el agua embarrada de los charcos. Llevaba la sirena puesta y circulaba a una velocidad realmente peligrosa, así que no tuvieron tiempo de lanzarle más que una mirada antes de perderla de vista.

Norris maldijo en voz baja, inspeccionando sus ajados tejanos y sacudiéndose el barro de la chamarra de mal humor hasta que Diane comenzó a reír como una loca. Alzó la mirada hacia la muchacha y se percató de que su estado era aún peor que el de él, pues el jersey de lana blanco que vestía había adquirido un repentino tono marrón. Si ella se lo tomaba con humor, él también. Le devolvió la sonrisa y poco después, ambos se carcajaban apoyados contra su coche. Norris pensó que tenía mucha suerte de que aquella chica hubiera aparecido en su hostel, porque era realmente preciosa. No había necesitado más que aquella mañana en la taberna para percatarse de cómo la

contemplaban el resto de los clientes: embobados. Se preguntó si ella sería realmente consciente del efecto que causaba en los hombres o, de lo contrario, si ignoraba lo exótica que se veía para los demás. Su cabello rojizo, largo y ondulado parecía más propio de una sirena de leyendas de mar. Las pecas que decoraban sus mejillas la dotaban de un aspecto aún más peculiar y, a pesar de su delgadez, lucía unas sensuales curvas que se ensanchaban disimuladamente a la altura de su cadera. Sí, Diane era muy atractiva, y por esa razón esperaba poder tener una oportunidad con ella.

4

Las sirenas de las ambulancias no la habían permitido conciliar el sueño en toda la noche. Eran las cinco de la mañana cuando Diane abrió los ojos y se encontró sumida en la penumbra de su habitación, preguntándose si estaría volviéndose loca o si las estaría escuchando de verdad.

Habían sido, como mínimo, cuatro ambulancias. Y las cuatro habían logrado arrancarla de cuajo de sus queridos onirismos.

Sentía los músculos de su espalda agarrotados y los ojos secos. Era una sensación muy incómoda y sabía que no tendría ninguna solución hasta que recuperase las horas de sueño que le faltaban.

Volvió a tumbarse en la cama e introdujo la cabeza bajo la almohada con la intención de amortiguar los sonidos del exterior. ¿Cuatro ambulancias en una noche? ¿Qué demonios había sucedido allí afuera? El sonido desgarrado de un trueno hizo temblar las paredes de su habitación.

Sí, definitivamente, aquella noche no lograría conciliar el sueño.

Hastada y envuelta en la colcha de su cama, se dirigió a la ventana y contempló la oscuridad del exterior. Todo estaba tranquilo; muy tranquilo. Se preguntó por dónde habrían podido pasar las ambulancias — la calle que quedaba bajo su ventana era demasiado estrecha y semi-peatonal —, ya que había escuchado las sirenas como si hubieran cruzado por la mitad de su propio dormitorio.

Se dijo que quizás el temporal podía haber causado algún accidente de coche

en algún lugar cercano. Pero incluso en esas circunstancias cuatro ambulancias le parecían excesivas. Estaba a punto de regresar a la cama cuando contempló de nuevo su figura bajo la tenue y amarillenta luz de una farola y comprendió que se trataba del mismo hombre que había observado aquella tarde, antes de acudir al mercado con Norris.

El corazón se le sobresaltó en el pecho cuando se percató de que el hombre también la observaba a ella. A pesar de la distancia, podía distinguir por el brillo de su mirada que el color de sus ojos era de una tonalidad clara. Intentó controlar sus desajustadas pulsaciones y relajarse, pero aquellos hombros anchos la intimidaban con demasiada facilidad.

¿Qué podía querer aquella persona de ella? Acababa de llegar a Inverness y no conocía a nadie — aparte de a Norris —. No sólo no parecía importarle mojarse bajo la lluvia si no que, además, daba la impresión de que el frío no lograba traspasar las capas de su piel. ¿Cuánto tiempo llevaría así, de pie, en la intemperie?

Diane descubrió que el misterio le parecía demasiado atractivo como para ignorarlo y regresar a la cama; así que en lugar de eso se calzó unas botas y un chubasquero y corrió escaleras abajo evitando hacer ruido para no despertar al resto de los huéspedes del hostel. A diferencia de ella, el resto de los inquilinos parecían descansar en calma.

Las frías gotas de lluvia le dieron la bienvenida al exterior.

Se colocó el gorro del chubasquero y caminó con paso decidido al frente, con la determinación de que aquel hombre no la intimidase.

— Eh... ¿Hola? — pregunto, dubitativa, en voz baja.

No quería despertar a nadie.

El hombre se giró hacia ella y su corazón volvió a latir de manera desbocada.

No era grande, sino enorme. Vestía, únicamente, unos tejanos y una fina camiseta beige empapados que se pegaban a la musculatura de su cuerpo. Diane no supo calcular cuánto tiempo llevaría ahí plantado, bajo la lluvia, pero no pasó por alto lo mojado que se encontraba.

Dio otro paso al frente.

— ¿Estás bien? ¿Puedo ayudarte?

Su estatura le intimidaba.

A su lado, ella debía de parecer una enana de un circo y él un hombre gigantesco.

Se quedó mirándole fijamente a un par de metros de distancia, decidida a no marcharse del lugar hasta recibir una explicación por su parte.

— Te he visto por la ventana de mi habitación...

El hombre alzó la mirada hacia ella.

Efectivamente, tenía unos profundos ojos azules celestes que la dejaron sin habla. Diane intentó calcular su edad, pero lo grande e intimidante que resultaba le complicó la tarea. Perfectamente podría haber tenido los mismos años que ella o diez más; era imposible adivinarlo.

— He pensado que quizás necesitarías ayuda...

Inmóvil bajo la luz de la farola, aquel hombre parecía más una alucinación que una persona real. Diane intentó armarse de valor y reducir la distancia que les separaba, pero fue incapaz de mover un solo pie de la piedra de la calzada.

El sonido de otra ambulancia circulando a gran velocidad hacia ellos a su espalda captó su atención.

— ¿Sabes qué es lo que ha pasado? — preguntó absurdamente.

Entonces el sonido de la ambulancia les alcanzó.

Parecía increíble que el vehículo pretendiera cruzar aquel callejón; pero así fue. Diane se retiró de un salto al arcén y después caminó hasta quedar a salvo en los embarrados jardines de enfrente. Quiso prevenir al extraño hombre para que hiciera lo mismo, pero para entonces la ambulancia cruzaba frente a ella a gran velocidad, enmascarando cualquier sonido con su sirena.

Cuando por fin pasó de largo, el misterioso hombre ya no estaba presente. Se había esfumado.

5

Había regresado a su habitación taciturna y confusa, y aunque había procurado volver a conciliar el sueño tras el encuentro, no había obtenido ningún resultado.

Estaba aprendiendo a convivir con el cansancio físico desde que había llegado a las Highlands, y aunque cada vez parecía más acostumbrada, sus marcadas ojeras no hacían otra cosa que profundizarse. Si seguía así, terminaría pareciendo un mapache.

— Tienes mala cara — señaló Norris a modo de saludo — . ¿No has dormido bien?

Diane negó.

— Las malditas ambulancias no me han dado tregua.

El muchacho torció el gesto en señal de confusión, pero antes de que pudiera preguntar nada al respecto, un huésped apareció tras la barra en busca de su desayuno.

El segundo día de trabajo resultó ser muchísimo más dinámico que el primero. Diane aprendía con rapidez y para entonces ya era capaz de desenvolverse con destreza tras la barra. A decir verdad, los desayunos formaban el turno de trabajo más tranquilo y ameno de todo el día. Mientras ella preparaba los cafés, Norris partía un pedazo de tarta casera o emplataba algo de bollería para los clientes. Como norma general, nadie solía pedir un combinado a las siete de la mañana, lo que hacía de la tarea algo muy previsible.

— ¿Tienes planes para esta tarde? — preguntó Norris.

Diane tuvo la sensación de que el chico pretendía convertirse en su guía oficial en Inverness.

— En realidad, sí — admitió — , tenía pensado dar un paseo para conocer la capital e investigar un poco. Nada del otro mundo.

Norris parecía decepcionado.

— ¡Vaya! Yo pensaba proponerte una salida al Loch Ness.

La oferta era enormemente tentadora, pero no le resultaba agradable la idea de que pasar las tardes con Norris se convirtiera en una costumbre general. Y salir dos días seguidos con el mismo chico podía dar a entender cosas que en realidad, no eran.

— ¿Por qué no aplazas el paseo por la capital para otro momento?
— propuso Norris con aire ausente, sin dejar de secar los platos — . He escuchado en el telediario que esta tarde saldrá el sol...

— ¿De verdad?

Acababa de salir a tirar la basura y ahí afuera seguía diluviando a mares. No parecía que en un par de horas ese cielo encapotado pudiera despejarse.

— Sí, eso dicen. ¿Por qué no aprovechamos para salir de excursión? Tendrás miles de tardes lluviosas para pasear bajo tu paraguas — rió el muchacho.

— Está bien — concluyó Diane, sonriendo a Norris — . Iremos a visitar a Nessie.

Sobre la una y media el padre de Norris apareció en la taberna dispuesto a darles el relevo. El turno del mediodía y de la cena lo cubría él junto con la tía de Norris, Nadine, así que después de preparar dos sándwiches y envolver un poco de empanada abandonaron la taberna.

Mientras Norris conducía con la destreza de quien conoce las carreteras sobre las que rueda, Diane no lograba sacar de su cabeza el episodio que había tenido lugar aquella noche. Los penetrantes y celestes ojos del misterioso hombre se habían instalado tortuosamente en su cerebro para atormentarla sin descanso. ¿Quién era? ¿Qué hacía allí, inmóvil, bajo la lluvia?

Estaban atravesando una carretera de una preciosa llanura de colores amarillos, verdes y primaverales cuando Diane recordó las ambulancias.

— Oye, Norris. ¿Te has enterado de qué sucedió ayer?

Debía de haber sido un accidente bastante importante para precisar de tanta asistencia médica.

— ¿Qué sucedió?

El chico parecía no saber de qué le estaba hablando.

— ¿No escuchaste anoche las ambulancias? Al menos fueron cinco...

— ¿Y las escuchaste desde el hostel? ¡Vaya oído tienes! — bromeó Norris, sin apartar la vista de la carretera.

Diane, sin perderse detalle del hermoso paisaje que iban dejando atrás, continuó explicándose con seriedad.

— Pasaron por debajo del hostel — aseguró — . Pude ver una desde la ventana de mi habitación.

Norris sopesó las palabras de la joven, y aunque le sentaba mal desmentirla, sabía que lo que estaba contando era imposible. Incluso aunque la ambulancia acudiera a auxiliar a una zona cercana al hostel, aquella carretera era demasiado estrecha para su paso. De vez en cuando algún coche se quedaba taponado y no lograba avanzar hasta el final; y eso sin contar el mal estado del pavimento y de la zona peatonal. Cualquier ambulancia o equipo de auxilio rodearía la manzana del hostel antes de cruzar esa calle.

— ¿Seguro que no soñaste con ella? Mi padre las hubiese escuchado, seguro. Tiene el sueño tan ligero que sólo necesita el vuelo de un mosquito para despertarse.

Diane se encogió de hombros.

Estaba segura de lo que había visto.

— Además — añadió Norris — , hubiésemos escuchado algo en el noticiero de la mañana, ¿no?

Guardó silencio, preguntándose a sí misma si el chico no tendría razón y el cansancio le estaría jugando una mala pasada.

Después de veinticinco minutos de trayecto alcanzaban las oscuras y profundas aguas del lago Ness y Diane no tardó en comprobar que aquel lago era la principal atracción turística de Inverness. Mientras aparcaban el coche, de un montón de autobuses se bajaban turistas emocionados que con sus cámaras en mano esperaban captar una buena imagen del famoso Nessie.

Respiró el aire cargado de humedad y aspiró profundamente el aroma de la naturaleza. Comprendió que pocas de las personas presentes se tomaban unos minutos para contemplar su alrededor sin un objetivo que intercediera en la visión del paisaje. De pronto, sintió una punzada de lástima por el rumbo en el que había avanzado la sociedad y deseó haber pertenecido a aquella maravillosa época de aventuras y acción que su abuelo Reid siempre le relataba. Se imaginó la acampada de un clan de guerreros Highlanders a orillas del lago, recuperando fuerzas para continuar con un largo viaje a caballo. Concretamente, se imaginó a los MacLeod, que según su abuelo, había sido el apellido del clan al que nuestro antepasado había liderado en varias batallas. Decidió que sacaría un día libre de esa semana para investigar un poco más sobre sus orígenes.

— ¿Te parece si hacemos un picnic aquí?

— ¿Aquí? — repitió Diane, señalando la tierra sobre la que se encontraban.

Aunque la predicción de los meteorólogos parecía cumplirse y el sol se filtraba entre las nubes, la hierba y la tierra aún continuaban mojadas.

— Las vistas son espectaculares — señaló Norris — , y conozco esto tan bien que puedo asegurarte que no encontraremos un lugar mejor para ver el lago del monstruo escocés.

Diane sonrió.

— Podríamos comer sentados en el maletero del coche y después rodear el lago por la carretera hasta alcanzar los restos del castillo de Urquhart.

— Está bien — concluyó, incapaz de proponer un plan mejor.

Norris necesitó lo que Diane tardó en comerse el sándwich para relatar todas las anécdotas que tuvieran que ver con el monstruo Ness. De pronto, la joven había descubierto que el misterioso Nessie se había hecho famoso el mismo año que el indestructible King Kong aparecía en las pantallas de los más importantes cines y que el lago reclamaba más turismo que el propio y precioso castillo de Inverness.

Continuaron su viaje en carretera rodeando el lago para alcanzar las ruinas del castillo, tal y como había dicho Norris anteriormente. En el trayecto, un malestar repentino inundó a Diane cuando otras dos ambulancias se cruzaron en su camino. De algún modo, tenía la sensación de que las estaba atrayendo a sí misma y en su fuero interno rezaba porque no se tratase de un mal augurio.

A pocos minutos del pueblo de Drumnadrochit, a orillas del lago, alcanzaron las imponentes ruinas del castillo. Una vez más, Diane decidió guardar silencio y atender a todas las explicaciones sobre las batallas de los ingleses, escoceses y los clanes que habían tenido lugar en aquella fortaleza tan mal conservada hasta que fue destruida por los ingleses para evitar que los jacobitas se apoderasen de él.

Diane se quedó mirando fijamente las ruinas desde un alto, intentando imaginar cómo debía de verse aquella fortaleza en sus mejores años de vida.

— Parece que sabes mucho sobre las Highlands — señaló, fijando la mirada en Norris.

El pobre muchacho iba encandilándose más con la chica por cada segundo que pasaban juntos.

— En realidad, no demasiado. Sólo lo que me ha ido contando mi padre y lo que aprendí de las excursiones del colegio.

— ¡Oh, venga ya! — bromeó Diane, golpeándolo en el hombro — . No seas humilde... ¡No me gusta la falsa humildad!

Y aunque no hablaba en serio, fue suficiente para volver a hacer enrojecer a Norris.

Caminaron con el atardecer de fondo, recorriendo las estrelladas y turbias aguas del lago desde su orilla mientras varios barcos turísticos terminaban sus rutas y hacían regresar a sus pasajeros a tierra firme.

— ¿Qué sabes sobre los clanes? — inquirió Diane, indagando sin mucha esperanza.

— Algunas cosas... ¿Qué me darás a cambio de la información?

Diane no pudo evitar una risita.

La amistad que comenzaba a estrecharse entre ellos le resultaba agradable.

— ¿Acaso mi compañía no es suficiente? — bromeó también.

— Supongo que no sé demasiado sobre los clanes. Sé que cada uno tenía sus colores, que algunos eran más salvajes y menos civilizados que el resto y que la lucha por las tierras siempre fue un conflicto entre ellos — contó con rapidez, sin dejar de observar cómo el sol caía poco a poco por el horizonte — . ¡Ah! ¡También sé una cosa más!

— ¿Qué?

Norris sonrió con picardía.

— No les habrías caído demasiado bien. Seguramente, te hubieran expulsado a las Lowlands.

— ¿Por qué? — inquirió Diane, deteniéndose en seco.

— Porque eres inglesa — señaló Norris, sin poder ocultar su sonrisa socarrona — . Y los ingleses nunca nos han caído demasiado bien.

Diane respondió con un breve empujón que, momentáneamente, obligó a Norris a perder el equilibrio.

— En realidad, llevo sangre escocesa en mis venas — señaló — , la familia de mi madre vivió aquí hace muchos, muchísimos años.

— ¿Por eso has venido a Inverness?

Diane se encogió de hombros.

— En parte, sí. La verdad es que he venido porque sé que a mi abuelo le habría gustado que conociera mis raíces. Hay historias y leyendas sobre las Highlands que se han ido pasando de generación en generación, y yo me crié con ellas. Quería conocer las tierras mágicas en las que vivieron mis antepasados.

Una sonrisa inmensa se ensanchó en el rostro de Norris.

— Pues entonces estás de suerte, Diane — señaló, feliz —. Yo te las enseñaré.

6

Había sido un día largo y agotador, y como prácticamente no había descansado nada la noche anterior, estaba destrozada.

Las Highlands comenzaban a robarle la energía, pero como su querido Reid siempre le había dicho, ella era una guerrera. Podía sobrellevar cualquier cosa que se propusiera si lo deseaba.

Después de una reparadora ducha, se sentó en la cama del hostel con un mapa de las Highlands abierto de par en par. En él se delimitaban las tierras que en el pasado habían pertenecido a cada clan y se trazaba una fina línea que separaba las Highlands de las Lowlands desde Dundee a Glasgow. Tamborileó su dedo por encima del mapa hasta encontrar a los MacLeod y, con un rotulador, redondeó cada una de las tierras que esperaba visitar muy próximamente. Le parecía muy excitante pensar que en muy poco tiempo volvería a pisar los mismos lugares — guardando las diferencias — en los que habían cabalgado, caminado y asesinado sus antepasados. Se los imaginó como guerreros salvajes dispuestos a cualquier cosa por conservar y mantener lo que les pertenecía y no pudo evitar preguntarse si quizás su abuelo habría exagerado un poco aquellas fantásticas historias. ¿Serían, realmente, tan grandes y fuertes? ¿Tan despiadados? ¿Tan salvajes?

Dobló el mapa por la mitad y lo dejó en la mesilla.

Antes de apagar la luz y quedarse sumida en la penumbra, lanzó un beso fugaz a la fotografía de su amado seanair. Le echaba tantísimo de menos que era casi un sentimiento palpable. Demasiado doloroso. Y aquel viaje era la única manera de sentir que Reid aún estaba presente entre los vivos.

Pulsó el interruptor y cerró los ojos.

Inconscientemente, comenzó a repasar el día que había pasado junto a Norris y, por alguna razón, también recordó el camafeo que había visto en el mercado victoriano. Intentó despejar la mente obligándose a no divagar hasta que al final logró llevar a cabo la tarea. Pero aún con esas, Diane no fue capaz de dormirse. La tregua meteorológica que había recibido el cielo escocés acababa de llegar al final porque, incluso desde el calor de sus sábanas, Diane era capaz de escuchar la tormenta que tenía lugar en el exterior.

Abandonó la cama y se arrastró descalza hasta la ventana, sin encender la luz. El frío azotó su cuerpo cuando se pegó al cristal y notó la humedad que lo traspasaba desde el exterior. Tan sólo iba vestida con un fino camisón, así que rodeó su cuerpo con ambos brazos para impedir perder el calor corporal que albergaba en aquel instante.

Se quedó contemplando el cielo varios minutos. La lluvia y el granizo golpeaban con fuerza la fachada del hostel y los rayos relampagueaban en el firmamento. Despegó el brazo de su cuerpo para recorrer la trayectoria de una gota de lluvia y despejar levemente el vaho que comenzaba a formarse. Fue entonces cuando escuchó el sonido, lejano, distante..., pero presente. Parecía acercarse a gran velocidad en dirección al hostel y le costó creer que realmente estuviera escuchándolo y no formase parte de su hiperactiva imaginación.

¿Otra ambulancia?, pensó. Abrió los ojos como platos y se quedó inmóvil percibiendo cómo aquella sirena se acercaba más y más..., hasta que las luces de la ambulancia llegaron a su campo de visión.

—No puede ser... —susurró en voz alta, mientras el vehículo cruzaba la estrecha calle del hostel a una gran velocidad.

Otro rayo relampagueó en el firmamento y, cuando su luz se desvaneció entre las nubes de la tormenta, todo en el exterior quedó totalmente a oscuras. Diane desvió instintivamente la mirada hacia la pequeña farola que iluminaba el callejón que tenía bajo sus pies; pero la luz amarillenta se había fundido dejando el entorno en la penumbra. Por alguna razón a la que no atribuyó ninguna lógica, abrió la ventana dejando que el frío viento de la noche azotase su cuerpo. Sacó la cabeza por la ventana, permitiendo que la lluvia y

el granizo empaparan su rostro, e intentó divisar cualquier signo de vida humana a ambos lados del hostel. Allí no parecía haber nadie, y si lo había, entonces se camuflaba muy bien. Pero..., ¿y si no había nadie, por qué no se sacaba esa sensación de ser vigilada de encima?

No se percató de la celeste mirada que la observaba bajo la intemperie hasta que otro relámpago iluminó la ciudad de Inverness concediéndole cierta visión. Un escalofrío recorrió sus extremidades y, aunque en su cabeza algo le decía que debía de sentir temor y ser precavida, su corazón continuaba latiendo con la misma serenidad. ¿Quién era? ¿Qué quería de ella?

Una vez más, la luz se extinguió y todo volvió a quedar enterrado bajo el manto de la noche. Se esforzó por detectar el contorno de la silueta de su misterioso amigo entre las sombras que se formaban en la callejuela, pero no lograba identificarle.

¿Qué podía querer de ella? Porque después de todo una cosa tenía clara: aquel hombre acudía bajo su ventana por alguna razón que la implicaba directamente.

No lo pensó detenidamente antes de calzarse las botas y dirigirse escaleras abajo, al igual que lo había hecho la noche anterior. Mientras abandonaba la protección del hostel recordó las palabras de Norris: «si hubiera pasado una ambulancia, mi padre lo habría sabido».

¿Se estaría volviendo loca? ¿Estaría perdiendo la cabeza?

Su visión tardó varios minutos en adaptarse a la repentina oscuridad. Caminó entre las sombras hasta el lugar en el que calculó que el hombre de la mirada celeste debía de encontrarse y, por primera vez, su corazón comenzó a palpar arrítmicamente. Allí no había nadie, estaba sola.

El granizo comenzó a caer con más fuerza, golpeando su piel dolorosamente. Estaba decidida a regresar al resguardo de su habitación de nuevo cuando escuchó unos pasos cercanos chapoteando en los charcos. Dirigió su mirada hacia las zancadas y pudo contemplar la fornida y gran espalda del hombre misterioso alejándose de ella.

— ¡Espera, por favor! — gritó.

El hombre se detuvo.

Se estremeció al comprobar que, efectivamente, al menos debía de sacarle

dos cabezas más de altura. Era un gigante.

— ¡Por favor, no huyas! — suplicó.

Su mirada celeste la escrutó con pesar hasta que, al final, una pequeña y tierna sonrisa se dibujó en su semblante.

La joven pensó que se encontraba a punto de confesarle algo, pero en lugar de pronunciar palabra, volvió a girarse y echó a correr calle abajo. No lo pensó dos veces antes de salir tras él.

Aquella noche debía de hacer un frío terrible, pero Diane no era capaz de sentirlo. El fino camisón que vestía había quedado completamente pegado a su piel sin dejar a la imaginación de aquellos que la pudieran observar divagar sobre el contorno de sus curvas. A pesar de que movía un pie detrás de otro sin tregua y de que comenzaba a costarle respirar, no dejó de correr un solo segundo. No quería perderle. Quería explicaciones. Quería saber... quién era.

No podía verle, aunque el sonido lejano de una ambulancia significó para ella una señal. Tampoco comprendió porqué lo hacía, simplemente desvió su rumbo hacia el lugar del que provenía aquel sonido. Sus ondas pelirrojas, empapadas, se esparcían por su rostro y sus hombros. Se retiró de un manotazo varios mechones para despejar su campo de visión, agobiada. El sonido de la ambulancia sonaba cerca, muy cerca, pero no lograba hallarlo. Entonces le vio. Allí estaba el hombre de la mirada celeste, observándola fijamente. Caminó un paso en su dirección, esperando precavidamente a que él volviera a echar a correr para huir de ella. Pero no lo hizo. Ambos se miraron fijamente y Diane tuvo la extraña sensación de que ya le conocía. Tenía que haberlo visto antes, si no, ¿por qué se le hacía tan familiar su rostro? ¿Su mirada?

El hombre volvió a reflejar aquella tierna sonrisa que Diane le había visto en el callejón. Estuvo tentada de volver a preguntarle quién era, pero temía volver a perderle si cometía algún error; así que, simplemente, aguardó. Su abuelo Reid siempre decía que la paciencia era una virtud que debía aprenderse de los errores y Diane pensó que no cometería el mismo por tercera vez consecutiva.

Entonces, él estiró el brazo, dejando la palma de su mano derecha al descubierto. Era una clara invitación para que la joven caminase hacia el lugar en el que se encontraba. Diane percibió el sonido de la ambulancia acercándose más a ellos, pero para entonces todo lo que la rodeaba había dejado de tener importancia. Caminó con lentitud bajo la lluvia hasta quedar a tan sólo un metro de distancia del hombre misterioso.

— Ven — susurró él.

Su voz era suave, sedosa, casi hipnótica.

Se estaba comportando de una manera tan irracional e impropia que decidió desactivar por una noche la lógica que le gritaba interiormente que qué demonios estaba haciendo. Estiró el brazo izquierdo y dejó caer su mano sobre la palma de él. Otro rayo relampagueó con fuerza cuando el hombre misterioso tiró para obligarla a caminar hasta que ambos cuerpos quedaron separados por unos escasos milímetros. Diane percibió la sirena de la ambulancia aún más cerca, pero se sentía cautivada por aquellos ojos que parecían ser extractos del cielo.

— ¿Quién eres? — susurró en voz baja, esperando no espantarlo.

Cada vez que había abierto la boca él había salido corriendo en dirección contraria.

A tan poca distancia, podía contemplar su semblante con perfección. Era... hermoso. Sí, no el típico hombre atractivo de revista ni uno de esos actores de Hollywood. Simplemente era hermoso, casi irreal. Pensó que si aquellos ojos eran pequeños pedacitos de cielo, entonces él debía de ser un ángel. Tenía que serlo.

— ¿Confías en mí? — preguntó él.

Diane no supo qué responder, así que simplemente sacudió la cabeza en señal afirmativa. En realidad, estaba siendo sincera. Tenía una extraña e incómoda sensación de «deja vu» que le hacía sentir que aquello era un sueño del que ya había despertado en otro amanecer. Y por alguna razón, continuaba sin percibir ningún peligro en él.

El hombre misterioso la estrechó con fuerza contra su cuerpo. Diane sintió

los grandes y musculosos brazos de él rodeando su menuda figura y una sensación de protección la invadió por completo. La calidez y el aroma de aquella persona le resultaban agradables y familiares por igual. La lluvia se intensificó, los relámpagos golpearon las nubes con más continuidad, los truenos resonaron estrepitosamente sobre sus cabezas y el sonido de la sirena de la ambulancia... les alcanzó.

Cuando miró en su dirección comprendió que era demasiado tarde para lograr retirarse con éxito de su trayectoria. La tenían encima. Apretó al chico de la mirada de cielo con más fuerza y cerró los ojos cuando creyó que llegaba el momento del impacto.

Después todo se quedó en negro para Diane.

7

El olor a musgo y a humedad inundó sus fosas nasales.

Diane se sintió débil y mareada cuando abrió los ojos y se vio envuelta en el espesor de la vegetación de un bosque. No recordaba cómo diantres había podido llegar hasta aquel lugar y la sensación de desconcierto le causó un repentino malestar.

Se ayudó del tronco de un árbol para erguirse y, antes de poder caminar un solo paso, tuvo que acuclillarse para expulsar todo lo que su estómago contenía.

Mientras, mareada, recobraba la compostura, escuchó unos gritos cercanos a ella; pero aquello tampoco le supuso ningún alivio. Parecían gritos de guerra.

Aún así, no tenía la más mínima idea de dónde podría encontrarse y decidió caminar en dirección a aquellos salvajes alaridos en busca de ayuda y orientación.

¿Cómo demonios había terminado en mitad de aquel bosque? ¿Qué era lo último que recordaba?

Su mente flotaba en un enorme mar lechoso de confusión. Algunos recuerdos conseguían salir a flote, como por ejemplo, la excursión al lago Ness con Norris, pero más allá de aquella tarde todo parecía sumergido en un vacío al que no lograba acceder.

Se camufló detrás de un matorral y se mantuvo en silencio contemplando la escena que estaba teniendo lugar frente a ella. Tuvo que reprimir un grito ahogado cuando comprendió que aquellos dos hombres, vestidos con kilt y

tartán, peleaban de verdad. Con espadas reales. Con sangre en las ropas.

Dios mío, no quiero morir..., pensó, asustada.

La escena parecía tan surrealista que Diane no fue capaz de moverse un sólo centímetro. Ni siquiera de apartar la mirada.

Los dos hombres continuaban esquivando las espadas del contrario en mitad de un pequeño claro. Uno de ellos, el único al que Diane lograba observar de frente, tenía una enorme y profunda cicatriz en el rostro que le surcaba la nariz y la comisura de los labios, dotándole de un aspecto aún más temerario y agresivo del que por sí ya tenía. Ambos eran enormes, gigantes. Su corazón comenzó a latir con tanta fuerza que temió que aquellos salvajes pudieran llegar a escuchar su sonido y encontrarla allí, paralizada por el temor.

El hombre de la cicatriz parecía llevar la delantera en la batalla que se estaba desempeñando. Con un golpe seco, había derribado a su contrincante y ahora se erguía sobre él, con la espada amenazante contra su pecho. El otro hombre había perdido su espada, así que lo único que pudo hacer fue esquivar el golpe. Pero estaba atrapado. El filo de la espada rozó su mejilla, clavándose en la húmeda tierra que había junto a su cabeza. Diane pudo observar su rostro por primera vez y no tardó demasiado en reconocer aquella mirada. Era él. ¡Oh, Dios Santo!, exclamó en su interior. ¿Cómo demonios podía tratarse de... él?

Se dio cuenta de que el hombre de la mirada de cielo estaba a punto de morir.

— Púdrete en el infierno, Ewan Mackenzie — sonrió el de la cicatriz, blandiendo la espada orgullosamente.

Aunque lo había dicho en un gaélico muy cerrado, Diane había sido capaz de comprenderle gracias a las lecciones de su querido seanair.

El chico de los ojos azules sonrió a modo de respuesta. Estaba a punto de morir, pero no parecía temer a la muerte.

— ¡NO! — gritó Diane, dejando atrás la protección del camuflaje que le proporcionaban los espesos matorrales.

El hombre de la cicatriz desvió la mirada hacia la chica, incapaz de concebir

qué demonios podría estar haciendo una mujer en aquel lugar. Aquel segundo de duda fue suficiente para que el hombre de la mirada de cielo, Ewan, se liberase con una patada de la presión que le ejercía encima su contrincante. Diane se quedó helada contemplando cómo Ewan giraba sobre la tierra hasta alcanzar su espada y, sin titubear, la insertaba en el estómago del hombre de la cicatriz. La sangre comenzó a borbotear a través de la comisura de sus labios, inundando la profundidad de la marca que surcaba su rostro. Ewan retiró la espada del cuerpo y, con una leve patada, lo ritó convulsionante sobre la fría tierra.

— Púdrete tú en el infierno... A mí aún no me ha llegado la hora — dijo en voz alta, sereno, mientras limpiaba el filo de la espada en su kilt.

Podía intuirse el orgullo de la batalla vencida en su mirada y en la expresión de su rostro. Ewan enfundó la espada y recordó a la chica que, inmóvil, lo contemplaba a pocos metros de distancia. Gracias a ella estaba vivo, pensó. Su grito le había concedido la ventaja suficiente para poder recuperar una posición de ataque, así que le debía cierta gratitud.

— ¿Quién eres? — inquirió, girándose hacia ella.

Diane era incapaz de pronunciar una sola palabra.

¿Qué demonios estaba sucediendo allí? ¿Acaso había perdido la cabeza aquel hombre? Sin quererlo, desvió la mirada hacia el cadáver que yacía cubierto de sangre sobre el frío musgo. Era la primera vez que veía un cuerpo sin vida porque, incluso en el funeral de su abuelo, se había negado a contemplar el interior del ataúd. No, ella había querido recordarle en vida. Feliz y vital, tal y como Reid había sido.

— ¡Eh, mujer! ¿Me estás escuchando?

Volvió la mirada hacia Ewan e, incapaz de controlarse, comenzó a temblar.

— Lo has... matado.

El guerrero no supo qué responder.

¿Estaba señalando lo evidente? Se preguntó entonces, al igual que su contrincante lo había hecho antes de morir, qué diablos podía hacer una mujer en mitad del bosque. Eran lugares peligrosos en los que una joven no

debía adentrarse sin compañía y protección. La escrutó de hito a hito y comprendió que debía de haber sufrido algún tipo de accidente, ya que se encontraba embarrada, prácticamente desnuda y en un muy mal estado. Además, temblaba convulsivamente sin apartar la mirada del cadáver que yacía junto a él.

— Uno de los dos iba a morir — señaló, sin saber qué otra cosa podía añadir al respecto.

Ella pareció no percatarse de su respuesta y Ewan volvió a centrar su atención en su destrozado camisón. Pensó que, quizás, tuviera algún tipo de enfermedad o locura en la cabeza, incluso podía ser que el demonio se hubiera hecho con el poder de su menudo cuerpo. ¿Qué otra explicación podía tener su presencia en el bosque?

— Eres inglesa, ¿verdad?

Diane sacudió la cabeza en señal afirmativa.

— Los ingleses siempre sois así de extraños. No tiene sentido vuestro comportamiento porque no sois inteligentes — aseguró Ewan con seriedad — . Me marchó. Te deseo buena suerte, mujer.

Se alejó a grandes zancadas hacia la llanura que había en el norte. En ella había dejado atada a su yegua antes de acercarse al río para beber agua y ser atacado.

Escuchó el sonido torpe de la mujer corriendo hacia él y suspiró. Tenía que regresar a su tierra lo antes posible y aún le quedaban bastantes horas de camino por recorrer. Si aceptaba llevar consigo a aquella chica pelirroja, al menos tardaría un día en alcanzar la fortaleza. Era demasiado tiempo.

— ¡Ewan! — gritó Diane, confusa.

Él era un asesino, pero... ¿Pero qué iba a ser de ella si se quedaba sola en mitad del salvaje bosque? ¿Cómo iba a lograr regresar al hostel? Estaba muerta de hambre y de frío y lo único que quería era sumergirse en el calor de sus sábanas y llorar hasta perder la memoria. Sabía que por mucho tiempo que pasase, jamás olvidaría la imagen del hombre de la cicatriz retorciéndose

sobre el musgo mientras la vida lo abandonaba para siempre.

El hombre de los ojos color de cielo se giró hacia ella.

Por primera vez desde el día que lo vio observándola a través del cristal de la habitación, sintió miedo. Un miedo real y, esta vez, racional. ¡Por Dios Santo, era un asesino!

— Puedes dirigirte a mí como Laird Mackenzie — señaló, evidenciando que no dejaba opción a discutir al respecto. Era una aclaración.

Ella se detuvo en seco, impresionada por la dureza del tono de su voz.

Ya no lo veía como aquel ángel de voz sedosa en el que, instintivamente, confiaba. No. Ahora le tenía un pánico atroz.

— ¿Qué hace una mujer inglesa por estas tierras? — inquirió el hombre.

Diane intentaba encontrar las fuerzas para responderle, pero no fue capaz de pronunciar ningún sonido. Estaba sumida en un extraño estado de shock del que no conseguía liberarse.

— ¿No vas a responderme, mujer?

Quería hacerlo.

Pero estaba demasiado confundida y espantada para que su cerebro obedeciera la orden de enviar un impulso a sus cuerdas vocales.

Ewan pensó que aquella era la última oportunidad que le daba a «su salvadora». Si no quería ser ayudada, entonces continuaría su camino sintiéndose en paz consigo mismo. Se giró, hastiado de la espera, y decidió que su escasa paciencia había alcanzado su límite.

El sonido del cuerpo de la joven desplomándose en el suelo le obligó a detener su camino. Volvió la vista atrás y contempló los cabellos pelirrojos esparcidos sobre la hierba, su cuerpo desparramado y su camisón embarrado levemente enroscado sobre sus muslos. La imagen de la joven en aquel estado impidió que pudiera abandonarla y continuar su camino.

— Estupendo... — susurró con ironía mientras la cargaba en sus brazos.

Desde luego, la suerte no estaba de su parte aquella mañana.

8

Diane se despertó sobre un caballo.

Empezaba a pensar que había perdido la cabeza y que nada de lo que le estaba sucediendo era real. Separó su cuerpo de la espalda del hombre que llevaba las riendas de la yegua mientras el pánico volvía a apoderarse de ella.

Mantén la calma, se dijo. Intentó recordar aquella estupidez que le decía su abuelo sobre que era una guerrera y que una joven con sangre vikinga en las venas no podía amedrentarse ante la vida. Pero no podía controlarse. Estaba realmente asustada.

Evitó hablar o moverse para que su captor no se percatara de que había despertado. Sabía quién era el hombre que le estaba dando la espalda: Ewan, el mismo de la mirada de color cielo. Observó disimuladamente los colores de su tartán y sus desnudas y musculosas piernas sobre el lomo del caballo. Se sintió absurda y estúpida por partes iguales cuando un calor interior recorrió su fuero interno. ¿De verdad era momento para excitarse? Y más con un asesino y salvaje como aquel a su lado.

¿Qué sentido tenía que fuera vestido de esa manera? ¿A caballo? ¿Rodeando las orillas de un río? Diane intentó reconocer el paisaje que la rodeaba sin éxito. Aquello no podía estar pasando. Era como si hubiera retrocedido cientos de años en el tiempo, pensó, impresionada y asustada al mismo tiempo.

Sopesó la idea de tirarse del caballo y echar a correr, pero después creyó que si el tal Ewan Mackenzie le hubiera deseado la muerte se habría librado de ella mucho antes. Entonces, ¿a dónde la estaba llevando?

— ¿Me vas a decir tu nombre, mujer?

Su voz ronca y fría la sobresaltó y fue incapaz de evitar pegar un respingo tras su espalda. Intentó controlar la ansiedad antes de responder.

— Diane. Me llamo Diane.

Su voz sonaba repleta de angustia y la hacía parecer una chica débil. Dadas las circunstancias, no esperaba poder aparentar serenidad.

— Diane... ¿A dónde te diriges?

Ella sopesó la respuesta unos segundos, intentando pensar con lógica. No tenía ni idea de dónde se encontraba pero comenzaba a sospechar que, de alguna manera incomprensible, se había alejado de Inverness.

— ¿Diane? — insistió Ewan, perdiendo la paciencia con ella.

Estaba acostumbrado a que las personas le respondieran inmediatamente sin hacerle esperar.

— No lo tengo muy claro — susurró, contrariada, más para sí misma que para él — . Me alojo en un hostel de Inverness.

El hombre guardó silencio unos segundos.

— Invernes... Bien. Te dejaré un caballo cuando lleguemos a mis tierras y podrás regresar.

— ¿Un... caballo?

En ese instante, Diane decidió que, definitivamente, tenía que estar soñando. Aquello no podía ser real porque... ¡No tenía sentido! ¡Le iba a dejar un caballo para regresar al hostel después de asesinar a un hombre! ¿Pero en qué siglo se pensaba ese hombre que vivía? O en qué siglo se supone que estaba, pensó.

— Esto es un sueño, ¿verdad? — rió, inquieta.

No podía ser real.

Ewan también soltó una pequeña risita irónica.

— O tienes el diablo dentro o te has dado un fuerte golpe en la cabeza, mujer. Espero que sea lo segundo, porque lo primero no tiene solución — señaló, sopesando por segunda vez si realmente hacía bien en llevar a aquella chica hasta su clan.

Su deber como laird era proteger a la gente y no terminaba de fiarse de que ella no supusiera un peligro para los de su alrededor. Además, aún no le había explicado qué hacía una mujer inglesa en Las Tierras Altas, y esa era una cuestión que tarde o temprano iba a tener que aclararle si quería continuar viajando a su lado. Si algo no soportaba Ewan era que le ocultasen la verdad.

— Esto no puede estar pasándome a mí... No puede ser real...

— Rezaré a los Dioses porque se trate del golpe en la cabeza, milady.

— ¿Milady? — repitió ella, confusa, masajeándose las sienes con los dedos.

— ¿Demasiado formal, quizás? ¿Prefieres que me dirija a ti como Diane, a secas?

— Diane está bien — respondió la mujer, aturdida.

Ewan dibujó una sonrisa en su rostro al comprobar el desconcierto que demostraba sufrir la mujer.

— ¿Y tienes apellido, Diane?

— ¡Claro que tengo apellido!

— ¿Podrías decirme tu apellido, Diane?

— Craig — respondió, irritada con el interrogatorio.

Se sorprendió al comprobar que, en efecto, tenía un apellido de origen escocés; aunque no señaló nada al respecto.

— No sé montar — confesó Diane con voz temblorosa.

— ¿Qué?

— Me has dicho que me dejarías un caballo para regresar a Inverness... Pero yo nunca he montado a caballo. No sé hacerlo.

Ewan no pudo evitar un ataque de risa.

— ¿Lo dices en serio, Diane? — preguntó, incapaz de contenerse.

Quizás, después de todo, aquella mujer podría llegar a amenizar su viaje.

— Esta es la primera vez que me subo en un caballo — confesó un tanto avergonzada.

¿Por qué se sentía así? ¿Qué tenía de raro? ¿De qué se reía ese salvaje? La mayoría de la gente que la rodeaba en su día a día en Londres jamás había visto un caballo fuera de la televisión.

— Eres una mujer muy extraña, Diane.

Ella no supo qué responder.

Alzó la mirada por encima de su hombro y contempló el paisaje montañoso que se abría paso frente a ellos. Era extraño no encontrar ningún tipo de edificación a la vista, así que fue sumando dos más dos hasta que llegó a la conclusión de que, efectivamente, todo aquello debía de ser un sueño. O había retrocedido en el tiempo hasta las antiguas Highlands o, simplemente, estaba en mitad de un extraño sueño del que tarde o temprano despertaría en su cama del hostel.

Se pellizcó el brazo con toda la fuerza que pudo y sintió una punzada de dolor palpitante en la zona. Cerró los ojos con fuerza, controlando su respiración y contando de diez para atrás. Quería despertarse; es más, ¡necesitaba despertarse!

— ¿Ha sido la primera vez que veías morir a un hombre?

La voz de Ewan Mackenzie la obligó a desistir en su fallido intento de amanecer en Inverness.

— Sí — admitió, incapaz de creer que pudiera hablar tan a la ligera de un asesinato.

— La primera vez que maté a un hombre tenía doce años — confesó él.

— ¡Oh, Dios mío! — gritó Diane, incapaz de procesar la información que

había recibido — . Eso es...

— Mi tío me acogió como discípulo y me enseñó el arte de la guerra — continuó, sin prestar atención a lo escandalizada que se sentía la mujer — . Puedo asegurarte que uno se termina acostumbrando... Además, un Highlander debe aprender a cuidar de sus tierras y de su gente. Es su deber.

Esto es un sueño, nada más, pensó, aturdida.

— Entonces no me gustan los Highlanders — escupió, sin importarle la ofensa que pudiera causarle tal afirmación.

En lugar de irritarse, Ewan Mackenzie se echó a reír.

— Es curioso que una odiosa inglesa diga eso estando perdida en mitad de las Highlands, ¿no crees?

Diane apretó los puños y guardó silencio.

Ni siquiera merecía la pena molestarse en responder, pensó.

9

Llevaban tantas horas cabalgando que la pobre muchacha había dejado de sentir los músculos de sus piernas. Las tenía entumecidas y notaba un hormigueo constante recorriéndolas desde la planta de los pies hasta la altura de la cadera.

Además, el atardecer no sólo había atraído consigo un millar de colores anaranjados que brillaban fulgurantes sobre el verdor de las campos de las Highlands, sino que había disminuido la temperatura ambiental en varios grados centígrados.

Gracias a Dios, Ewan Mackenzie había demostrado albergar en su interior un poco de caballerosidad y le había cedido sus pieles para que no sufriera una hipotermia en pleno viaje.

Subida en aquel caballo, junto a un guerrero semidesnudo que vestía un kilt y un tartán atado sobre uno de sus hombros, con un camisón embarrado y unas pieles sobre su cuerpo, Diane pensó que su aspecto debía de ser, como poco, tan surrealista como la situación que se encontraba viviendo.

Ewan ordenó al caballo detenerse al lado de un conjunto de árboles que se erguían junto al río.

— ¿Qué haces? — preguntó Diane, sorprendida.

Calculó que, como mucho, quedaría una hora y media para el anochecer. No sabía cuánto faltaba para llegar al destino al que se dirigían, pero creyó que cuanto menos camino recorriesen en la penumbra, mejor sería. Aquel no era un buen momento para descansar.

— ¿No lo ves? — inquirió Ewan — . Dejar descansar al caballo y, de paso, acampar.

— ¿Acampar?

¿De verdad esperaba dormir en mitad de la nada? ¿Sin una cama, sin mantas, sin protección de los animales salvajes?

— Exacto, acampar.

Ewan Mackenzie le tendió la mano para ayudarla a bajar del caballo, pero Diane no se movió un sólo centímetro del lugar en el que se encontraba.

— No pienso acampar en mitad de... la nada.

— No te quedará otro remedio, mujer — se rió Mackenzie.

Por alguna razón, Diane pensó que se estaba divirtiendo a su costa.

— Pues no lo haré — sentenció con los ojos acuosos.

Necesitaba despertarse de una vez por todas de aquella terrible pesadilla. Aquello no podía ser real.

— ¿Entonces dormirás sobre el caballo? — preguntó Ewan, acomodándose contra el tronco de un árbol.

— ¿Por qué no continuamos nuestro camino, Ewan?

— Laird Mackenzie — le corrigió el guerrero.

Diane suspiró desesperada, conteniendo las lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos.

— ¿Por qué no continuamos, laird Mackenzie?

— El caballo carga con tu peso y con el mío — señaló — . No puedo obligarle a galopar y tampoco conviene viajar de noche.

Mientras cedía y se bajaba del caballo, Diane pensó que no tenía ningún sentido discutir con él. Harían lo que Ewan quisiera, tuviera lógica o no.

La desesperación que sentía en su interior iba en aumento por cada segundo

que pasaba en aquellas tierras — y en aquella época — .

Diane sentía un remolino de malestar que amenazaba con estallar y decidió alejarse por el río con la excusa de darse un baño y poder estar un rato a solas.

Dejó que el agua helada acariciara sus pies y cuando se aseguró que nadie la veía ni la podía escuchar, se derrumbó. Lloró como una niña pequeña, desconsolada, deseosa de que aquel llanto desgarrado lograra llevarla de vuelta a la realidad. Veinte minutos después, cuando todas sus fuerzas se agotaron y se sintió completamente vacía, se quitó el camisón y se introdujo en el río. Frotó el barro de sus piernas y de su cabello y, a pesar de lo mucho que le repugnaba el estado de su única prenda, se volvió a vestir con el camisón.

Ewan no quería faltarla al respeto — ¡ni mucho menos! — espiándola, pero la pelirroja tardaba demasiado en regresar y decidió asomarse al sendero para comprobar que se encontraba sana y salva. Sabía que tarde o temprano aquella chica testaruda terminaría causándole algún problema, pero rezó porque aún no hubiese llegado aquel momento. Desde detrás de los matorrales, camuflado, contempló la espalda blanquecina de Diane, salpicada por sus cabellos rojizos. El agua le quedaba por la altura de la cintura mientras ella frotaba con sus manos su cuerpo. Estaba de espaldas a él, pero Ewan no necesitaba hacer uso de una excesiva imaginación para poder divisar su imagen frente a frente. Una repentina excitación sacudió su cuerpo y tuvo que obligarse a no mirar más y regresar hasta el lugar en el que había acampado y encendido la fogata. Se esforzó por eliminar aquella imagen de Diane y, mientras llevaba a cabo dicha tarea, recordó la razón por la que se encontraba en aquel lugar y por la que había abandonado a su clan, a sus guerreros y a su guardia personal: Maira.

Maira había sido la razón que le había llevado a emprender aquel viaje. Los rumores de que la hija de laird MacLeod había contraído matrimonio habían llegado a él desde varias fuentes diferentes y necesitaba verlo con sus propios ojos para poder creerlo. Maira y él se habían enamorado de niños. Las tierras de los Mackenzie y de los MacLeod estaban delimitadas por unas muy finas fronteras y había sido inevitable que el destino los reuniese en cada mercado o festival que se organizaba en aquellas zonas. Aunque sus respectivos padres

siempre habían estado inmersos en una lucha constante por el poder y por las tierras que los rodeaban y dividían, tanto Ewan como Maira habían mantenido la esperanza de que en el futuro ambos clanes se unieran y convivieran en paz gracias al enlace matrimonial que deseaban contraer.

Pero todos aquellos sueños y deseos se habían ido al traste. Maira no había cumplido su promesa y Ewan se había dado de bruces contra una realidad demasiado dolorosa de asimilar. Jamás volvería a confiar en la palabra de una mujer, eso por descontado, y el siguiente enlace que tuviera en mente sería puramente estratégico y no romántico. De ahí en adelante miraría por su clan, por su gente y por la protección de sus tierras; nada más.

Pensó que, quizás, encontrarse con la pelirroja no había sido tan malo como había imaginado en un principio. Cierto era que su viaje se estaba ralentizando más de lo previsto pero, a su vez, llevar a sus espaldas a aquella mujer testaruda y extraña lograba mantenerlo lo suficiente distraído como para evitar los pensamientos asesinos que tenía contra el hijo mayor de los MacDonald, el hombre con el que Maira había contraído matrimonio.

Divisó a Diane acercándose por el sendero.

Había pasado tanto tiempo en la orilla del río que para entonces el cabello ya se le había secado en finas y delicadas hondas que caían por sus hombros. Ewan pensó que no podía negarse a sí mismo lo hermosa que le resultaba la chica, más ahora que estaba aseada y limpia, e intuyó que despertaría pasiones entre los hombres de su clan. Aunque su pueblo era grande y extenso, en aquellas tierras todas las familias se conocían y un nuevo rostro entre la multitud levantaría muchísimos suspiros y atraería miradas poco inocentes. Se dijo a sí mismo que su deber como laird y como protector de la pelirroja sería cuidar de ella y mantener a cualquier hombre alejado de su trayecto hasta que ella decidiera retomar de vuelta su viaje a Inverness.

Diane se sentó frente a él, junto al fuego. Las sombras de la noche dibujaban reflejos extraños y curiosos en su mirada acuosa y enrojecida.

— ¿Te encuentras bien?

Ella asintió.

— Cuéntame qué te ocurre — insistió Ewan.

— ¿Es una orden?

El laird de los Mackenzie tuvo que respirar hondo para no perder con demasiada rapidez los estribos.

— Sí.

Diane sonrió con ironía.

— Incluso cuando intentas ser amable resultas un arrogante, ¡vaya sorpresa!

— No intentaba ser amable — aseguró Ewan, acercándose hacia la hoguera para entrar en calor — . Tengo curiosidad y quiero saber qué te ocurre.

Aunque su piel estaba curtida, las temperaturas a aquellas horas de la noche comenzaban a caer en picado y hacía frío. Las únicas pieles que tenía se las había cedido a la mujer, así que debía de mantener la fogata encendida toda la noche. Se fijó en que, a pesar de lo abrigada que estaba con sus ropas, los dientes le castañeaban con fuerza a Diane.

— ¿Sabes? Es curioso — le respondió — . Resulta que yo no te quiero contar nada.

Ewan no pudo contener otra pequeña risita mientras se decía a sí mismo que quizás sí que debía dejar que la fogata se extinguiese. ¿Se comportaría con tanta testarudez si el frío se le filtraba en los huesos?

— Cuéntame qué te ocurre, Diane — ordenó por segunda vez.

Se sintió extraño al pronunciar su nombre, pero lo disimuló con rapidez. Ella dudó.

— Es difícil de explicar — confesó mientras estiraba las palmas de las manos sobre el fuego — . Estoy convencida de que volverías a soltarme esa tontería de que el diablo me ha poseído.

— ¿Por qué? ¿Acaso lo crees?

— ¡No, por Dios! — se apresuró a exclamar, sorprendida de que el hombre pudiera pensar en semejante tontería — . El diablo no me ha poseído — aseguró, ruborizada — , pero...

— ¿Pero?

— Pero me siento como si estuviera en un sueño del que no consigo despertar.

Ewan guardó silencio, meditando sobre su confesión.

—¿ Eso quiere decir que soy un sueño hecho realidad para ti? — bromeó, aunque no tardó en arrepentirse de ello cuando Diane le lanzó una piedra a través de la hoguera.

— Está bien, mejor me callo...

— No, por favor, continúa — le pidió.

Se sintió extraño al escucharse a sí mismo pedir algo “por favor”. Como norma general, estaba acostumbrado a que los papeles fueran a la inversa y la gente acudiera con peticiones a él.

— Prométeme que no te reirás de mí y que te tomarás en serio mis palabras, Laird Mackenzie.

Sonrió al escuchar que, por fin, se dirigía correctamente a él.

— Lo haré. Te doy mi palabra.

Diane asintió y guardó silencio unos segundos, intentando encontrar la mejor manera por la que comenzar a explicar su historia.

— ¿No vas a contármelo? — se impacientó Ewan.

— ¿Puedes ser un poco más paciente, laird? — le retó, irritada — . No es una historia sencilla de explicar.

— Inténtalo.

— No me dejas hacerlo — escupió, poniendo sus brazos en jarras.

Ewan se contuvo para frenar la discusión y que la chica pudiera comenzar con su relato. Debía admitir que en el fondo sentía curiosidad por escuchar aquella misteriosa historia por la que había tenido que jurar seriedad.

— No sé por dónde empezar — confesó, tapándose el rostro con ambas manos — . Nada de lo que diga sonará creíble.

— ¿Por qué no empiezas por explicarme qué hacías en aquella llanura?
— propuso Ewan, pensando que aquel podía ser tan buen comienzo como otro cualquiera — . O, sino, explícame porqué decidiste salvarme la vida a mí y no al guerrero de los MacLeod.

Diane tragó saliva.

— El hombre que mataste era... ¿un MacLeod?

— Sí, lo era — admitió.

— No lo sabía — susurró con voz afligida — , no tenía ni idea de que...

— ¿Por qué me quisiste ayudar?

Ella dudó.

— Ya te había visto antes. Te vi hace varios días, y después te volví a ver ayer por la noche.

— No lo creo — señaló Ewan — . Recordaría haberme cruzado con una inglesa como tú.

Diane sacudió la cabeza con frustración.

— Jamás lo entenderás... — susurró en voz baja — . Tú me esperabas bajo la ventana de mi habitación, en Inverness, las noches de lluvia y tormenta. Pensaba que querías algo de mí y ayer yo... te seguí.

— Ayer no estuve en Inverness. Hubiera sido imposible que...

La mujer, sin poder evitarlo, comenzó a reír a carcajadas. No sabía si era por frustración o por agotamiento, pero... ¿Cómo demonios podía explicarle a ese hombre quién era ella en realidad? ¿De dónde venía?

— No sé cómo llegué hasta aquí — confesó al final, aún entre risitas. Sabía que Ewan Mackenzie no comprendería ni una sola de sus explicaciones — , pero sabía que te había visto antes. Cuando me desperté en el bosque y vi que

el guerrero te iba a...

—¿Matar? — señaló Ewan.

— Sí, matar.... Bueno, tenía que impedirlo. Sentía que... — comenzó, rebuscando en su mente las palabras de más sentido común — , que... bueno, quizás, nuestros caminos debían cruzarse. Y para eso debías de seguir con vida.

Para sorpresa de Diane, el guerrero Highlander asintió con solemnidad como si hubiera comprendido su explicación. No se rió, tal y como había prometido. Aprovechó esa pequeña tregua que le había concedido para pensar en cómo continuar con su surrealista explicación, pero Ewan parecía haberse quedado satisfecho con lo que había escuchado.

— Será mejor que descansemos — advirtió, arrojándose aún más a la fogata — . Mañana nos espera un largo viaje.

Diane observó cómo el guerrero semidesnudo se tumbaba en el suelo, preparándose para dormir. Desde luego, sobrevivir a aquella larga noche no sería una tarea sencilla.

Aunque al principio intentó resistirse a conciliar el sueño, poco a pocos sus párpados comenzaron a ceder al cansancio hasta que Morfeo la alcanzó. Durmió un par de horas de un tirón, pero sobre las dos de la madrugada volvió a despertarse congelada y tiritando. Le pareció increíble comprobar que Ewan Mackenzie continuaba roncando a pesar de la helada que caía sobre ellos y de que la hoguera prácticamente hubiera dejado de emanar calor. Diane consiguió volver a dormirse de nuevo, pero cada pocos minutos volvía a despertarse con los dientes castañeándole con fuerza. Alguna de esas veces, al abrir los ojos, necesitó recordarse a sí misma que no estaba en el hostel de Inverness. Aún así, la pobre muchacha tenía la sensación de que despertaría en la cama de su habitación y toda aquella pesadilla quedaría enterrada en un recuerdo lejano de sus onirismos.

La última vez que se despertó, Diane tenía un peso muerto encima; era el musculoso brazo del guerrero Mackenzie sobre ella. Para su sorpresa, ambos estaban tapados con las pieles y ella apoyaba la cabeza sobre el pecho

descubierto de Ewan. Se estremeció y ruborizó, sorprendida con aquella cercanía, pero no pronunció ni una sola palabra y tampoco se separó de él. Por fin habían dejado de castañearle los dientes y podía dormir calentita; además, el temor de que un animal salvaje pudiera atacarla había dejado de tener importancia en su lista de preocupaciones.

10

Cuando volvió a abrir los ojos ya había amanecido por completo y el sol brillaba con fulgor.

La fogata volvía a estar encendida y Ewan Mackenzie, con el pelo mojado y un aspecto muy similar al del chico que había divisado bajo la lluvia de Inverness, daba vueltas a la carne de un conejo sobre las brasas.

— Supongo que tendrás hambre — murmuró, sonriente — . Buenos días, milady.

Diane se sobresaltó al comprobar el buen humor con el que se había despertado. Pensó que si no tramaba nada malo contra ella, entonces quizás se debiera a que había tragado demasiada agua al bañarse en el río.

Frunció el ceño con desconfianza y se recostó contra el tronco del árbol que tenía a sus espaldas, aún cubierta por las gruesas pieles que la protegían del rocío de la mañana.

Ewan estiró el brazo para ofrecerle un pedazo de carne churruscado y la joven, dubitativa, lo aceptó. ¿Habría envenenado la comida para librarse de ella?

— ¿Sabes qué, milady? Las mujeres suelen perseguirme porque soy el laird, pero pocas veces se atreven a decirme cosas tan atrevidas como tú.

— ¿Perdona? — escupió Diane, atragantándose con la carne que bajaba por su garganta.

Sin duda, el agua del río debía de haberle sentado muy mal, pensó.

— Pero debo confesar que me ha agradado... Jamás habían comparado mi mirada con el mismo cielo — especificó, alzando la mirada hacia las nubes.

Un rubor inevitable ascendió hasta las mejillas de Diane.

— Yo... ¿he dicho eso? — inquirió, avergonzada.

Él volvió a sonreír pícaramente.

— Varias veces, mientras dormías.

— ¡Oh, Dios, no!

Por alguna razón, aquella pequeña e involuntaria confesión cambiaba las normas de juego que hasta entonces había habido entre ellos.

Terminaron de desayunar y retomaron su viaje.

Diane pensó que, inevitablemente, cuanto más tiempo compartían más cómoda se sentía a su lado. Mientras avanzaban por el espesor de las tierras vírgenes y salvajes de Escocia, Ewan Mackenzie dejó caer sus escudos y relató a la joven cómo era convivir con la gente de su pueblo y en qué consistían las obligaciones de un laird. Por ejemplo, le explicó las batallas a las que había tenido que enfrentarse con diferentes clanes porque habían invadido e intentado conquistar sus tierras y sus mujeres. Diane tuvo la sensación de que la mayoría de esas historias eran demasiado retrogradadas y silvestres para una mente del siglo XXI, pero aún así no opinó nada al respecto y logró morderse la lengua.

Guardó silencio y escuchó cada palabra que Ewan decía, incluso cuando saltó en contra de la corona de Inglaterra. En el momento en que ascendían una enorme ladera, Ewan le mostró cada una de las cicatrices que lucía en su piel. Era prácticamente un milagro que hubiera salido vivo de todas aquellas batallas.

— Se avecinan malos tiempos, Diane — le contó con pesar — . Cuanto antes continúes tu camino hacia Inverness más segura estarás.

Por alguna razón, aquella afirmación logró que se le erizara el vello de su piel.

— ¿Malos tiempos?

— Muy malos — especificó Ewan, girándose sobre el caballo para observarla. No parecía andar bromeando —. Los MacLeod nos han declarado la guerra, así que me propongo preparar a mis guerreros y conquistar sus tierras.

La mujer soltó un grito de espanto.

— ¿Guerra? — preguntó con un hilillo de voz.

— Estas tierras se convertirán en un escenario de batalla, y la sangre correrá por la ladera hasta que mi clan consiga hacerse con el control del castillo de Ardvreck.

— ¿Por... por qué?

Estaba horroriza.

Pensó en su abuelo Reid y en todas las historias que éste le había inculcado a lo largo de su infancia y llegó a la conclusión de que el pobre hombre había estado muy confundido al explicarle que los Highlanders habían sido valientes guerreros que luchaban por los colores de su clan y de su tierra. No, desde luego que no. Eran salvajes despiadados, provenientes de una raza impulsiva e inmadura. Implacables y asesinos. ¿Y se suponía que ella descendía de ellos? Más concretamente, de los MacLeod; ese clan al que Ewan planeaba masacrar próximamente.

— Hace cuatro años asesinaron a mi padre y ultrajaron el cementerio de mi familia destruyendo nuestro templo sagrado del sol.

Diane sopesó su respuesta, esforzándose por encontrarle alguna lógica.

— ¿Hace cuatro años? — repitió.

¿Por qué no había cobrado antes su venganza? Aquello no tenía lógica.

Sintió la espalda de Ewan tensándose y retiró las manos, instintivamente, de su cintura. Parecía que aquel tema de conversación no resultaba de su agrado.

¿Qué ocurriría con ella si Ewan Mackenzie lograba acabar con el clan MacLeod? Si su querido y difunto seanair estaba en lo cierto y su linaje descendía de ellos, puede que... que... ¿en un futuro lejano ella jamás naciese? ¿Qué le ocurriría entonces? ¿Desaparecería del mundo?

— He dejado pasar estos cuatro años con la esperanza de que nuestros pueblos uniesen sus fuerzas y que su laird nos suplicara clemencia y piedad, pero no ha sido así — escupió, rabioso.

Diane se esforzó aún más por comprenderle, y después de darle unas cuantas vueltas al asunto, tan sólo llegó a una conclusión.

— ¿Fue por una mujer, verdad?

Ewan no respondió de inmediato.

— ¿Cómo lo has sabido?

— Porque soy mujer — rió, orgullosa de haber estado en lo cierto — .
¿Quieres contarme qué sucedió?

— En realidad, nada... Bueno... — tartamudeó Ewan, intentando encontrar las palabras para su explicación.

Ella no le presionó.

Permitió que se tomase su tiempo meditando y, al final, cuando estuvo preparado, relató todo.

— Cuando éramos críos jugábamos a todas horas juntos — comenzó — .
Maira tiene unos años menos que yo, pero siempre fue una niña más madura.

— Así suele ser — confirmó Diane.

— ¿El qué?

Ewan, confuso, se giró para observarla.

— Las mujeres maduramos antes que los hombres — aseguró, risueña.

— Bueno, al menos en su caso así fue... Me prometió su mano antes de que mi tío me llevara a la isla Sky, a su fortaleza, para entrenarme en la batalla.

— ¿Cuántos años tenías entonces?

Ewan titubeó.

— No estoy seguro, pero debían de ser siete u ocho.

— ¡Dios mío!

— Ya era un hombre y mi deber era aprender a luchar en el nombre de mi familia y de mi clan — continuó, ignorando lo mucho que estaba logrando alterar con aquella historia a su acompañante — . Maira decidió que me esperaría y yo la creí...

— ¡Pero sólo erais unos niños!

El guerrero ignoró el comentario.

Parecía demasiado inmerso en sus recuerdos como para prestar atención a Diane.

— Y entonces... Hace cuatro años un miembro de mi clan acudió hasta la fortaleza de mi tío para comunicarnos el asesinato de mi padre. Había fallecido en plena batalla, atravesado por la espada del laird MacLeod.

— Por... ¿Por qué? ¡Oh, Dios mío, Ewan!

— Habían intentado establecer un campamento en nuestras tierras, cerca del cementerio familiar y de las tierras sagradas en las que yacen nuestros guerreros más valientes. Mi padre y su guardia intentó expulsarlos sin disturbios, pero por aquel entonces laird MacLeod ya se había preparado para responder con dureza al ataque.

Ella guardó silencio, intentando procesar todo aquello.

Aunque lo relataba con una serenidad surrealista, Diane pensó que en el fondo aquel episodio debió de haberle resultado una auténtica tortura.

— Perdimos. Y tuve que regresar para ocupar el puesto de mi padre y ascender a laird... La gente, mi gente... exigía venganza.

— Pero Maira te suplicó clemencia — señaló Diane, adivinando lo siguiente.

— Así fue. Apareció en nuestra fortaleza, sin escolta, ella sola. Me suplicó que perdonase los actos de su padre y me juró que después de nuestro enlace la guerra entre nuestros clanes quedaría en una leyenda del pasado.

— ¿Y por qué no os casasteis en aquel entonces? Han pasado cuatro años...

— Porque los consejeros de mi difunto padre consideraron más apropiado

que primero el pueblo me considerase su verdadero líder y que atendiera otros asuntos más significativos antes de anunciar el enlace. Además, el odio entre ambos clanes estaba demasiado reciente y temían que otro guerrero pudiera desafiar mi posición... — explicó, pensativo —. No hubieran aceptado voluntariamente el enlace con los MacLeod, sino más bien, lo habrían considerado una imposición.

— Las cosas aquí funcionan mucho más diferente de lo que yo me pensaba — admitió, confusa.

Se encontraban rodeando un acantilado en ese instante.

Diane alzó la mirada hacia el horizonte, maravillada por aquello que se mostraba frente a ella. El mar se abría paso sin final, fundiéndose en una fina y disimulada línea que lo camuflaba con el cielo. Tan sólo unas blanquecinas nubes que parecían estar hechas de algodón indicaban que por ahí ya no navegarían los barcos.

— Ewan...

— Laird Mackenzie — lo corrigió, a pesar de que comenzaba a agradecerle que alguien se dirigiera a él por su nombre.

— Laird Mackenzie — repitió Diane —, ¿qué ocurrirá si mueres en la conquista del castillo?

— Mi primer comandante, Alistair, ocupará mi puesto y cuidará de mi pueblo.

Diane interpretó en su tono de voz lo poco que le agradaba comenzar aquella guerra, pero también supo distinguir el honor y el deber que Ewan veía en aquel acto. Era, prácticamente, una obligación. Se preguntó si para el resto de los guerreros Mackenzie también sería un orgullo la lucha o si, simplemente, seguirían a la muerte a su laird por compromiso y sumisión.

De pronto, la imagen de Ewan sujetándola contra su pecho, bajo la lluvia, y suplicándole con voz suave y sedosa que confiase en él inundó su memoria. Tenía que despertar de aquel maldito sueño en algún momento pero, mientras continuase inmersa en él, ¿podía confiar en Ewan? ¿Debía hacerlo? ¿Sería capaz de huir hacia Inverness sabiendo que en aquellas tierras se

desencadenaría una lucha a sangre fría?

Tomó aire, procurando ordenar todos los pensamientos que surcaban su mente. ¿Tenía algún sentido regresar a Inverness? Estaba atrapada en un maldito sueño, en pleno siglo XVIII, y regresar a la capital de las Highlands no era sinónimo seguro de regresar al hostel en el que dormía en el siglo XXI.

Ewan Mackenzie señaló en dirección al oeste y Diane desvió la mirada hacia el punto que señalaba. Entre el espesor del bosque sobresalía una pequeña cabaña de madera que no parecía realmente estar habitada.

— ¿Vive alguien ahí? — inquirió Diane.

Ewan aceleró el paso del caballo hasta lograr un suave galope.

— Así es — explicó fugazmente — , una guerrera Mackenzie.

— ¿Las mujeres también luchan?

Diane parecía realmente alarmada y Ewan no pudo evitar una carcajada.

— Las mujeres de mi clan, sí — aseguró, orgulloso — . Son fuertes, astutas y leales. No se parecen en nada al resto de las mujeres.

Ella estuvo a punto de responder y llevarle la contraria, pero se lo pensó dos veces y guardó silencio. Desde hacía un par de horas Ewan parecía estar de muy buen humor y no quería estropearlo con discusiones absurdas. Se aferró con más fuerza a la cintura de laird Mackenzie y disfrutó de la brisa que golpeaba su rostro hasta que el caballo se detuvo frente a la pequeña cabaña de madera.

Ewan ayudó a Diane a bajar y después, ambos se acercaron hasta la puerta. No tuvieron tiempo a llamar porque, nada más alzar el puño para golpearla, la puerta se abrió. Una mujer grande, fuerte y vestida con una maya de guerra apareció en el umbral. Escrutó a Diane con seriedad y después levantó la mirada hacia Ewan, dejando al descubierto una deslumbrante sonrisa.

— Mi laird — murmuró — , qué grata sorpresa encontrarte aquí.

Ewan le devolvió la misma sonrisa.

En ese instante, Diane atisbó algo extraño entre la guerrera rubia y su laird. Era evidente que habían compartido algo más que una simple amistad, y una inesperada envidia recorrió su mente. Quiso averiguar si tan sólo habían sido algunos fugaces besos o si también habían dormido en el mismo lecho, pero no se atrevió a indagar. Apretó los puños y la mandíbula y guardó silencio.

— Yo también me alegro de verte, Sheena — musitó Ewan, haciéndose paso al interior de la cabaña.

Diane le siguió silenciosamente, como si de repente se hubiera transformado en la sombra del guerrero Mackenzie.

Se dio cuenta de que Sheena no le quitaba los ojos de encima y se sintió incómoda.

— ¿Quién es ella, mi laird? — preguntó, confusa — . ¿Es una Mackenzie? No la recuerdo de...

— No, no es una Mackenzie. Pero está conmigo y es mi invitada — señaló con seriedad — . Hemos sufrido una emboscada y nos sería de mucha utilidad tu ayuda.

Sheena asintió con solemnidad y Diane no pasó por alto la adoración que le demostraba con su forma de actuar y de dirigirse a él.

— Por supuesto. ¿Qué puedo hacer por ti, mi laird?

— Lo primero — susurró, señalando a Diane con el dedo índice — , encargarte de ella. Después ya hablaremos con mayor tranquilidad.

— ¿De mí? — preguntó la muchacha, aturdida — . ¿Cómo qué encargarse de mí?

11

Ewan le había pedido a Sheena que le prestara sus mejores galas a la chica inglesa. Y aunque a la guerrera no le agradaba lo más mínimo, sabía que debía de obedecer a su laird y que, además, sería recompensada con creces.

Sacó uno de sus mejores vestidos de la adolescencia y lo colocó encima de la cama. No recordaba habérselo puesto en más de dos ocasiones y, además, ya no le valía. Estaba convencida de que jamás volvería a lucir una prenda de ese estilo, así que no debía de sufrir por deshacerse de él.

Repasó a Diane con la mirada; la chica inglesa era menuda y huesuda, así que le iría bien. Ella, en cambio, tenía un cuerpo fuerte y definido que con los años había ido ganando en masa muscular. Además, era la encargada de proteger la frontera de las tierras de su laird, y por comodidad, siempre vestía en consecuencia con su labor. Debía estar en todo momento preparada por si sufrían una emboscada.

— Desnúdate — le ordenó, señalándole el vestido — . Iré a buscar el tartán mientras te vistes.

Diane dudó.

No le apetecía, ni quería, aceptar la caridad de nadie, aunque tampoco podía seguir paseándose en camisón por Las Tierras Altas de Escocía.

— ¿El tartán?

Sheena parecía tan disgustada como ella con esa parte.

— Mi laird quiere que lleves el tartán de los Mackenzie... Me ha pedido que te deje uno de los míos.

— No será necesario — señaló Diane, incapaz de pasar por alto la irritación que mostraba la guerrera — . No soy una Mackenzie...

— Evidentemente que no. Eres una miserable inglesa.

Diane sabía que tan sólo estaba intentando ofenderla, así que en lugar de atacarla de vuelta, sonrió.

— Exacto, por eso no llevaré el tartán. Gracias.

La mujer suspiró, exasperada, antes de abandonar la estancia.

Diane se apresuró a vestirse con celeridad, pero ponerse aquellas ropas no le resultó tan sencillo como esperaba. Logró acomodar el vestido a su cuerpo, aunque en la zona del pecho le apretaba bastante. Después, sin pedir permiso, tomó un peine que había sobre el tocador de su anfitriona y procuró dominar sus rebeldes cabellos rojizos con éxito. Las púas largas lograban dar forma a sus ondas con facilidad y, cuando terminó de adecentarse, se miró en el reflejo del espejo.

Sheena apareció poco después en la habitación, con el tartán de los Mackenzie en el brazo.

— Mi laird insiste en que te pongas el tartán — le explicó — . Dice que será todo más sencillo si dejas de comportarte con testarudez.

Diane sacudió la cabeza.

¿Más sencillo? ¿Qué iba ser, exactamente, más sencillo?

— Insistió en que no aceptase un no por respuesta.

Estaba a punto de soltar alguna grosería cuando Sheena se apresuró hasta ella, acosándola con sus manos. Rodeó su cintura con la tela y comenzó a colocar el tartán mientras cruzaba sus brazos en jarras, sintiéndose como una estúpida marioneta a la que todo el mundo podía manejar.

Cuando terminó de colocarle la prenda, se alejó un par de pasos para volver a escrutarla. Diane no pudo pasar desapercibido, una vez más, el odio que

denotaba su mirada. Se preguntó si tendría algo que ver su relación con Ewan o si tan sólo se trataba del simple hecho de que fuera inglesa.

— Te queda bien — reconoció Sheena, sorprendiendo ligeramente a Diane.

Aquella confesión le tomó tan desprevenida que no fue capaz ni de darle las gracias por el cumplido.

— Nuestro laird nos espera en el comedor — añadió, señalando la puerta.

— No es mi laird — puntualizó Diane.

Sheena no le discutió.

Ewan, sentado en la mesa del comedor, intentaba pensar con claridad la mejor manera de solucionar el asunto de mayor importancia que le concernía. Sus guerreros estaban preparados para la batalla y si lo solicitaba, podrían partir en cualquier instante en dirección al castillo de Ardvreck para conquistar las tierras de los MacLeod. Se preguntó a sí mismo qué sería más doloroso para Maira: que conquistase las tierras de su familia o que destruyera el castillo en el que había pasado su infancia.

Estaba saboreando la venganza inminente cuando Diane y Sheena aparecieron en la estancia. Diane estaba... preciosa. No se le ocurría ninguna otra palabra para describirla con mayor precisión. De esa manera, vestida adecuadamente y con los colores de su clan, casi parecía una auténtica Mackenzie. Aunque se había fijado anteriormente en ella, se descubrió pensando en que su belleza no tenía comparación; ni siquiera Maira era tan bonita y delicada como ella.

— Mi laird — saludó Sheena.

Por primera vez dirigió su mirada hacia su mejor guerrera, que parecía notablemente mal humorada.

— Tenemos que hablar sobre el ataque — dijo, dirigiéndose al grano — . Será mejor que nos preparemos para partir cuanto antes. Los MacLeod no esperarán mi reacción tan prontamente, así que no hay tiempo que perder, Sheena.

— Me habías prometido ayudarme — le recordó Diane, confusa.

Ewan volvió a dirigirse hacia la chica pelirroja.

¡Por Dios!, pensó, irritado. Estaba tan hermosa así vestida y peinada que no era capaz de concentrarse en nada más cuando la miraba. Intentó recordar qué era lo que iba a decirle, pero fue incapaz. Su mente, de pronto, se encontraba demasiado nublada ante su visión.

— ¿Podrías marcharte? — preguntó, en cambio.

Diane abrió los ojos como platos, sorprendida.

Había creído que Ewan y ella habían estrechado lazos suficientemente como para tener confianza; además, antes de aparecer en la cabaña, el Highlander le había abierto su corazón confesándole su pasado y su dolor.

Entonces, ¿por qué se intentaba deshacer de ella en esos momentos?

— Ya has oído a mi laird — escupió Sheena con cierto agrado en su tono de voz — , márchate. Los asuntos de guerra de nuestro clan no te conciernen.

Diane alzó la mirada hacia el hombre.

Aunque no parecía agradaarle que Sheena pusiera palabras en su boca que él no había dicho, tampoco la discutió.

Se dio la vuelta con la mayor dignidad que fue capaz y se marchó de aquella cabaña con aires malhumorados. Cerró la puerta de un portazo para que les quedase bien claro que ya no se encontraba presente e intentó controlar su adustez para no ponerse a gritar y perder los papeles.

Cuando el silencio la invadió, comprendió por primera vez que todo aquello que estaba viviendo quizás no era tan sólo un sueño. ¿Por qué había estado viendo ambulancias por todas partes? ¿Por qué había visto a Ewan bajo su ventana cada noche? ¿Y si debía, de algún modo, estar en el lugar en el que se encontraba?

Recordó a su querido seanair explicándole que las Highlands eran tierras mágicas que uno debía descubrir por sí mismo. Deseó poder abrazarle y suplicarle su ayuda, y una lágrima rebelde resbaló en ese instante por su mejilla. Le echaba de menos. Le echaba muchísimo de menos.

Aquel estúpido viaje a Escocia tan sólo había sido una manera de mantener vivo el recuerdo de Reid, pero esa absurda idea no sólo no había funcionado si no que, además, estaba resultando un verdadero suplicio.

Se retiró las lágrimas de un manotazo, repleta de ira. No sólo estaba enfadada con Ewan Mackenzie, también lo estaba consigo misma. Observó con detenimiento el campo que se abría frente a ella, detrás de la cabaña. Parecía un lugar de entrenamiento o algo muy similar. Caminó sin pensárselo dos veces hacia el arco que descansaba en el suelo y después alzó la mirada hacia la diana que se encontraba a varios metros de distancia de ella. De pequeña había tenido una muy buena puntería con los dardos, así que se sentía tentada de probar suerte. Al fin y al cabo, nunca antes había disparado un arco ni nada parecido. Alzó el arma, intentando adivinar la mejor manera de colocarlo contra su cuerpo y cogió una flecha.

Había visto cómo lo hacían en un millar de películas, así que tampoco debía de ser tan complicado, ¿no?

— Siento haberte echado de la habitación, Diane.

La voz de Ewan la sobresaltó, haciendo que tirase el arco al suelo.

Alzó la mirada hacia él y después, volvió a bajarla al arma. No sabía si haberlo cogido sería objeto de reprimenda o no.

— No pasa nada.

— ¿Nunca has disparado con un arco? — preguntó Ewan, acortando la distancia que los separaba.

Recogió el arco del suelo y se lo tendió de nuevo a Diane. Ella lo aceptó insegura, sacudiendo la cabeza horizontalmente a modo de respuesta a su pregunta.

— En realidad, nunca había visto uno.

Ewan no pudo evitar una pequeña carcajada.

— Te daré unos consejos, ¿vale?

— Vale...

— Lo primero que necesitas saber es cuál es tu ojo dominante, ése con el que calculas mejor la distancia. Aunque parezca una tontería, el ojo dominante es tan importante o más que tener destreza y puntería. Después colócate en una buena posición, mantente recta y erguida pero no tensa.

— Sí...

Diane seguía cada paso, obediente.

— Jala la cuerda hasta que notes cierta flexibilidad — añadió Ewan — . Y por último, coloca el eje de la flecha en la cuerda y la flecha debajo del cordón del culatín.

— ¿Así? — preguntó, segura de que había cumplido con cada paso correctamente.

— Sujeta la flecha con tres dedos — le corrigió él — , y levanta más el arco, sin miedo.

— ¿Ahora?

— Ahora concéntrate en tu blanco... Visualízalo e imagina la flecha atravesándolo.... ¡Apunta y dispara!

Diane soltó la cuerda y se quedó petrificada escuchando su silbido mientras seguía la trayectoria de su tiro con la mirada. No pudo evitar un grito de alegría cuando la flecha, increíblemente, se hundió en el centro de su blanco, atravesándolo.

— ¡Dios mío! — gritó, saltando en dirección al Highlander.

No fue consciente de lo que hacía hasta después de haberse lanzado a sus brazos. Gracias a los Dioses, Ewan Mackenzie reía con las mismas ganas y fuerzas que ella y no pareció importarle ni molestarle su repentino acercamiento.

Cuando dejaron de reír, él la mantenía abrazada por la cintura, estrechándola contra su cuerpo. Sus rostros estaban tan cerca que Diane podía sentir el calor de su aliento y el olor de su piel. Sintió unos deseos irracionales de besarle, de probar su sabor, sus labios... pero se contuvo. Ewan la miraba directamente a los ojos sin pronunciar una sola palabra.

— No te lo he dicho antes, pero estás realmente hermosa con el tartán de mi familia — confesó, sin apartar la mirada.

Ella tampoco supo qué responder, aunque por primera vez, se alegró de haberse puesto ese maldito tartán y de haber sido obediente.

— ¿Habrás una guerra? — preguntó Diane, haciendo que el Highlander regresara momentáneamente a la realidad.

Ewan posó a la chica pelirroja sobre la tierra y respondió.

— Sí, ha llegado la hora de cobrar la venganza.

— ¿Puedo hacerte una pregunta, Ewan?

— Laird Mack...

— Laird, ¿puedo hacerte una pregunta? — repitió, cortándole.

Él asintió.

Aunque la había vuelto a dejar en el suelo, Ewan aún tenía la mano posada sobre su cintura y no se sentía capaz de romper el contacto entre ellos.

— Antes me has dicho que amabas a Maira...

— No he dicho que la ama...

— Sí, laird, lo has dicho — le interrumpió — . ¿Cómo sabías que querías casarte con ella si realmente no la conocías? Eráis unos niños cuando hicisteis una promesa, pero ahora sois dos adultos desconocidos. ¿Qué es lo que más te ha dolido de esa traición? ¿La muerte de tu padre o la promesa rota que te hizo ella?

El Highlander sonrió, perdido en la profunda mirada de la chica pelirroja.

— Eso son varias preguntas, milady.

— ¿Cómo sabías que querías casarte con ella?

Ewan no dudó.

— El matrimonio no es una cuestión de amor, o al menos, no lo es para un

laird.

— ¿Y esperabas vivir el resto de tu vida con una desconocida?

— Terminaría conociéndola y queriéndola, ¿no lo crees?

Diane no sabía por qué le hacía esas preguntas, pero sentía la necesidad de comprender su forma de pensar.

— ¿Y qué es lo que más te dolió de esa traición?

Él suspiró, abatido. Con ésa sí había dado en el clavo.

— Creo que jamás tuvo la intención de casarse conmigo y unir a ambos clanes. Si hubiera sido así, su padre jamás se hubiera enfrentado al mío, ¿no lo crees?

— Entonces, ¿por qué aceptaste casarte con ella por segunda vez?

— Me pareció lo más práctico.

Ewan retiró la mano de su cintura y se alejó un paso, ganando distancia. Por alguna razón, se estaba sintiendo repentinamente acorralado y no era una sensación agradable.

— ¿Va a ver una guerra? ¿Asesinarás a laird MacLeod?

Ewan Mackenzie asintió.

— Vengaré la muerte de mi padre, Diane, cueste lo que me cueste.

— ¿Aunque te cueste la vida? — preguntó con voz rota y ahogada.

— Así es. Aunque me cueste la vida.

Diane notó una punzada de angustia atravesándole el pecho y tuvo que girarse y dejar de mirar a Ewan para poder recuperar la compostura. ¿Pero qué diablos le pasaba con aquel tipo?, se preguntó, confusa con su propio comportamiento. Le había perseguido por medio Inverness y ahora intentaba salvarle la vida en mitad de las antiguas Highlands. ¿Por qué no le dejaba marchar, y ya está?

— Diane... — susurró Ewan a su espalda.

Ella se giró, con los ojos acuosos, y lo escrutó.

— ¿Qué?

Pero el momento ya se había extinguido.

Ewan Mackenzie sacudió la cabeza en señal de negación y echó a caminar en dirección a la cabaña, sin añadir nada más.

12

Sheena les prestó una yegua para que Diane no tuviera que compartir caballo con laird Mackenzie.

— Así cabalgaremos más rápido — aseguró.

Aunque en el fondo, Diane sospechaba que su intención no había sido otra que la de separarles.

Abandonaron la cabaña en la frontera y galoparon a buen ritmo, adentrándose en las tierras de los Mackenzie. Estaban muy próximos a alcanzar la fortaleza, lo que ponía verdaderamente nerviosa a Diane.

Unas horas más tarde, dejaron atrás una cañada y descendieron por una colina serpenteante hasta que la imponente fortaleza quedó a la vista, alzándose impetuosa en mitad de una meseta de varios metros de altura, rodeada por la llanura verdosa y un césped de ensueño. Desde allí, parecían estar a punto de adentrarse al país mágico de las hadas.

Ewan Mackenzie no pudo ignorar el rostro de satisfacción que reflejaba su invitada y, en ese momento, volvió a recordar la curiosidad que levantaría la muchacha entre los hombres de su clan. Más de uno enloquecería nada más verla, seguro, y deseó y rezó porque al menos su guardia supiera comportarse con educación y no ofenderle. ¿Ofenderle? ¿Había pensado eso de verdad?, se preguntó estúpidamente, recordándose que la chica pelirroja no era suya y estaba libre de cualquier compromiso con su clan.

Apretó los talones contra el cuerpo del caballo y aceleró hasta alcanzar a Diane, que aunque parecía ir acostumbrándose a llevar las riendas de la yegua, aún no parecía del todo cómoda.

— ¿Te quedarás un tiempo o te marcharás de inmediato? — le preguntó,

captando su atención.

En ese momento, Diane tenía demasiados pensamientos rondándole la cabeza. Una idea fugaz que no había resultado en absoluto de su agrado había surcado su mente, torturándola. ¿Qué ocurriría si, tras la batalla, laird MacLeod moría? Le costaba creer que esa persona fuera, realmente, su antepasado, pero tampoco conocía muy bien cómo funcionaba la jerarquía de los clanes. Ewan le había dicho que si el moría en la batalla entonces Alistair reclamaría su rango, pero tampoco lo terminaba de entender. ¿Podía ser que su antepasado no fuera más que un comandante de la guardia MacLeod que, tras morir su laird a manos de Ewan Mackenzie, recibió el trono? También cabía la posibilidad de que ella fuera descendencia directa del actual laird MacLeod, y en ese caso... ¿Qué ocurriría si fuera asesinado? ¿Se esfumaría ella del mapa? ¿Moriría también?

— Diane... ¡Respóndeme! — ordenó Ewan, irritado porque la joven le ignorase.

— ¿Qué ocurre, Ewan?

— Laird...

— Sí, ¿qué ocurre? — insistió.

Al guerrero le irritaba de sobremanera que le interrumpiera de ese modo.

— ¿Te quedarás un tiempo o te marcharás de inmediato?

Estaban alcanzando la entrada de la fortaleza y, en el exterior, varios soldados parecían aguardar para recibirles. La gente que había alrededor saludaba con solemnidad y lealtad a Ewan mientras ellos avanzaban entre la multitud. Diane se fijó en que las jóvenes del clan miraban con ojos lujuriosos a su laird y, tal y como ella, Sheena también parecía haberse percatado y se mantenía firme y tensa sobre su caballo; ignorando la escena con dignidad. Aquello fue suficiente para confirmarle a Diane que Ewan y su guardiana de tierras tenían algo que, evidentemente, no sabían ocultar demasiado bien.

— ¡Laird Mackenzie! — saludó un hombre de la guardia del castillo, acercándose hasta Ewan —. Temíamos que hubieras sufrido alguna

complicación...

Ewan le devolvió el saludo con una sonrisa, pensando que, efectivamente, la había sufrido. Se llamaba Diane.

— Todo está bien, Alistair, nada de lo que debamos preocuparnos ahora mismo...

Diane se quedó inmóvil en su caballo, incapaz de moverse de donde estaba. Sentía todas las curiosas miradas clavadas en ella y un pánico atroz por caerse al bajarse de la montura y quedar en ridículo delante de tantísima gente la invadió.

— ¿Quién es ella? — preguntó el comandante de la guardia, señalándola.

Sheena, mientras tanto, saludaba al resto de los hombres que componían las filas.

Ewan se giró.

— Diane. Será nuestra invitada durante un tiempo, amigo...

Caminó hacia la chica pelirroja mientras los celos ascendían como un ardor abrasando sus entrañas. Ni siquiera su querido y fiable amigo, Alistair, conseguía mantener la mirada alejada de ella. Se percató entonces de que aquel vestido le quedaba demasiado ajustado a su cuerpo y de que sus senos podían apreciarse parcialmente.

— ¿Me puedes ayudar, Ewa... Laird?

Él sonrió.

Al parecer, delante de la gente sí que sabía comportarse con propiedad.

Sujetó a la mujer por la cintura y la ayudó a descender. Un murmullo de voces se levantaron alrededor de ambos y Ewan se sintió aliviado de que la mujer, al menos, hubiese aceptado vestir el tartán de su clan. Si alguien intentaba ponerle una sola mano encima sabría que tendría que responder ante él.

Pasaron al interior y recorrieron levemente las instalaciones de la fortaleza. La guardia personal de Ewan estaba deseando poder tener una reunión

privada para enterarse de todos los detalles del viaje de su laird y, Diane, en cambio, estaba tan sumamente cansada que lo único que anhelaba era terminar con la visita guiada del castillo y poder tumbarse en una cama a descansar.

Nada más percatarse del estado abrumado de Diane, Ewan Mackenzie ordenó a varias doncellas que se encargasen de la joven y la acompañasen hasta una de las habitaciones del torreón. Diane se sintió inmensamente agradecida cuando por fin pudo tirarse sobre un colchón blandito y mullido.

— Milady, ¿desea que haga traer su equipaje? — preguntó la doncella.

Diane pensó que no era más que una niña de trece o catorce años.

— No tengo equipaje — le contó con aire despreocupado.

En ese momento ya tenía todo lo que quería y necesitaba: una cama.

— Haré que le consigan nuevas ropas — explicó —, y un vestido bonito para la fiesta de esta noche. ¿Lo desea de algún color en especial?

— ¿La fiesta de esta noche?

— Así es, milady. Laird Mackenzie ya ha regresado a casa y esta noche habrá una fiesta para celebrarlo.

— ¡Oh, creo que no asistiré!

— Pero, milady...

— Dile a tu laird que me encuentro demasiado exhausta para acudir a ninguna fiesta. Necesito descansar.

La muchacha, contrariada, asintió y cerró la puerta dejando a la mujer a solas.

Diane se acurrucó contra los almohadones y la colcha y cerró los ojos, sintiéndose por primera vez desde que había aterrizado en ese siglo, segura y protegida de todo.

13

Diane había dormido plácidamente a lo largo de todo el día. Cuando había abierto los ojos se había encontrado con que, en el exterior, ya había anochecido completamente.

A pesar de que el torreón donde se situaba la habitación que a ella le correspondía estaba bastante alejado de las zonas comunes, la música y las voces de una gran muchedumbre la alcanzaban sin problemas. Se preguntó qué tipo de fiestas organizarían los clanes salvajes e indomables de las Highlands, y se sorprendió a sí misma riendo como una loca al imaginárselos a todos comiendo sin cubiertos, sobre la misma mesa. Desde luego, podía tratarse de la realidad sin duda alguna; aquella gente era poco más civilizada que los cavernícolas.

Alguien golpeó la puerta con los nudillos tres veces seguidas. Sobresaltada, se apresuró a recolocarse correctamente el vestido y el cabello antes de responder.

— Adelante...

Había creído que se trataría de Ewan Mackenzie, así que su decepción fue inmediata nada más ver a la joven doncella, Rhona.

Se adentró en la habitación portando un cúmulo de trajes sobre sus brazos.

— Milady — saludó, justo antes de dejarlos sobre la cama.

Apartó un vestido de color azul celeste del resto y después, se giró hacia ella para mostrárselo. Diane pensó que era exactamente del mismo azul que el de

los ojos de Ewan Mackenzie.

— Mi laird la espera en el gran comedor, milady. Ha solicitado tu presencia inmediata para poder comenzar con la cena — le explicó.

— Rhona... te llamabas Rhona, ¿verdad?

La jovencita asintió.

— Dile a tu laird, de mi parte, que no acudiré a ninguna fiesta.

La chica, sonrojada, negó.

— Se lo he dicho, milady, y ha insistido en que debe bajar — explicó, señalando el vestido — . Lo ha escogido Laird Mackenzie, dice que eres la invitada de honor.

¿Cómo podía existir un hombre tan tozudo sobre la faz de la tierra?

Al final, a Diane no le quedó otro remedio que ceder.

La joven doncella se encargó de vestirla, peinarla y prepararla para la cena, pero antes de abandonar la estancia, una vez más, volvió a comunicarle las inacabables órdenes de su laird.

— Desea que acuda con el tartán del clan Mackenzie — le explicó, mientras enroscaba y ataba en su cuerpo la tela cuadriculada — , le prometí que no se lo olvidaría en tus aposentos.

Era absurdo discutir, porque la joven Rhona parecía sentir auténtico pavor ante la sola idea de que su laird pudiera enfurecerse con ella; así que dijera lo que dijese, sabía que terminaría poniéndose el maldito tartán.

Bajaron al gran comedor de la fortaleza y Rhona no tardó en despedirse de ella para continuar con sus labores. El lugar se encontraba totalmente atestado de gente, la música sonaba por todas partes y, al fondo, sentados sobre una gran mesa que quedaba en una altura superior, se encontraba Ewan Mackenzie y el resto de los hombres de su guardia personal. Una punzada de rabia recorrió su cuerpo cuando comprobó que Sheena también se encontraba sentada en esa mesa, aunque en una de las esquinas.

Comenzó a cruzar el salón con las extremidades temblorosas.

Todas las personas presentes se giraban hacia ella para contemplarla con curiosidad; al fin y al cabo, el suyo debía de ser el único rostro desconocido de todo el comedor. Un rubor ascendió hasta sus mejillas y aceleró el paso para alcanzar la mesa en la que se encontraba Ewan con rapidez, mientras maldecía para sus adentros.

— Milady — dijo un hombre, sujetándola con fuerza de un brazo.

Diane sintió el impulso de quitárselo a golpes de encima, pero supuso que Ewan la estaría observando y se controló.

— ¿Qué quieres? — inquirió, girándose hacia él.

Era tan grande y fuerte como Ewan, y aunque también resultaba atractivo a la vista, no tenía la mirada perversa e intensa de su Highlander. ¡Oh, no! ¿Acababa de pensar en él como “su Highlander”?

— Me gustaría poder bailar, milady — le respondió el hombre con caballerosidad, aunque aún sin soltarla del brazo — . ¿Me podría conceder un baile?

Diane sacudió la cabeza, impacientándose.

Otro hombre hacía cola detrás para poder hablar con ella.

— Tengo prisa... Yo..., laird Mackenzie me espera — señaló, levantando la mirada hacia la mesa.

Efectivamente, Ewan la estaba observando — y no tenía buena cara — . Parecía estar enfurecido.

— Mi laird podrá esperarla unos minutos.

Diane intentó zafarse de las garras del hombre sin éxito y, de pronto, sintió que la desesperación comenzaba a invadirla. Había sido una muy mala idea acudir a esa estúpida fiesta.

— Kenneth, suelta ahora mismo a milady — escupió con furia otro hombre, empujando al que mantenía presa a Diane — . ¿No estás viendo que laird Mackenzie se impacienta? Está esperando para recibirla en la mesa. Es su invitada de honor.

— Yo... lo siento... No, yo no lo sabía... Discúlpame ante laird Mackenzie
— soltó, justo antes de infiltrarse con rapidez entre la gente.

Su salvador, imitando al hombre que acababa de espantar, sujetó a Diane por el brazo. La mujer estaba a punto de quejarse cuando, de pronto, sintió cómo tiraba de ella y comenzaba a caminar con paso ligero, arrastrándola entre la muchedumbre hasta alcanzar el otro lado del salón.

Ewan continuaba observándola con el ceño fruncido, aunque su expresión no parecía tan furiosa como anteriormente.

— La están esperando — señaló su nuevo captor, liberándola.

Diane sacudió de mala gana su brazo y acarició la zona enrojecida por la que la habían agarrado mientras ascendía por las escaleras.

Ewan se levantó de la mesa y se acercó hasta ella.

— Al final has venido — indicó.

Ella sonrió con ironía.

— ¿Acaso me has dejado elección?

— Uno siempre tiene elección — señaló.

Aquella noche no quería discutir con Diane, menos aún delante de tantísima gente y de tantos hombres dispuestos a correr para consolar su mal humor. Ya había visto cómo se habían abalanzado sobre ella, así que el resto de la velada no esperaba moverse de su lado.

— ¿Por qué no te sientas junto a mí? — le pidió, indicando las dos sillas vacías que quedaban en el centro de la mesa — . Estás preciosa con ese vestido.

Diane se sonrojó de inmediato.

— Gracias, Ewan.

— Laird, Diane... No olvides quién soy, por favor.

Su petición prácticamente parecía una súplica.

Diane asintió y siguió al enorme guerrero hasta los asientos que les correspondían. Superficialmente, Ewan le presentó a todos los ocupantes de la mesa hasta llegar al final, a donde Sheena. La mujer le lanzó una mirada tan repleta de odio que Diane pensó que estaba intentando fulminarla de esa manera.

Le gustó que Ewan hubiera guardado un asiento a su lado. Por alguna razón, ese pequeño detalle la hizo sentirse importante, valorada y orgullosa. De ahí en adelante decidió que disfrutaría de la cena y calmaría el hambre atroz que le retorció el estómago, y así lo hizo.

A pesar de las continuas miradas incómodas que Sheena le lanzaba, consiguió disfrutar de un rato muy agradable conversando con Ewan y Alistair. Se sorprendió del cariño mutuo que se procesaban ambos guerreros y le resultó evidente que, a pesar de la formalidad con la que se dirigía Alistair a su laird, la confianza flotaba en el aire cuando estaban juntos.

El cochinillo que mantenían dando vueltas sobre unas brasas, al fondo del comedor, terminó por agotarse. Un par de horas después todo el mundo tenía una copa en la mano y bailaba o cantaba rodeado de sus amigos y familiares. Diane se sintió agotada y mareada por todo lo que había bebido, pero se lo estaba pasando tan bien que no deseaba retirarse aún a su habitación.

— ¿Podría hablar contigo en privado, mi laird? — preguntó Sheena, plantándose frente a ellos.

Ewan asintió, se levantó de la mesa y siguió a la guerrera hasta un pequeño rincón. Se habían alejado, pero no lo suficiente como para que nadie más escuchase la conversación.

Diane, incapaz de no sentir curiosidad y una pequeña dosis de celos, agudizó el oído e intentó prestar atención a las palabras de la guardiana. Hablaba en gaélico y le pedía que se vieran aquella noche... Según había entendido Diane, Sheena esperaba a Mackenzie en su habitación cuando la fiesta finalizase. La proposición no sonaba en absoluto decente.

—Milady, ¿sabes hablar gaélico? — preguntó Alistair, que se había percatado de la indiscreción de Diane — . Creí que eras inglesa.

— Sólo un poco — explicó, girándose hacia el comandante de Ewan y dejando de lado la estúpida conversación que los dos tortolitos mantenían — . Mi abuelo era escocés y quiso que aprendiera gaélico. Aunque lo entiendo todo, no lo hablo demasiado bien.

— Dime algo en gaélico, quiero escuchar tu acento, milady — suplicó el comandante.

— No lo hablo tan bien como lo entiendo — aseguró ella — , pero puedo cantarte, si quieres...

Alistair, maravillado, asintió.

Diane había aprendido varias canciones en gaélico escocés, entre ellas, «A Riogain Uasail», una de sus favoritas. La voz de la canción era la de diosa Eire como una doncella viuda y herida tras el exilio de su amado.

Comenzó a cantarla suavemente, pero poco después de empezar incluso los propios músicos del comedor dejaron de hacer sonar sus instrumentos para que la voz de la joven se hiciera eco en toda la silenciosa sala.

Ewan Mackenzie desvió la mirada hacia la joven pelirroja sin poder creer lo que estaba viendo y escuchando. Su voz sonaba tan delicada y frágil que sintió que realmente ni la misma diosa del viento podría llegar a igualar la versión de Diane. Varias mujeres no tardaron en sacar los pañuelos para contener los estragos del llanto a raya, y Alistair, que estaba sentado junto a ella, parecía totalmente hipnotizado por la belleza de la melodía y de la joven. Después de haberla visto con aquel vestido de color celeste, Ewan pensó que no la vería jamás más hermosa. Pero esa voz..., esa canción..., hacía que cualquier vestido quedase eclipsado. Aquella era, sin duda, la virtud y el arma más maravillosa que poseía Diane.

Cuando terminó de cantar, sonrojada, un millar de frases de admiración se abrieron paso en la sala. Varios hombres tuvieron que contenerse para no saltar sobre la mesa de su laird en busca de la chica pelirroja y, otras tantas mujeres, fueron incapaces de dejar de llorar.

Diane sonrió a Alistair y éste, satisfecho porque la joven hubiera cumplido su deseo, sujetó su mano para besarla con delicadeza. Ewan estaba contemplando esa escena y sintió cómo un millar de dolorosas agujas se

incrustaban en su corazón. ¿Por qué tenía que sentirse así respecto a Diane? No sólo no tenía sentido, si no que, además, era estúpido y egoísta. No podía permitir enamorarse y menos aún de una mujer inglesa que pretendía regresar a su país.

Se quedó observando cómo Diane se levantaba de la mesa, disculpándose, y se alejaba a gran velocidad por uno de los laterales del comedor. Ewan se apresuró a perseguirla por si a algún hombre se le cruzaba por la cabeza la idea de acompañarla, en contra de su voluntad, hasta su habitación. Sin quererlo, había dejado a la guardiana de sus tierras allí plantada, en mitad de una conversación. Sheena, dolida, pensó que, al menos, ella sería la mujer con la que su laird terminaría la noche. ¿Qué tenía la estúpida inglesa que no tuviera ella? ¿Qué demonios hacía que levantase tantas pasiones?

— ¡Diane, espera! — exclamó Ewan, alcanzándola.

Ella se giró hacia el Highlander con los ojos encharcados.

— ¿Qué te ocurre? Creí que lo estabas pasando bien...

Y así había sido.

Se lo había pasado muy bien hasta que había escuchado las proposiciones indecentes que le había hecho Sheena. Y luego, además, todo había empeorado cuando había cantado en voz alta aquella maldita canción. Mientras lo hacía, no había podido evitar imaginarse a Ewan galopando directo a la batalla en busca de sangre y venganza mientras ella lo esperaba en su fortaleza. Y lo peor de todo eso había sido el pensar que él moriría sin saber si quiera que lo deseaba y... amaba. Porque así era. Lo amaba. En algún momento de aquel maldito tiempo que habían compartido juntos se había terminado por enamorarse de él, o al menos, eso creía Diane. ¿Qué otra razón podía explicar si no sus celos y el dolor que sentía al imaginar su partida? No tenía ni el más mínimo sentido, pero le gustase o no, ella no escogía qué sentir.

— Por favor... Cuéntame qué te ocurre.

Ella no supo qué responder.

Se sentía mareada y vulnerable por la cantidad de vino que había ingerido y

temía que, si abría la boca, terminaría diciendo algo de lo que al día siguiente se arrepentiría.

— Por favor, Diane...

— No pasa nada, Ewan... — susurró, enjugándose el llanto.

El laird de los Mackenzie caminó un paso al frente y colocó la palma de su mano sobre la mejilla de Diane. Ella guardó silencio, esperando a que la corrigiera y le exigiera que se dirigiera a él con respeto; pero ese momento no llegó.

— Entonces, ¿por qué lloras, preciosa?

Su voz sonaba tan dulce y tierna, tan sedosa... Que casi parecía la misma voz que la del chico que había visto noche tras noche bajo su ventana.

— No lo sé... — repitió, confusa, armándose de valor para la confesión que estaba por contar — . No quiero que vayas a la guerra... Yo..., no quiero que..., mueras.

Ewan pensó que, de pronto, su mundo giraba con demasiada rapidez. Nadie en toda su vida se había preocupado por su bienestar desde que tenía uso de razón. Su madre había muerto cuando él no era más que un bebé y su padre, su tío e incluso su clan consideraban que su deber como laird era proteger a su gente anteponiendo las vidas inocentes a la de él. Había nacido para ir a la batalla y... para morir peleando con una espada en la mano.

Su sentencia estaba firmada desde que nació, lo único que desconocía era cuándo y dónde le llegaría el momento de decirle adiós al mundo.

— No moriré — aseguró, acariciando el rostro delicado que tenía entre sus manos.

Se moría de ganas por besarla en aquel instante, pero sabía que no podía hacerlo. No debía.

— ¿Cómo lo sabes, Ewan? ¡No puedes saberlo!

Él sonrió, iluminando con la sonrisa su profunda mirada celeste.

— No moriré siempre y cuando tú me estés esperando... aquí.

Se arrepintió de aquellas palabras nada más decir las, pero ya era tarde para rectificarse. Antes de poder añadir nada más, Diane había posado los labios sobre los suyos y le exigía con apremio descubrir más de él.

El sabor de Ewan era cálido y Diane no tardó en descubrir lo mucho que le gustaba perder la noción de la realidad entre sus brazos. Enroscó los dedos alrededor del cabello de su nuca y tiró con fuerza para recibir más de lo que él le estaba entregando. Un ardor inimaginable ascendió por sus entrañas y supo, de inmediato, que le deseaba. Deseaba que él la quisiera con todas sus fuerzas y que el asunto de esa horrible guerra por venganza quedase, de una vez, atrás.

Cuando se apartó de ella, ambos jadeaban confundidos. Diane se quedó mirándole seriamente, esperando escuchar algunas palabras de sus labios; pero el guerrero estaba tan desorientado por la pasión que no sabía muy bien qué era lo que debía decir.

— Diane, yo...

Ewan intentó traspasar la frontera de su castaña mirada y adentrarse en su mente, pero aquella pelirroja testaruda e insolente era un libro cerrado a cal y canto. No entendía nada de ella... No, nada en absoluto. Ni siquiera había logrado obtener la información suficiente como para comprender qué la había llevado hasta las Highlands.

Al final suspiró, agotado.

— Siento lo que ha ocurrido — dijo, pensando que quizás, ella pudiera arrepentirse del beso.

No estaba jugando con el honor de la inglesa, ni mucho menos.

— ¿Lo sientes? — le preguntó, rabiosa.

— ¡No! — rectificó Ewan tras comprobar su enfado — . Pero no quiero que pienses...

— ¿Qué? — atacó.

Diane dio un paso hacia atrás.

Se sentía confundida y herida por partes iguales, aunque sus sentimientos no tenían la más mínima lógica. Sólo había pasado unos días en las Highlands, pero se le antojaba una eternidad. Parecía que desde que había pisado esas tierras mágicas todo se había vuelto contra ella. Pensó que echaba de menos Londres y que en esos momentos, más que nunca, deseaba regresar a su hogar.

Una lágrima rebelde se deslizó por su mejilla silenciosamente, mientras Ewan la observaba con cierta preocupación.

— ¿Qué, Ewan? — repitió al atisbar su falta de respuesta.

El guerrero parecía encontrarse realmente desconcertado.

— No quiero que pienses que... — comenzó de nuevo — , que yo pretendo deshonrarte...

Diane frunció el ceño y se esforzó por comprender lo que Ewan intentaba decirle. Cuando lo logró, saltó en tremendas risotadas que fue incapaz de controlar voluntariamente.

— ¿No pretendes deshonrarme, Ewan? Creí que no te importaba llevar a mujeres solteras hasta tu cama... O igual prefieres que sean ellas las que te esperen ahí.

Diane se quedó inmóvil, observando cómo el muchacho iba perdiendo el color poco a poco. Aquel ataque repentino le había pillado totalmente por sorpresa, y en asuntos de tal índole, desconocía cómo defenderse.

— Buenas noches, laird Mackenzie — escupió, antes de girarse sobre sus talones para abandonar la estancia.

Ewan no fue capaz de decirle adiós.

14

— No te veo muy buena cara, mi laird — se rió Alistair — , parece que has visto un fantasma.

Después de tantos años de amistad, ambos se conocían perfectamente bien. Alistair no necesitaba interrogarle para saber que aquella expresión tan desamparada que lucía debía de ser consecuencia de una mujer.

— No puedo tener una noche tranquila, Alistair — protestó Ewan, dejándose caer sobre la mesa.

El vino seguía rodando por el bufete, de copa en copa, y la música continuaba. La gente de su clan bailaba y bebía animadamente ajenos a cualquier tipo de dilema o controversia. Aunque Ewan se molestaba mucho por cuidar a los Mackenzie, sabía que más de uno pasaba por malas rachas en aquellos momentos y que muchas de las cosechas se habían ido a pique al ser arrasadas por una terrible plaga. Otros muchos continuaban luchando por recuperarse de la gripe que infectó y arrasó con buena parte del ganado que había en las tierras Mackenzie, y a duras penas lograban un pedazo de pan que llevarse a la boca a finales de mes. Ewan los observó fijamente y pensó, tras contemplar tantísima felicidad, que algo debía de estar haciendo bien como laird. Es más, podía decir que se sentía amado. El asunto de las tierras de los MacLeod serviría para sanar muchas heridas del pasado y para ayudar a prosperar a su pueblo, así que, allí sentado, decidió que atacaría y se haría con el poder del castillo de Ardvreck lo antes posible. Y después..., después regresaría a su casa y...

— ¿Lady Diane te ha provocado dolor de cabeza?

Ewan se sobresaltó al escuchar aquello.

Observó sorprendido a Alistair, que sonreía con picardía. Se conocían demasiado bien y era como un hermano para él, así que no tenía sentido ocultarle la verdad.

— ¡Maldición! ¡Esa mujer me desquicia! — confesó, sin ocultar una sonrisa.

— Y también te gusta, ¿no es así?

Su laird meditó unos segundos la respuesta, antes de asentir levemente.

— Me he dado cuenta de que estaba espiándote mientras hablabas con Sheena, así que supongo que...

— ¿Sabes qué tiene ella que la hace diferente, amigo? — preguntó con aire reflexivo.

Alzó la copa y bebió el contenido de un trago, intentando mitigar las extrañas sensaciones que se apoderaban de él.

— ¿Qué? — inquirió Alistair.

Ewan volvió a rellenar su copa con apremio.

— Que parece haber vivido ajena al mundo hasta el día de hoy... Es una sensación extraña de explicar, pero incluso aunque haya vivido en Inglaterra hasta ahora... No sé. Todo le resulta extraño y complicado... Observa todo, maravillada, intentando retener lo que la rodea para no olvidarlo...

— Creo que eres tú quién la observa maravillado — soltó Alistair, riéndose a pleno pulmón al escuchar las tonterías de su amigo.

Ewan le soltó un repentino codazo que dejó sin respiración a su amigo. Necesitaba que, por una vez, se le tomase en serio.

— ¿Sabes lo que me ha pedido? Que no vaya a la batalla... que no luche por las tierras de los MacLeod.

Aquella confesión fue suficiente para que su primer comandante dejase de

reír.

— ¿Cómo?

No podía entender porqué Lady Diane le había pedido semejante absurdez.

— Así es... — susurró, distraído.

— ¿Ella conoce nuestra historia con los MacLeod? — inquirió Alistair.

Él asintió.

— ¿Y entiende que hacernos con sus tierras solucionarían muchos de los problemas de nuestra gente?

Ewan volvió a asentir.

— ¿Y entonces, por qué no quiere una batalla con los MacLeod?

— No es que no quiera una batalla con los MacLeod, esas ratas no le importan lo más mínimo.

— ¿Y entonces...?

— No quiere que vaya a ninguna batalla — explicó el guerrero.

Alistair volvió a echarse a reír como un loco, incapaz de encontrar ninguna lógica a las palabras de aquella mujer. No podía negar que fuera preciosa y que su voz fuera increíblemente angelical, pero comenzaba a pensar que tampoco estaba muy bien de la cabeza...

— No quiere que yo muera... — murmuró Ewan, sin apartar los ojos del enorme comedor — , quiere asegurarse de que regrese a casa... Sano y..., salvo.

Tomó otro largo sorbo de vino y después apartó la copa de enfrente.

No quería beber más porque ya se sentía lo suficiente confundido como para que el vino nublaste su buen juicio más aún.

— Mi laird, pero es tu deber luchar con...

— Lo sé, lo sé — le cortó, levantándose de la silla — . No te preocupes por

nada, amigo. La batalla no se aplazará más de lo necesario. En cuanto recupere fuerzas, partiremos para conquistar el castillo de Ardvreck.

Alistair sonrió, complacido.

Se moría de ganas por una buena batalla.

Ewan Mackenzie bajó de la mesa principal mareado. Observó que Sheena se alejaba aceleradamente por el pasillo lateral pero, antes de desaparecer por la puerta, le pareció que le guiñaba un ojo. Suponía que se dirigía a su habitación para esperarle.

Ascendió por las escaleras a trompicones, aún con el beso que anteriormente se habían dado Diane y él rondando en su mente. Un beso, nada más. ¿Por qué había tenido tantísimo significado, entonces? Recordó también las últimas palabras de Diane y lo herida que parecía por el hecho de saber que Sheena y él compartirían su cama aquella noche. Parecía celosa...

Pensó, entonces, que ella también era libre de enredarse bajo las sábanas con quien quisiera. Pero ese pensamiento lo perturbó tanto que tuvo que detenerse en mitad de camino para respirar hondo y lograr recobrar la compostura.

Lo siguiente que hizo no fue algo planeado, simplemente, un acto de necesidad con la que esperaba firmar una declaración de intenciones. Rezó a todos los Dioses porque la mañana siguiente no se sintiera arrepentido de sus actos y caminó al frente, pasando de largo su habitación. Aquella en la que Sheena le esperaba.

No tocó la puerta, simplemente accedió al interior con sigilo. Las velas estaban apagadas, pero el reflejo de la luna que se filtraba por el cristal de la habitación permitía que Ewan pudiera observarlo todo con claridad. Diane dormía plácidamente, tapada con varias gruesas mantas. Sus cabellos rojizos se esparcían como el fuego por la almohada blanquecina, contrastando notoriamente.

Un escalofrío lo hizo temblar de arriba abajo al imaginársela, de nuevo, desnuda. Ya lo había hecho anteriormente; la ocasión en la que se bañó en el lago y escrutó su desnuda espalda mojada y el día que la encontró tapada, únicamente, por un fino camión. Aunque aquella prenda había dejado poco a su imaginación, Ewan se moría de ganas por arrancarle las telas a tirones y hacerle el amor allí mismo.

Caminó con sigilo al frente y se preocupó cuando Diane habló en sueños. Se quedó inmóvil, esperando para comprobar si se había despertado.

— Seanair, vuelve...

Su voz prácticamente era un susurro.

Parecía profundamente dormida, así que se adentró más en el dormitorio hasta quedar junto a su cama. Estaba bebido, y desvestirse con aquel mareo y en sigilo le supuso todo un logro. Después se introdujo debajo de las mantas, junto a Diane.

La mujer pelirroja estaba acostada de lado. Ewan se quedó observando sus cabellos rojizos y después deslizó su mano por encima de la delicada espalda de la joven para poder estrecharla entre sus brazos.

Ella, impresionada, abrió los ojos. Se giró hacia Ewan asustada, pero nada más verle su expresión se relajó.

— ¿Qué haces aquí? — inquirió, consternada.

En realidad, había querido preguntar a ver por qué no estaba con su guardiana de tierras.

— No voy a compartir el lecho con nadie que no seas tú — le explicó Ewan, besando el hombro por el que le caía el camisón — , así que hoy dormiré aquí, contigo.

Diane se sobresaltó, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo.

— ¿Por qué...?

— Porque jamás, nadie, en esta vida, había deseado algo tan bueno para mí...

— ¿Qué he deseado?

Diane se sentía confundida y no comprendía a qué se refería Ewan.

— Nadie ha deseado que proteja mi vida de la manera que lo has hecho tú, Diane.

Ella no respondió.

Aquella noche se sentía extraña, pero sobre todo, nostálgica.

Se hundió en los brazos de Ewan y dejó que el beso la envolviera y la atrapase por completo, mientras un millar de mariposas se despertaban para revolotear en su estómago. Ningún hombre había logrado que se sintiera de aquella manera; pero Ewan... Ewan era capaz de despertar en su interior sentimientos que ni siquiera conocía.

Cuando se apretó con más fuerza contra su cuerpo, buscando algo que calmara el ardor que la consumía, se dio cuenta de que su guerrero Highlander estaba completamente desnudo.

— ¡Maldición! — exclamó en voz alta, dejando por unos segundos de besarle.

Había vuelto a pensar en él como «su Highlander», a pesar de que intentaba sacarse esa expresión de la cabeza. Ewan Mackenzie no era suyo. No lo era.

El guerrero intentó preguntarle qué era lo que le sucedía, pero Diane no le dio tregua. Ardía por tenerle en su interior, por sentirle, porque lograra consolarla entre sus brazos. Pasó una pierna por encima de la cadera de Ewan, enroscándose en su cuerpo como un reptil opresor. Sentía su gran hombría dura y erecta, palpitando bajo ella, y aquello logró que su cabeza se nublase por completo.

— ¡Oh! — exclamó, arrancándole un largo suspiro.

De pronto, Ewan se apartó, estirando los brazos entre ambos para lograr recuperar el espacio necesario para respirar. Diane iba a lograr acabar con su corazón.

— ¡Maldita sea! — exclamó, procurando relajarse — . No puedes hacer eso y esperar que...

— ¿Qué?

Ewan sopesó si responder o no.

— ¿Qué? — insistió Diane.

— No puedes hacer eso y esperar que no te haga el amor — confesó, aún

respirando con dificultad.

— Espero que me hagas el amor, laird Mackenzie — le respondió Diane, sonriendo con picardía — . Hoy incluso, podría suplicar porque me hagas el amor...

Ewan soltó una tremenda risotada.

— No voy a hacerte el amor — sentenció — , al menos, por ahora. Solo quiero que durmamos juntos...

Diane no comprendía lo que estaba pasando.

— ¿Por qué?

— Porque quiero estar aquí, contigo, y no con Sheena. No quiero que tú pienses que...

— Espera, espera... — le cortó ella, incapaz de encajar las piezas de aquel puzle.

— Es sencillo, Diane. Quiero que tú y yo estemos juntos.

Ewan alzó la mano y acarició con la yema de su dedo índice el contorno del rostro de su testaruda pelirroja. Le agradó la idea de haber escogido una mujer y se consoló pensando que su matrimonio no terminaría siendo uno de conveniencia, como en el caso de otros muchos lairds. En Diane había encontrado el carácter, la fortaleza y la valentía para soportar la carga de ser la esposa de un laird... Y Ewan sospechaba que aquel título se le daría bien, muy bien.

Diane no entendía muy bien a qué se refería su Highlander con aquellas palabras, pero no replicó más. Estaba agotada, confundida y excitada... Necesitaba calmarse, así que volvió a arrastrarse entre las sábanas hasta quedar junto a Ewan, adaptándose a su cuerpo. Él volvió a pasar su brazo por encima de su cadera y la estrechó con fuerza; de una manera tan protectora que Diane pensó que Ewan jamás permitiría que nadie la hiciera daño.

— Buenas noches, preciosa — susurró.

Diane sonrió.

— Buenas noches, Ewan.

15

Aunque de vez en cuando Ewan Mackenzie compartía su lecho con algunas mujeres, no estaba acostumbrado a despertarse con compañía. La mayoría de sus amantes, incluida Sheena, se marchaban nada más obtener lo que habían ido a buscar. Recordó entonces que había dejado abandonada a su guardiana y rezó porque su enfado no durase demasiado. Aquel día sería importante, aunque ya pensaría en aquellas cuestiones estratégicas más adelante.

Se movió lentamente para no molestar a Diane y se volvió a acomodar junto a ella. La joven pelirroja dormía profundamente, ajena a los rayos de sol que se colaban por la ventana, iluminando la habitación. Ewan no estaba acostumbrado a despertarse después del amanecer, así que ya llevaba varias horas de aquella manera; observando cómo la joven dormitaba plácidamente.

Se sorprendió a sí mismo pensando que le agradaba encontrarse así, tumbado junto a ella. Las emociones que Diane le transmitían podían resumirse en pura calma y... paz. Eso cuando estaba dormida, claro. Despierta era un puro torbellino que arrasaba con todo lo que se le ponía por delante.

Acarició su nuca, repleta de pecas, y pensó en lo sencillo que sería despertarse acompañado el resto de su vida. La idea no le desagradaba en absoluto, así que lo mejor era no demorar demasiado la pedida de matrimonio. Al fin y al cabo, aquella sería la única de las maneras posibles de poseerla totalmente sin deshonrarla.

— ¿Sigues aquí? — susurró Diane delicadamente.

Era evidente que conocía la respuesta, ya que Ewan no la había liberado del abrazo ni un solo segundo.

— Sigo aquí, aunque debo macharme cuanto antes...

Ella suspiró.

— ¡Vaya! Ha durado poco el sueño...

— Volveré cada noche, a cambio de algo, claro...

El cuerpo de la joven se tensó inmediatamente.

— ¿A cambio de qué? — preguntó con la voz ronca, incapaz de controlar los instintos que se despertaban en ella. Más aún sabiendo que el Highlander que tenía contra su espalda estaba plenamente desnudo.

— A cambio de una canción. Quiero que esa voz sea mía, Diane. Sólo mía.

Ewan no podía olvidar los rostros de los hombres del comedor. Todos habían enloquecido, hipnotizados, al escuchar su dulce y preciosa voz.

— Mi voz es mía, y no será de nadie más — cortó.

El guerrero se rió tontamente antes de besar de manera superficial su nuca.

— Eso ya lo veremos.

Se alejó de ella para levantarse de la cama y poder vestirse.

La reunión con sus hombres no podía demorarse más y, seguramente, alguno que otro estaría extrañándose del tardío amanecer de su laird. Lo mejor era hacer acto de presencia en el campo de entrenamientos para ayudar a su comandante con los más primerizos y liberar de cargos a sus oficiales más cualificados. Necesitaba que todos estuvieran listos para el ataque.

Diane sintió que Ewan se levantaba del colchón, pero no se movió un solo centímetro. Sabía que estaba desnudo y no quería tropezarse con... él.

— Ewan... — preguntó, con la vista clavada en la almohada —, ¿qué significó lo de anoche?

Él guardó silencio y Diane supuso que se estaría vistiendo.

— Que he decidido tener un futuro contigo, Diane...

Aquella confesión la pilló tan desprevenida que la joven ni siquiera fue capaz de contestar. Pensó que debía de decirle que las cosas no funcionaban así, que la gente, antes de decidir nada, primero debía conocerse profundamente. Cuatro suspiros robados no significaban nada, absolutamente nada, en comparación con el verdadero amor.

Pero... ¿Acaso ella sabía lo que sentía por Ewan Mackenzie?

— Debo marcharme — anunció, rodeando la cama para volver a verla de frente — . Debo organizar a mis guerreros para la batalla.

— ¿La batalla?

Ewan asintió, justo antes de besar su frente con delicadeza.

— Pasa un buen día, preciosa — se despidió.

Diane no pudo evitar una risita al ver lo mal vestido que iba; llevaba el tartán medio colgando de la cintura, con un escaso nudo mal hecho a la altura de su hombro.

Se levantó de la cama, confusa, y se acercó hasta la ventana.

Se quedó mirando fijamente el bellissimo paisaje que se abría paso hacia todas las direcciones y pensó, maravillada con aquellas montañas, que ni las preciosas Highlands del siglo XXI habían logrado conservar la mitad de aquella belleza sin igual. ¿Algún día volvería a despertarse en el hostel de Inverness? Se rió como una loca psicótica cuando un extraño pensamiento surcó como una estrella fugaz su mente. ¿Y si en realidad aquella lejana vida en el siglo XXI era falsa? ¿Y si había soñado con ella, con su seanair, con sus tíos? ¿Y si nada de aquello existía? Quizás había recibido un fuerte golpe en la cabeza, o puede que Ewan Mackenzie tuviera razón cuando le decía que el demonio se había apoderado de ella.

— Bendito demonio... — susurró, pensando que, después de todo, aquella estaba siendo una verdadera aventura.

Se imaginó, por unos instantes, a las tropas Mackenzie abandonando la fortaleza y galopando en dirección al castillo de Ardvreck; avanzando a gran

velocidad y peligrosamente por aquellas tierras verdes y húmedas. Una punzada de angustia recorrió sus entrañas cuando un sinfín de posibilidades se abrieron paso en sus pensamientos: ¿y si su antepasado moría en aquella batalla? No era posible, a no ser que laird MacLeod ya tuviera descendencia directa, lo que aseguraría la futura existencia de Diane. De pronto, se acordó de Maira, la hija de MacLeod de la que Ewan había estado enamorado durante tantos años. Aquella por la que se comenzaría una guerra y aquella a la que había enterrado profundamente en su memoria. Quizás la sangre de Maira y su sangre fueran la misma, ¿no? Incluso aunque MacLeod falleciera, dejaba una hija con la que asegurarse un linaje. Pero, ¿y si no era así? ¿Y si Ewan asesinaba a MacLeod y le robaba a ella un futuro? Entonces merecería la pena, pensó, porque significaría que Ewan volvería vivo a casa.

Ninguno de los resultados de aquella batalla la entusiasmaba lo más mínimo.

Una hora después Rhona irrumpió en la habitación y se tomó la molestia de ayudarla a adecentarse. Se alegró de ello, porque Diane estaba convencida de que de ninguna manera habría logrado por sus propios medios colocarse el tartán de los Mackenzie.

— Aprenderá rápido, ya lo verá, milady.

Rhona, realmente, era un encanto.

La muchacha, además, se ofreció voluntaria para enseñarle a Diane los recovecos de la fortaleza de los Mackenzie. Mientras caminaba por los pasillos húmedos del lugar, Rhona le relató los problemas más comunes que solía haber en su clan; la falta de tierras cercanas al río había llevado a muchos hombres a perder sus cosechas. Además, la desgracia parecía perseguirles; primero asesinaban a su laird, que durante años había sido justo y servicial con el pueblo, y después la plaga aniquilaba buena parte del ganado. El clan Mackenzie había perdido fuerza y riqueza con todas aquellas adversidades, y Rhona estaba plenamente convencida de que tarde o temprano los MacLeod reclamarían las tierras y asesinarían a todos los Mackenzie, más aún después de obtener tantísimo poder al unir a los McDonald a su clan.

— ¡Dios mío! — exclamó, horrorizada.

Se preguntó si aquello sería posible y decidió que por primera vez en su vida comenzaría a rezar seriamente a los dioses. Jamás había sido una joven religiosa, pero todos los acontecimientos que la estaban rodeando aquellos días la obligaban a replantearse seriamente sus creencias.

— ¿Laird Mackenzie atacará antes que los MacLeod, o preparará una defensa en la fortaleza? — preguntó la doncella con curiosidad.

Aunque Diane estaba prácticamente convencida de que primero atacaría, no quería decir nada sin que antes Ewan se lo confirmase y le diera permiso. Suponía que las estrategias de una batalla eran un asunto lo suficientemente serio como para husmear libremente.

Se encogió de hombros y Rhona la escrutó, sorprendida.

— ¡Oh, vaya, milady! Creí que lo sabrías, más aún después de que se anunciara la unión esta mañana.

— ¿Cómo? — inquirió Diane, incapaz de comprender a qué se refería con aquella última parte.

— Aunque el pueblo aún no te reconoce como Mackenzie, nadie pondrá ninguna objeción, milady. Ayer te ganaste todos los corazones con aquella preciosa canción...

— Pero, Rhona, ¿qué quieres decir con eso del enlace?

La muchacha sopesó si explicarse o no. Al parecer, había metido la pata hasta el fondo y lamentaba profundamente tener que ser ella quien diera la noticia.

— Esta mañana, Sheena explicó a todos los guardias que laird Mackenzie había dormido en tu habitación, milady. Los hombres estaban riéndose con el asunto cuando laird Mackenzie interrumpió en la escena. Había escuchado todo y no le había hecho gracia, así que anunció que serías su futura esposa y que retaría a lucha a cualquiera que volviera a faltarte al respeto o se atreviera a reír una sola vez más.

Diane se quedó blanca.

¿De verdad había dicho aquello Sheena? Le costaba creerlo, más aún después

de las proposiciones indecentes que ella le había hecho a Ewan. Aunque por otra parte, le resultaba sencillo de imaginar el orgullo herido que podría haber tenido una mujer despechada y abandonada como ella. Ewan había pasado del encuentro que tenían previsto por dormir con ella... Únicamente, dormir, por desgracia.

Se despidió de Rhona y decidió dirigirse a pasear por los jardines. Tenía demasiado en lo que meditar y le apetecía estar sola.

¿Habría dicho Ewan en serio aquello del enlace? ¿De verdad esperaba que se casaría con él así, de buenas a primeras? Se rió ante lo ridícula que resultaba la simple idea. Nadie en su pleno juicio podría pensar de aquel modo tan retrogrado y retorcido... ¿O sí?

— ¡Por Dios! — exclamó, incapaz de creerlo.

¡Lo había dicho en serio!

Ewan Mackenzie era un cavernícola de otro siglo y Diane había sufrido la desgracia de comprobarlo con sus propios ojos.

Se levantó del banco en el que había pasado sentada los últimos minutos y, tras echar un último vistazo al encantador jardín botánico, volvió a adentrarse en la fortaleza repleta de ira. Tenía que hablar con ese Highlander mandón antes de que tuviera la brillante idea de planear alguna ceremonia más.

Tras preguntar a varios de los hombres de Ewan, terminó por descubrir dónde se encontraba. Cruzó el patio exterior, con los brazos en jarras y las mejillas encendidas por la rabia, y se dirigió con paso firme y decidido hasta los campos de entrenamiento en los que Ewan entrenaba a los muchachos más jóvenes del clan.

— ¡Ewan! — gritó a pleno pulmón, ascendiendo ladera arriba.

Varios chicos se dieron la vuelta para observarla, sorprendidos, aunque la mayoría ni siquiera se inmutó de su presencia. Las espadas volaban y silbaban cortando el aire. Uno de los chicos golpeó fuertemente a otro en las costillas, y otro joven no dejaba de sangrar por la nariz, tendido en el suelo. Horrorizada, Diane intentó esquivar los círculos de batalla en los que se reunían los hombres mientras buscaba con la mirada a Ewan.

No fue consciente de que otra batalla se lidiaba en su espalda hasta que el hombre la golpeó con fuerza, derribándola sobre la fría hierba. El guerrero Mackenzie, con el rostro salpicado de gotas de sangre, se erguió sobre Diane sujetando la espada en lo más alto, amenazadoramente.

— ¡No, no! — gritó, asustada — ¡Por favor!

El hombre la contempló unos instantes y, al final, cambió la expresión de su rostro y dejó caer el brazo con el que sujetaba la espada.

— ¿Milady? — preguntó, sorprendido.

Los guerreros habían dejado de luchar y ahora la observaban con preocupación.

— Estoy buscando a Ew... Laird Mackenzie.

— ¿Y tienes que meterte en mitad de un campo de entrenamiento por eso, mujer? — preguntó Ewan a su espalda, con un tono malhumorado.

Diane no supo qué responder.

Quizás sí que había sido una estupidez por su parte.

Ewan le tendió la mano para ayudarla a levantarse y ella, a regañadientes, la aceptó. A pesar de su imprudencia, continuaba recordando el motivo por el que se encontraba allí.

— Necesito que hablemos.

El Highlander titubeó.

— Luego.

— ¡No! ¡Ahora!

No tuvo tiempo a rechistar.

Cuando quiso darse cuenta, Diane ya se encontraba descendiendo la ladera con el semblante de pocos amigos y los brazos en jarras.

— ¿De verdad has anunciado nuestro... compromiso? — preguntó, furiosa.

Ewan asintió.

— ¿Y cómo demonios se te ha ocurrido anunciar un compromiso inexistente?

Él sonrió.

— No es un compromiso inexistente, Diane. Nos vamos a casar — replicó con serenidad.

Esperaba que con aquella aclaración fuera más que suficiente para resolver el asunto. Faltaban muy pocos días para ir a la batalla y necesitaba concentrarse en los asuntos más importantes.

— ¡Estás loco, Ewan!

— Laird Mackenzie...

— ¡Ewan! ¡Ewan! ¡Ewan!

El Highlander sujetó el rostro de Diane entre sus manos, obligándola a guardar silencio con un profundo y apasionado beso. Había dejado de importarle quién pudiera estar viendo la escena y, además, había descubierto recientemente que aquella era la técnica más acertada para silenciar a la testaruda pelirroja que se convertiría en su esposa.

— Debo de regresar al campo — murmuró, alejándose superficialmente de ella —. Si no entreno correctamente a mis hombres, no tendrás que preocuparte por el enlace.

— ¿Por qué? — preguntó Diane, aún jadeando.

Ewan aún no le había contestado cuando Diane ya se arrepintió de su pregunta.

— Porque si muero en la batalla, no tendrás que casarte conmigo.

16

Diane se acercó a la ventana para observar el hermoso paisaje que se extendía hacia todas las direcciones. Si de una vez por todas lograba regresar a Inverness, al hostel, echaría de menos aquellas vistas.

Bueno, las vistas... y quizás a Ewan Mackenzie. A pesar de lo arrogante y

egocéntrico que le resultaba, la joven no podía negar la irresistible atracción que sentía por él. Aunque también debía admitir que su forma de mangonearla comenzaba a irritarla de sobremanera. Y ésa era la verdadera razón por la que Diane había pasado la tarde confinada en su habitación.

Se había negado a bajar a comer con él, y ahora, acercándose la noche, había decidido que tampoco acudiría a cenar. El laird de los Mackenzie tendría que suplicar para poder disfrutar de su compañía, y eso era algo a lo que no estaba en absoluto acostumbrado.

Suspiró hondo al pensar en aquella tontería del compromiso y lo surrealista que le parecía el asunto. Mientras contemplaba las nubes grisáceas que se extendían a través del cielo de las Highlands, Diane se imaginó vestida de novia, caminando hacia el altar en el que Ewan la esperaba, impaciente, contemplándola con sus profundos ojos celestes. ¿Por qué demonios le tenía que gustar tanto aquella idea? En el fondo, sabía que una persona en su sano juicio debía de sentirse asustada y aterrada por partes iguales, no entusiasmada y excitada.

Unas horas después de que la lluvia comenzara a golpear la ventana de Diane, Rhona apareció en la habitación con cara de pocos amigos. Al parecer, Ewan le había ordenado que acudiera en busca de Diane y que la llevara hasta el gran comedor fuera como fuese.

— Dile a tu laird que no pienso bajar a cenar, que no tengo hambre — sentenció Diane, enfurruñada — . ¿Acaso él se ha molestado en subir a disculparse en todo el día?

Rhona no sabía qué responder, pero de un modo u otro tenía que encontrar la forma de hacer entrar en razón a lady Diane.

— Por favor, milady... laird Mackenzie se disgustará muchísimo conmigo si no me acompañas al comedor.

Diane observó a la muchachita y suspiró, rendida, al ser consciente de que la pobre doncella sería la encargada de pagar los platos rotos.

Aunque accedió a bajar a cenar, decidió hacer sufrir un poco más a Ewan y se entretuvo acicalándose como nunca antes. Se probó dos vestidos antes de

decidirse por un tercero, y le suplicó a Rhona — la cual cada vez se impacientaba más — que le trenzase el cabello de manera diferente. Cuando la muchacha protestó por la tardía, Diane se excusó diciendo que quería verse bella para su laird. Rhona no le discutió.

Antes de descender al gran comedor, Rhona insistió en que se colocase el tartán de los Mackenzie. Diane había pensado en dejarlo en la habitación y fingir que se había olvidado de él, pero al final accedió a llevarlo, consciente del disgusto que se estaba llevando Rhona aquella noche por su culpa.

El gran comedor estaba, prácticamente, vacío.

Aquella noche no había música, ni bailes, ni risas. Ewan y sus guardias, incluida Sheena, estaban sentados en la mesa del fondo, que quedaba horizontalmente en el comedor. El resto de los soldados cenaban en mesas verticales, sentados en largos bancos.

Rhona se despidió fugazmente de ella y desapareció de la estancia lo antes posible. Cuando Diane alzó la mirada hacia su Highlander, descubrió por qué. Ewan parecía realmente malhumorado aquella noche y no pudo evitar una leve sonrisa al comprobarlo. Esperaba que ella fuera la razón de aquel malhumor.

Caminó hasta al fondo con paso lento pero decidido, hasta que su mirada chocó con la de Sheena. La guardiana de tierras no sólo la contemplaba con un gesto herido, también delataba rabia y un odio sin igual. Diane pensó que nunca antes nadie la había observado de esa forma y que, si las miradas tuvieran la capacidad de matar, aquella la habría fulminado al instante.

— Buenas noches, Diane — le saludó Ewan, apartando la silla contigua a él para que la joven tomase asiento.

Ella, obediente, se sentó a su lado.

Se sorprendió al comprobar que Ewan había escogido aquel asiento para ella: a su derecha. A la izquierda se encontraba su primer comandante, Alistair.

— Te he echado de menos esta tarde, Diane...

— ¿De verdad? Creí que estarías demasiado ocupado como para notar mi ausencia... — respondió con una sonrisa.

Ewan alargó la mano por debajo de la mesa y la colocó sobre la pierna de la joven. Sintió cómo su cuerpo se tensaba automáticamente ante el repentino contacto, y esa reacción le agradó.

— ¿Milady? — inquirió Alistair desde el otro lado, estirándose por encima de la mesa — . ¿Esta noche nos deleitarás con otra canción?

— Por supuesto que sí, Alistair.

El laird de los Mackenzie fue consciente de que la mayoría de los hombres presentes sonrieron al escuchar aquella afirmación. Inmediatamente, recordó el instante en el que todo el comedor guardó silencio para escuchar hipnotizados la hermosa canción que Diane cantó y la reacción de Alistair, que pareció aún más maravillado que el resto. Aunque confiaba ciegamente en su amigo, no pudo evitar una pequeña punzada de celos. Diane era suya, y desde que había tomado esa decisión, sentía un irremediable sentimiento de posesión hacia ella. No quería compartirla.

— ¡Esta noche no habrá canciones, ni música! — gritó para que todo aquel que estuviera presente pudiera escucharle — . Nos preparamos para una batalla y nuestro deber es estar concentrados en el objetivo. Esta noche, lady Diane no cantará — sentenció.

La joven le lanzó una mirada suspicaz y Ewan fue consciente de que aquella mujer era demasiado astuta: parecía haberse dado cuenta del verdadero motivo que le había impulsado a actuar de aquella manera.

Comenzaron a cenar en paz y poco a poco el ambiente entre la pelirroja testaruda y el laird de los Mackenzie se fue suavizando.

— ¿Esta noche dormiré sola, mi laird? — le preguntó antes de que sirvieran el postre.

Ewan se quedó blanco al observar el gesto de picardía que le dedicó. Además, aquella noche estaba realmente bella. No sabía si se había preparado así para torturarle o si había sido pura casualidad, pero debía de admitir que con el rostro despejado y aquel ajustado vestido, Diane era capaz de perturbar la imaginación de cualquier hombre; incluida la suya.

Estaba a punto de responderle que jamás volvería a dormir sola cuando dos de sus soldados, empapados hasta los huesos, irrumpieron en el comedor arrastrando a otro hombre con ellos.

— ¡Mi laird! — saludó Lachlan, uno de los mejores guerreros que tenía haciendo guardia aquella noche—. Hemos encontrado a un hombre merodeando en nuestras tierras, al lado de la frontera, y dice tener un mensaje que daros.

Ewan se levantó de la mesa provocando un repentino estruendo al apartar la silla. Todos los presentes enmudecieron, prestando atención a cada acontecimiento que tenía lugar.

— Que venga hasta aquí — pidió.

El guerrero, Lachlan, dio un paso atrás para poder empujar al hombre, instándole a caminar. Pisándole los talones, ambos se desplazaron hasta quedar frente al laird de los Mackenzie.

— ¿Cómo te llamas?

Diane se fijó en que debía de tener, como poco, cincuenta años. Parecía débil y, además, se veía que estaba totalmente aterrado.

Normal, pensó, ¿cómo no asustarse rodeado de cavernícolas?

— Kyle...

— Y bien, Kyle, ¿qué mensaje tienes para mí?

— Laird Mackenzie, deseaba solicitar permiso para cruzar tus tierras y atajar en mi viaje a las Lowlands.

— Kyle, no perteneces a mi clan, ¿verdad?

El hombre negó, tembloroso.

— ¿Entonces, de dónde vienes? ¿Y a qué clan perteneces?

Todos los presentes se dieron cuenta de que el invitado titubeaba, sopesando si decir la verdad o no. Ewan se percató de que no vestía ningún tartán característico, lo que era muy extraño.

Lachlan se adelantó unos pasos para empujar al viejo e instarle a responder.

— Mi laird te ha hecho una pregunta — señaló — , respóndele.

— Al clan MacLeod, señor.

Un murmullo se alzó en el comedor, pero Ewan no perdió la compostura.

Sabía que aquel hombre no podía ser un espía de los MacLeod, y tampoco tenía sentido que formase parte de una emboscada. Además, uno debía estar mal de la cabeza si pensaba que aquel anciano podía suponer un peligro ante su guardia de guerreros.

— ¿Y por qué deseas viajar a las Lowlands?

— La familia de mi esposa reside allí, señor, y deseamos volver a juntarnos con ellos.

— ¿Viajas solo?

El hombre negó.

— Mi mujer y mis hijos me esperan en la frontera, en las tierras de los MacLeod. Están esperando que nos concedáis el permiso para continuar con nuestro viaje... Nosotros no queremos problemas, señor.

Alistair se arrimó hasta su laird para susurrarle en la oreja.

— Parece decir la verdad, ¿no crees?

Ewan asintió, pensativo.

— Deberíamos ordenar a Lachlan que lo escolte, para asegurarnos de que cruza la frontera y desaparece tal y como dice que hará. Será una manera de asegurarnos de que cumpla su palabra y no nos cause problemas.

— No descansaremos, señor. Tan sólo queremos cruzar la ladera cuanto antes, para poder continuar con nuestro viaje — interrumpió el viajero.

— No podemos perder un guerrero como Lachlan en una misión tan absurda, lo necesitamos aquí, por si la batalla se adelanta.

— Entonces envía a cualquier otro menos experimentado — señaló Alistair.

El guerrero Highlander meditó unos instantes la decisión que debía tomar y llegó a la conclusión de que permitiría a la familia de los MacLeod continuar con su camino. Al fin y al cabo, eran vidas inocentes. Pero, a pesar de ello, sospechaba que había mucho más detrás de esa historia.

— ¿Por qué abandonas tu clan, Kyle?

— Señor, ahora que los McDonald nos han abandonado... algunos tememos por nuestra seguridad.

Alistair no pudo contenerse y saltó de la silla, dirigiéndose directamente al hombre.

— ¿Por qué os han abandonado? ¿Cómo es posible que se hayan marchado después del enlace?

Aquello no tenía ninguna lógica, desde luego.

— Señor, tras la muerte de Maira MacLeod, los McDonald han decidido deshacer la unión que tenían con nuestro clan y han partido de regreso a sus tierras...

Diane palideció al escuchar aquella información.

Sabedora de lo mucho que aquella mujer había significado para Ewan, desvió la mirada hacia el Highlander y lo escrutó en silencio. Comprobó que la expresión de su rostro no delataba dolor, aunque sí una gran sorpresa. Pensó que, seguramente, su deber como laird era mantener la compostura en todo momento, y quizás por esa razón no se derrumbaba.

— ¿Qué Maira MacLeod ha fallecido, dices? — repitió Alistair, que se había encargado de coger las riendas de la conversación mientras su laird asimilaba todas las noticias.

— Así es, señor.

— ¿Cómo? — inquirió Ewan.

— Se suicidó, señor. Se lanzó desde la torre más alta del castillo de Ardvreck, dicen las malas lenguas que la pobre muchacha era desdichada en

su reciente enlace.

— Santo cielo... — murmuró Diane en voz baja.

— ¿Y a qué teméis?

Kyle volvió a dudar, pero sabía que si pretendía obtener el permiso para cruzar en paz la ladera, debía de ser sincero con laird Mackenzie. Era la única opción que tenían su familia y él.

— Porque con la marcha de los McDonald y la reciente pérdida de la joven MacLeod, el pueblo se encuentra pasando una crisis y ha perdido protección. Se rumorea que desde esta fortaleza se ha comenzado a planear una emboscada a nuestras tierras, pero nuestro laird se encuentra demasiado afligido como para sopesar esos asuntos.

— Laird MacLeod ya es un viejo — escupió Alistair —, si tanto temen los MacLeod, ¿por qué nadie le ha retado para reclamar su puesto?

El viajero se encogió de hombros.

— En nuestro clan se le considera un laird bueno y justo, y ha protegido a la gente demasiados años. El pueblo le guarda lealtad, señor, y los guerreros más fuertes han decidido esperar a que laird MacLeod sufra el duelo de su pérdida en paz.

Alistair comprendió a la perfección lo que el hombre relataba, aunque le parecía muy egoísta por parte de su laird semejante reacción. Desvió la mirada hacia Ewan para comprobar si se había recuperado de toda aquella información y se sorprendió al comprobar que no parecía encontrarse realmente afectado.

— Como te he dicho, Kyle, podrás continuar tu viaje siempre y cuando mi escolta te acompañe. Guardará las espaldas de tu familia hasta que abandonéis mis tierras y después tendréis que continuar en solitario.

— Gracias, señor, muchísimas gracias...

— Puedes marcharte. Kenneth te acompañará.

El soldado aludido asintió y, guiando al viajero, se dirigió hacia la salida del

comedor.

Ewan volvió a sentarse en su asiento, pensativo. Que los McDonald hubieran abandonado aquellas tierras significaba un golpe de suerte muy afortunado para ellos, sin duda.

— Ewan... — susurró Diane en voz baja para que nadie más pudiera escucharla.

No sabía muy bien qué decir, pero quería asegurarse de que su Highlander no se encontraba afectado. Al fin y al cabo, ella conocía el tiempo que había esperado por Maira...

— Dime, preciosa.

Un millón de mariposas alzaron el vuelo en pleno estómago de Diane cuando Ewan la traspasó con aquella profunda mirada de cielo.

— ¿Estás... estás bien? — inquirió, dubitativa.

— Claro que lo estoy — aseguró — . Maira no significaba nada para mí... Aunque he necesitado encontrarte a ti para darme cuenta de ello.

Aquella confesión provocó que las pulsaciones de Diane se disparasen aceleradamente. La había pronunciado restándole importancia a sus palabras, pero ambos sabían que era una manera de proteger su hombría y no sentirse vulnerable ante ella.

— Mi laird, ¿podríamos hablar en privado?

La voz femenina de Sheena irrumpió aquel mágico instante. E inconscientemente, Diane maldijo en silencio a aquella mujer. ¿Acaso no podía respetar un momento tan íntimo?

Ewan se levantó de inmediato.

Aunque no deseaba otra cosa más que estar junto a su testaruda pelirroja, debía de anteponer su deber como laird a sus deseos. Además, aquella noche tendrían mucho tiempo para compartir juntos.

Diane se quedó en la mesa, observando cómo ambos se alejaban. Intentó escuchar algo de la conversación, pero Sheena hablaba en voz baja para que

nadie más pudiera escucharla mientras Ewan, concentrado en las palabras de la guardiana, asentía de vez en cuando. Unos segundos después Alistair se unió a la conversación y la curiosidad que sentía Diane aumentó desmesuradamente.

Cuando Ewan Mackenzie regresó, se acercó hasta la mesa y la golpeó repetidas veces con el puño, provocando un estruendo que captó la atención de todos los presentes.

— ¡Ha llegado el momento que tanto habíamos estado esperando! ¡Ha llegado el momento de cobrar nuestra venganza, de reclamar lo que nos pertenece! ¡Ha llegado el momento de partir a la batalla!

Una oleada de vítores se extendió a lo largo de todo el comedor. Los soldados alzaron sus copas en alto, brindado por el momento que durante tantos años habían estado esperando. Los gritos de felicidad inundaron el ambiente mientras una aterrorizada Diane intentaba asimilar lo que el hombre que amaba acababa de comunicar.

—¡¡¡¡ Ha llegado el momento... de acabar con los MacLeod!!!!

17

La joven pelirroja fue la primera en abandonar el gran comedor aquella noche.

Se sentía confusa, mareada y..., preocupada. ¿Cómo no iba a sentir terror? Al día siguiente todos los Mackenzie se lanzarían con las espadas en las manos a una batalla campal.

Se preguntó si aquel repentino espíritu y ansias radicarían en querer vengar la muerte de Maira MacLeod o se debían a alguna otra razón que no llegaba a comprender. A pesar de que aquella joven ya había fallecido, Diane se sintió fatal por la oleada de celos que la invadió. Desde luego, Ewan Mackenzie la estaba transformando en una persona irreconocible.

Se deshizo la trenza que Rhonda le había hecho horas antes y se quitó la ropa para colocarse el camisón. Intentó mantenerse ocupada paseando por la habitación, pero fue incapaz de no pensar en el asunto. Aquella sería la última noche que pasaría con Ewan antes de que se lanzase a la batalla y regresase victorioso o... muriese. No le gustaba pensar en aquella opción, pero debía tenerla presente por mucho dolor que le causase.

Cuando la cabeza comenzó a darle vueltas, la imagen de Inverness, de su abuelo y de sus tíos volvió a reaparecer en sus recuerdos. ¿Por qué, de pronto, sentía que aquella vida ya no le pertenecía? Tenía la extraña sensación de que en aquel instante estaba exactamente en el lugar que le correspondía estar, y no pudo evitar preguntarse si aquel viaje inesperado había sido cosa del destino... Quizás, simplemente, su final estaba allí, junto a Ewan.

Anexas con la imagen de su querido seanair, también aparecieron todas las historias que éste le había relatado. Volvió a pensar en la idea de que si Maira

MacLeod estaba muerta, Laird MacLeod podía ser el único antepasado de ella capaz de asegurar su linaje. Sacudió esos pensamientos de su cabeza y contempló, distraída, la tormenta que se alzaba impetuosa en aquel firmamento.

La lluvia golpeaba con fuerza el cristal de su habitación, y Diane volvió a viajar al instante en el que Ewan la contemplaba bajo el hostel, empapado de pies a cabeza, bajo la luz amarillenta de la farola. Decidió que aquella noche le contaría toda la verdad a Ewan y que le dejaría a él decidir o pensar si estaba loca, poseída por el diablo o, simplemente, se había golpeado la cabeza demasiado fuerte y había perdido la noción de la realidad. En aquellos instantes, Diane había abandonado las esperanzas de despertarse de nuevo en el hostel de Inverness y comenzaba a pensar que la última de las opciones era la más lógica para explicar sus recuerdos confusos.

— ¿Quizás sea eso lo que deseo en realidad? ¿Qué mi vida pertenezca a este lugar? ¿A Ewan? — susurró en voz baja, contemplando distraída el reflejo que el cristal de la ventana le devolvía.

El laird de los Mackenzie no tardó en irrumpir en la habitación, exhausto por todos los planes que había tenido que organizar a última hora. Había deseado regresar junto a Diane lo antes posible, pero la velada se había alargado tanto que temía que al subir a la habitación pudiera encontrársela ya dormida.

Sonrió al encontrar a su preciosa pelirroja despierta, con aquellas ondas rojizas cubriéndole su camión violeta.

— Estás despierta... — señaló.

— Te estaba esperando.

Ewan caminó hasta ella y rodeó su cadera con un brazo, y aquel repentino contacto fue suficiente para que toda la fortaleza de Diane se esfumase de inmediato. La joven hundió su rostro en el pecho del Highlander y comenzó a llorar desconsolada, incapaz de controlarse.

— ¿Qué ocurre? — preguntó, confuso.

Jamás había consolado a una mujer y no sabía muy bien cómo debía actuar.

La estrechó con más fuerza entre sus brazos y la arrastró hasta sentarla en la colcha de la cama.

— ¡Oh, Ewan! — exclamó, liberando todo lo que guardaba su interior — .
¡No quiero que vayas a esa estúpida guerra!

El guerrero Highlander no quería reírse ante aquella confesión tan emotiva, pero no pudo evitar dibujar una pequeña sonrisa ante lo inocente y tierna que se le antojaba Diane en aquellos instantes.

— Debo ir, es mi deber...

— ¿Por qué ahora? ¿Por qué no puede esperar?

Él sopesó la mejor respuesta, pero Diane no le dio tiempo para contestar.

— ¿Es por lo que le ha sucedido a Maira, Ewan? Sé sincero conmigo, por favor.

— En parte sí, aunque no por la razón que me parece que crees — susurró en voz baja, atrapando el rostro de Diane entre sus manos — . Sheena me ha hecho ver la ventaja afortunada que hemos recibido con estas noticias. Ahora mismo el pueblo MacLeod es débil y está asustado, y jamás tendremos unas posibilidades tan buenas de enfrentarnos a ellos en batalla...

La joven se quedó en silencio, considerando sus palabras. Debía admitir que sonaba lógico pero... ¿Pero por qué demonios tenía un presentimiento tan malo al respecto?

— Diane, mírame — suplicó Ewan, obligándole a alzar la cabeza — . No tienes de qué preocuparte, de verdad... Regresaré a tu lado, siempre y cuando tú continúes esperándome aquí, en tu hogar.

— Mi hogar... — repitió ella, turbada.

Todo aquello resultaba demasiado enredado para ser comprensible.

Se quedaron en silencio, uno al lado del otro, mientras ambos cavilaban en sus propias preocupaciones. Al final, fue Ewan quien rompió el silencio.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella asintió.

— Sí, puedes.

— ¿Temes la furia de Dios?

— Antes te hubiera respondido otra cosa diferente, pero ahora te diré que sí, Ewan. Sí que temo la furia de Dios.

Debía de comenzar a creer en todo aquello en lo que jamás había pensado, porque ninguna explicación lógica podía aclarar cómo había llegado ella hasta allí.

Como él no añadía nada más, fue ella la que preguntó.

— ¿Y tú?

Ewan soltó una risita irónica.

— No, no temo a Dios. No temo a nada ni a nadie...

Anonadada por su habitual arrogancia y descaro, no pudo hacer otra cosa que saltar en carcajadas. ¡Dios, aquel hombre era imposible! ¡Realmente imposible!

Muerta de risa y con los sentimientos tan revueltos en su mente y en su corazón, se tumbó boca arriba sobre la colcha intentando controlar la maraña de sensaciones que se arremolinaban en su interior.

— Diane... — murmuró Ewan, colocándose sobre ella — . ¿Puedo hacerte otra pregunta?

Ella volvió a asentir.

— ¿Estarías dispuesta a vivir con un pecado hasta que regrese de la batalla?

Aunque al principio no comprendió a qué se refería, todas las piezas terminaron por encajar y, sin borrar una pícaro sonrisa de su rostro, sujetó a su Highlander por la nuca y lo atrajo con fuerza hasta ella, respondiéndole a todas las cuestiones que había planteado con anterioridad.

Ewan comenzó a besarla, perdiéndose en sus carnosos y sensuales labios.

¡Dios, sabía tan endemoniadamente bien que desde luego, sí debía de ser pecado! Continuó besándola con pasión y reclamando su boca mientras que, en su cabeza, su desbordante imaginación ya cavilaba sobre todo lo que deseaba hacerle.

— Ewan... — gimió ella, excitada.

El guerrero no tardó en arrancarle el camisón, haciéndolo añicos en unos segundos y dejando al descubierto el desnudo cuerpo con el que aquellos últimos días tantas veces había soñado. Era tal y como imaginaba, tan perfecto...

Incapaz de refrenarse, volvió a colocarse sobre Diane para retomar el asunto donde lo había dejado y continuar con sus besos, mientras que su mano traviesa recorría el suave vientre de la mujer que tenía entre sus brazos. Ella gemía excitada, provocándole aún más, haciendo que su cabeza desvariara. Descendió con un reguero de besos hasta su clavícula. Diane arqueaba la espalda, deseosa de sentir a aquel hombre en su interior. Ewan no tardó en complacerla, atrapando uno de sus pechos con su boca y deleitándola con toda clase de caricias húmedas.

— ¡Oh, Dios mío...!

Se sentía a punto de perder el control.

La mano de Ewan continuó descendiendo hasta sus muslos y, con un movimiento posesivo y brusco, la obligó a abrir las piernas y se introdujo en su humedad. Sus gritos de placer eran pura melodía para él y la lujuria que lo invadió fue tal, que no pudo continuar con aquellos juegos. Se tumbó completamente sobre ella y se clavó en su interior de una estacada, dejando que su hombría la conquistara por completo. Ewan sintió que todo su mundo, tal y como lo había conocido hasta aquel instante, se desvanecía. Diane era magia, placer, bondad, ternura... Lo era todo. Y la quería para él... Para siempre... Para toda la vida.

El orgasmo les atravesó, pero ambos se encontraban demasiados exhaustos para moverse de la postura final. Se quedaron de aquella manera, abrazados, con el tartán que Diane había llevado a la cena cubriendo sus desnudos y sudorosos cuerpos.

— Me enloqueces, Ewan — confesó en voz baja.

Él respondió entregándole un suave beso en la frente.

— Diane...

— Dime.

— Me esperarás, ¿verdad?

— Sí, lo haré — musitó, dolida por recordar la repentina marcha de su Highlander.

No quería perderle... El simple pensamiento de que Ewan podía morir en aquella batalla era demasiado desgarrador. ¿Qué sería de ella si lo perdía? Se quedaría atrapada en Las Tierras Altas para siempre, rodeada de dolor y sufrimiento.

— Prométeme que volverás, por favor.

— Volveré, te lo prometo — susurró Ewan en voz baja — . Volveré para convertirte en mi esposa.

En aquel instante, Diane comprendió que el tiempo para confesar la verdad comenzaba a agotarse. Las horas que tenían para estar juntos iban a llegar a su final.

— Ewan, debo contarte algo...

— Ahora no — murmuró él, con los ojos cerrados — . Ahora cántame algo, algo bonito que me haga soñar contigo.

— Está bien — asintió — , pero mañana despiértame antes de partir. Quiero despedirme y... contártelo.

— Cántame algo bonito, Diane... Quiero escuchar tu voz de sirena.

No tuvo que pedirselo dos veces.

La joven comenzó a cantar, envolviendo el ambiente con su dulce melodía. Aquellas canciones en gaélico le recordaban, inevitablemente, a su querido seanair. Pensó en él y en todas las historias que le había contado sobre la

magia de las Highlands hasta que, en algún instante, Morfeo se la llevó.

18

Cuando se despertó cubierta por el tartán de los Mackenzie, estaba sola. Completamente sola.

Un repentino ataque de histeria se apoderó de ella cuando comprobó que los rayos de sol de la mañana se filtraban a través de su ventana, lo que significaba que los soldados debían de haber partido hacía varias horas.

Se incorporó con una irremediable confusión golpeando las paredes de su cráneo. En ese momento, divisó la flor violeta que Ewan había dejado colocada sobre el almohadón de su lecho. Era la flor violeta del cardo, y Diane conocía perfectamente bien la historia que simbolizaba aquella flor.

Al igual que muchas otras, aquella leyenda también la había aprendido de su querido seanair. Al parecer, un grupo de Highlanders descansaba bajo las estrellas del firmamento, ajenos al ejército invasor de nórdicos que se disponía a atacarles. Uno de aquellos hombres debió de pisar el cardo sin quererlo, y sus espinas atravesaron la planta de su pie obligándolo a proferir un grito que alertó a los guerreros del ataque que se encontraban a punto de sufrir. Así que, en resumidas cuentas, aquella flor les salvó la vida y les dio la ventaja necesaria para acabar con los nórdicos.

Diane aprisionó la flor en la palma de su mano y se acercó a la ventana para contemplar el paisaje silencioso y desértico que se cernía sobre ella. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos cuando comprobó las montañas desérticas y supo que ya era demasiado tarde para despedirse de Ewan, para confesarle la verdad, para poder entregarle un beso más.

Ewan y laird MacLeod iban a enfrentarse en una batalla a muerte y aquel hecho era, en esos instantes, una terrorífica realidad. ¿Qué sería de ella? ¿Y

de él? ¿Y si al morir laird MacLeod ella desaparecía para siempre? O regresaba a Inverness, al siglo XXI... Entonces, ¿qué pensaría Ewan al regresar y no encontrarla allí, esperándole? Seguramente se sentiría tan traicionado como se sintió ante Maira, o quizás incluso peor. Pero aún así, había una alternativa mucho peor que aquella; una alternativa demasiado dolorosa a considerar. ¿Y si Ewan Mackenzie moría en aquella guerra absurda?

Rhona irrumpió tarde en la habitación de lady Diane, pues había aprendido que era de muy tarde despertar. Pero para su sorpresa, cuando entró, no se encontró a la joven pelirroja dormida, si no tumbada sobre la madera del suelo, llorando desconsolada en una posición fetal. Se arrodilló junto a ella, intentando consolarla para que dejara de sollozar.

— ¿Qué le ocurre, milady? ¿Llamo al sanador?

La pobre muchacha no sabía cómo debía actuar.

Diane negó y levantó la cabeza para observar a Rhona con la mirada rota y acuosa.

— No me duele nada, Rhona... — murmuró, llevándose la mano al corazón — . Todo el dolor que siento está aquí, dentro de mi pecho. Y ése no tiene cura.

Rhona titubeó.

No comprendía muy bien a qué se refería su señora, pero sospechaba que tenía algo que ver con la batalla a la que habían partido los soldados. ¿Acaso no estaba feliz? Desde la noche anterior, la joven doncella se sentía increíblemente dichosa tras conocer la noticia de que la batalla no se aplazaría más. En realidad, todos los Mackenzie se sentían felices, porque aquella noticia era digna de festejo.

Después de la batalla, su clan recuperaría las tierras que los MacLeod les habían ido robando con el paso de los años, vengarían la muerte de su antiguo laird y, además, resolverían muchos de los problemas que tenían con las huertas y el ganado.

— ¿Qué le ocurre, milady? — insistió Rhona, que por muchas vueltas que le

daba al asunto, no lograba entender lo que sucedía.

Diane no respondió.

Se quedó de aquella manera, agazapada y hundida.

Sabía que Rhona no comprendería ni una sola palabra de sus preocupaciones porque, ciertamente, eran una verdadera locura. Pero eran la realidad... Y ninguno de los finales que le deparara el futuro sería a su favor; ni siquiera neutro.

Unos minutos después, mareada por el desconsolado llanto, Diane se levantó de la madera con la idea firme de escribirle una carta a Ewan. No era mucho, pero en ella explicaría todo lo que había vivido y toda la verdad que jamás le había relatado... ¿Serviría para ganar su perdón si ella desaparecía de la faz de la Tierra? No, desde luego que no. Pero, ¿acaso tenía más opciones que esa?

— Milady, ¿le apetece pasear hasta el río a caballo? Podríamos a nadar un rato...

Diane alzó la mirada hacia la ventana; estaba diluviando.

Sabía que su doncella tan sólo pretendía distraerla, pero sí de verdad quería lograr su objeto tendría que buscar actividades más lógicas.

— Rhona... ¿No has visto la lluvia?

La doncella se encogió de hombros y ella volvió a concentrarse en la carta que pensaba escribirle a Ewan.

— Solo era una idea, milady.

Pero antes de escribir una sola palabra, las palabras de Rhona calaron hondo en ella: a caballo. ¿Y si conseguía llegar hasta las tierras de los MacLeod y detener aquella batalla? Bueno, quizás detener la batalla resultaba demasiado, pero al menos volvería a tener la oportunidad de explicarle todo a Ewan... Y que él escogiera cómo actuar.

— ¡Rhona! — exclamó Diane, sujetando a la muchachita por ambos hombros para inmovilizarla — . ¡Necesito un favor!

Se sentía eufórica y sabía que el tiempo corría en su contra; cuanto antes abandonara la fortaleza de los Mackenzie, antes llegaría hasta Ewan.

Pero, ¿cómo iba a convencer a Rhona de que la dejase huir a tierras enemigas? Intuía que el pensamiento de la joven era tan antiguo y salvaje como el de los guardias de la fortaleza.

— ¿Qué ocurre, milady? — inquirió, asustada.

Ella no titubeó.

— Necesito viajar hasta las tierras de los MacLeod para hablar con tu laird antes de que se adentre en la batalla — respondió con rapidez.

Rhona negó rotundamente, sacudiendo la cabeza de lado a lado.

— ¡Mírame, Rhona, y escúchame! — le gritó Diane, fuera de control — . Tú no lo entiendes, pero he recordado algo muy importante que podría hacer que tu laird muriera en pleno combate. ¿Es lo que deseas, Rhona? ¿Qué Ewan Mackenzie no regrese a su hogar?

— No, yo...

— Escúchame, Rhona — continuó — , lo que debo decirle a Ewan es de suma importancia para que los Mackenzie resulten victoriosos en esta guerra... Y yo necesito tu ayuda. ¿Lo entiendes? Es necesario... ¡Tengo que ir!

La doncella, con los ojos abiertos como platos, sopesó la información que acababa de recibir. Sabía que debía obedecer las órdenes de lady Diane, pero... Lo que le estaba pidiendo que hiciera era totalmente descabellado.

Los ojos de la chica pelirroja comenzaron a encharcarse de nuevo, y Rhona temió que volviera a decaer en una depresión similar a la anterior.

— Está bien, pero... milady, nadie puede saber que yo te he ayudado o terminaré metida en un buen lío.

Diane asintió de inmediato.

— Nadie lo sabrá, Rhona... Sólo necesito un caballo e instrucciones para

llegar hasta las tierras de los MacLeod. ¿Podrás hacerlo?

— Sí, podré.

19

Cuando bajó a los establos, Rhona la esperaba con dos caballos preparados, un arco y un carcaj repleto de flechas puntiagudas de madera.

— No creo que debas acompañarme, Rhona...

Diane era muy consciente de que aquel viaje sería peligroso para ella, y no quería meter a la joven doncella en el asunto.

— Sólo voy a acompañarte hasta la frontera con los MacLeod, milady, después regresaré a la fortaleza para que nadie note mi ausencia — explicó — . Además, he pedido a un guardia que prepare dos caballos con la excusa de pasear hasta el río en busca de caza — contó, alzando el arco en alto para que Diane comprendiera mejor — , así que esperan que ambas nos marchemos de los establos.

— Pero Rhona...

— Si te ven salir sola de la fortaleza, sospecharán — sentenció.

Y tenía razón.

Sospechaba que Ewan había ordenado a los hombres que salvaguardaban el bienestar de la fortaleza que cuidasen de ella y la protegieran. Pocos muchachos se habían quedado en tierras Mackenzie, pero todos los que no habían partido a la batalla debían asegurarse de su bienestar.

Aunque aquella forma de actuar tan sobreprotectora le agradaba, en aquellos instantes era un verdadero estorbo.

— ¿Y qué ocurrirá cuando regreses sola, Rhona? ¿Nadie se preguntará dónde

estoy?

La joven dudó, pero al final, encogiéndose de hombros, respondió.

— Para entonces ya se me habrá ocurrido una explicación razonable, milady.

Y aquella charla fue suficiente para que ambas mujeres se pusieran en marcha.

Nada más subirse en la yegua, Diane sintió el impulso de hincarle los talones y obligarla a galopar, pero después recordó que desde el alto de la fortaleza aún vigilaban sus pasos y se contuvo. Odiaba saber que cada minuto que pasaba estaba en contra de ella y de Ewan, pero no le quedaban más opciones que aquella. Lo intentaría todo por salvarle, por salvarse ella. Por salvar el amor que, quizás, podrían tener en un futuro no muy lejano si aquella batalla se anulaba y regresaban a casa.

— ¡Milady, ya no nos ven! — exclamó Rhona, echando a galopar frente a ella.

Diane aceleró el paso para seguirle el ritmo.

Mientras cruzaban la ladera aceleradamente, comenzó a llover de nuevo. Al principio tan sólo se trataba de una ligera llovizna, pero muy poco después la tormenta se incrementó y tanto Rhona como ella se encontraron, en segundos, empapadas de pies a cabeza. Apretaron la marcha para llegar hasta la frontera y Diane reconoció las tierras cuando, al oeste, dejaron atrás la cabaña de la guardiana de tierras de los Mackenzie: Sheena.

— De aquí en adelante deberá continuar sola, milady — indicó Rhona, tendiéndole el arco y el carcaj.

La joven doncella comenzó a darle todas las explicaciones detalladas que necesitaba para alcanzar el lugar en el que, casi con total seguridad, los guerreros Mackenzie habrían instalado el campamento hasta llegada la hora de la batalla. Rhona calculó que tardaría un par de horas en llegar hasta allí y que, seguramente, aún los encontraría discutiendo las mejores estrategias de ataque. Cuando le deseó suerte, Diane se sintió profundamente agradecida porque su doncella tuviera tantas agallas y valor. Si lograba regresar a casa

— a la fortaleza Mackenzie — , se lo agradecería con creces y se aseguraría de devolverle el favor que ella le acababa de hacer.

— Mucha suerte, milady... — susurró con un tono de voz afligido.

Parecía realmente preocupada.

Diane aceleró el trote sin mirar atrás, decidida a que el instante no hiciera mella en su valentía y decisión. Tenía que llegar a Ewan cuanto antes; el resto de lo que pudiera suceder no le interesaba. Con aquella premisa en la mente, estaba convencida de que lograría cumplir su objetivo.

Una hora y media después, se sentía tan exhausta que no le quedó más remedio que disminuir su ritmo. La lluvia se había filtrado hasta sus huesos y el frío que sentía era helador. Allí, subida en el caballo, no podía dejar de tiritar ni un solo instante. Rezó porque el trayecto fuera llegando a su fin, pero supo que no podría tener un solo segundo de paz cuando divisó a dos hombres descendiendo un pequeño montículo a gran velocidad en su dirección.

¡Intentaban darle caza!

— ¡Oh, no!

Reaccionó lo más rápido que fue capaz y echó a galopar con intensidad, agazapándose contra el caballo lo máximo posible para evitar convertirse en un blanco fácil de alcanzar.

Miró a su izquierda, asustada, sopesando si aquellos hombres pertenecerían al clan MacLeod o serían tan sólo unos simples salvajes. Uno de ellos estaba a punto de alcanzarla, y un miedo atroz se extendió por sus extremidades al pensar que si lograban capturarla con vida y, en efecto se trataba de soldados MacLeod, utilizarían su captura para amenazar y extorsionar a Ewan. No podía permitirlo. No podía...

— ¡Detente! — gritó uno de ellos.

La voz sonó tan cerca que Diane pensó que lo tenía detrás de ella.

Y sí, en efecto, así era. El otro de los soldados también galopaba muy cerca, a su derecha, rodeándola.

Estaba atrapada y no tenía salida... ¿O sí?

Recordó entonces el arco y el carcaj que Rhona le había entregado con anterioridad y se apresuro a abalanzarse sobre él. Retiró una flecha, e irguiéndose verticalmente, disparó a uno de sus agresores. La flecha silbó al deslizarse frente al rostro de uno de los hombres, pero ni siquiera aquello logró detenerlo.

Diane, temblorosa, se obligó a sí misma a relajarse y volvió a preparar el arco para la acción. Tenía que controlar su pulso o volvería a fallar; y no podía permitirse hacerlo. ¡No podían capturarla con vida y no tendría muchas opciones más de disparar!

Apuntó a su izquierda, cargó el arco tensando la cuerda y justo en el instante en que soltaba la flecha, el soldado que se encontraba a su derecha la golpeó, derribándola del caballo. Uno de sus pies quedó enganchado al estribo y la yegua, asustada, continuó corriendo arrastrándola junto a ella. Se dio cuenta de que si no lograba liberar su pie con rapidez, el pobre animal asustado terminaría pisoteándola, y se esforzó por retorcerse para conseguir sacar la bota que tenía atascada. Pero antes de lograrlo, se golpeó con fuerza la pierna contra una roca que había a su paso y después, sintió otra punzada agónica en su cabeza.

Todo se volvió negro para Diane.

20

Poco a poco fue recobrando el conocimiento.

Estaba tumbada sobre la silla de montar de su yegua y los dos hombres que la habían capturado la llevaban a algún lugar, arrastrándola detrás de ellos. No veía nada, estaba mareada, confundida y le dolía horrores la cabeza; pero debía de mantener la compostura y ser fuerte para poder enfrentarse a ellos cuando recobrase el sentido.

Cerró los ojos para no forzar la vista y se concentró en los atisbos de conversación que le llegaban. No decían nada útil, o eso pensó Diane, aunque se alegró al escuchar que uno de ellos estaba herido por la flecha que ella había disparado.

Cuando la lluvia volvió a caer sobre sus cabezas, Diane, mareada, volvió a perder el conocimiento.

Se despertó sintiéndose calentita y confortable, pero no se relajó hasta que atisbó el tartán de los Mackenzie cayendo sobre una de las sillas de montar que se encontraba frente a ella. ¿Qué demonios había pasado? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Había sido Ewan quien la había rescatado de aquellos soldados MacLeod?

— ¡Está despierta, mi laird!

Se giró hacia el lugar del que provenía la voz y se encontró de bruces con Lachlan, el soldado que había arrastrado al anciano viajero hasta la fortaleza. Lo reconoció de inmediato, y aunque eso supuso otro gran alivio porque significaba que estaba en manos amigas, pronto su felicidad se desvaneció. Ewan se acercó a ella enfurecido, con una mueca de disgusto impresa en el semblante.

Bajó la mirada hacia el cúmulo de mantas que la abrigaban y procuró no

enfrentarse a él. Aquel Highlander cavernícola tenía un corazón de oro, sí, pero también un humor de perros.

— ¡¿Pero qué demonios ocurre contigo, mujer insensata?!

El corazón le dio un vuelco al escuchar su voz.

Ewan Mackenzie estaba frente a ella, vivo.

Sintió que los ojos se le empañaban, pero aún así logró contener el llanto mientras alzaba la mirada en su dirección.

— Ewan... — suspiró, ahogada — . ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Aunque seguía enfadado, la expresión de furia del laird de los Mackenzie se relajó.

— ¿No lo recuerdas? — inquirió, cruzando sus brazos en jarras — . Cruzaste la frontera con los MacLeod y cuando nuestros soldados te interceptaron y corrieron hacia ti... ¡Les atacaste, Diane!

No podía creer lo que Ewan le decía.

— ¿Eran guerreros Mackenzie?

Ewan asintió.

— ¡Atravesaste con una flecha la pierna de uno de ellos!

Aunque quería aparentar seguir furioso, una pequeña sonrisa iluminó su rostro.

— Eres la mujer más guerrera que hay en este planeta, ¿verdad? — inquirió socarronamente, acercándose a ella.

Diane aspiró su aroma y se sintió dichosa por primera vez desde que se había despertado aquel día. Se incorporó levemente, devolviéndole la sonrisa e inspeccionando el campamento de estrategia que los soldados habían armado en tan solo unas horas. ¡Era increíble!

— Diane... ¿Qué demonios se te pasaba por la cabeza para cometer semejante estupidez?

Ella no titubeó al responder.

— Tú. Me pasabas tú por la cabeza, Ewan — explicó, esperando lograr que su corazón de cavernícola se ablandase — . Necesitaba volver a verte, Ewan... Quería, yo necesito... contarte algo antes de que decidas luchar.

Ewan Mackenzie soltó otra pequeña risita y pensó que, sin lugar a dudas, aquella pelirroja era su auténtica perdición en la vida. Se acercó a ella con lentitud y la estrechó entre sus brazos con delicadeza, procurando no dañarla en las zonas del cuerpo que se había magullado al caer del caballo. Gracias a Dios, el peor golpe se lo había llevado en la cabeza; y Ewan tenía la esperanza de que el traumatismo la hiciera recobrar el sentido común y disminuyera un tanto su testarudez.

— Ewan, yo...

Posó sus labios sobre los de ella, permitiéndose por unos segundos saborear su boca, su aliento. El recuerdo de la noche anterior inundó de golpe su mente y sintió deseos de tumbarla allí mismo y hacerle el amor. Le daba igual quién pudiera verlos o qué pudieran pensar, porque ella era... pura tentación.

— ¡Mi laird! ¡Tenemos problemas!

Lachlan interrumpió el momento, parándose frente a ellos con el rostro descompuesto. Ewan suspiró, mirando a la mujer que en unas semanas se transformaría en su esposa. No deseaba dejarla sola, pero era evidente que se había convertido en su debilidad; y un verdadero guerrero Highlander no podía permitirse tener ningún tipo de debilidad.

— Mi laird, por favor, se precisa su presencia en...

— Lachlan — le cortó, lanzándole una breve mirada amenazante — . Esta batalla es importante para ti, ¿verdad?

— Sí, mi laird.

— ¿Y mi seguridad? ¿Y la de mi familia? También es importante para ti, ¿verdad?

Sin saber a dónde esperaba llegar su laird, respondió.

— Sí, mi laird.

— Entonces no lucharás hoy — sentenció.

El rostro de angustia de Lachlan se hizo más que evidente.

— Tendrás que encargarte de trasladar a lady Diane hasta nuestra fortaleza y protegerla en el trayecto.

Lachlan no podía creer lo que estaba escuchando. Hacía años que no se veía envuelto en una batalla de tal índole y la había estado esperando con tantas ansias, que no participar en ella suponía una verdadera desilusión y decepción.

— Pero señor...

— No voy a confiar su seguridad a ningún otro — cortó, evidenciando que no cabía lugar a replica alguna.

Alistair apareció en ese momento, apremiando a Ewan para que acudiera al frente del campamento. Había problemas, aunque Diane no llegó a escuchar qué era lo que sucedía.

Eso sí, una cosa tenía clara: no se marcharía de aquel campamento sin antes hablar con Ewan Mackenzie y contarle la verdad.

Su mirada confusa chocó, de pronto, con los ojos enrojecidos de Sheena. Un escalofrío volvió a recorrer el cuerpo de Diane cuando su mirada de odio la traspasó. Se apresuró a mirar a Lachlan, que esperaba junto a ella, mientras se preguntaba a sí misma si la guardiana de tierras habría estado llorando hasta aquel momento y por qué razón. Hasta entonces, había tenido el estúpido pensamiento de que los guerreros Highlanders no lloraban. Aunque fueran mujeres.

— ¡¡Llévatela de aquí ahora mismo, Lachlan!! — gritó Alistair, acercándose hacia Diane y el soldado.

Parecía agitado y corría hacia ellos con una mano en la empuñadura de la espada y con otra sujetando su tartán mal colocado.

— ¡¡Llévate a lady Diane de aquí ahora mismo y ponla en un lugar seguro,

Lachlan!!

Ambos soldados se miraron intensamente a los ojos y Diane no pudo contenerse.

— ¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando? — inquirió, asustada, mientras una punzada de angustia le atravesaba el pecho.

— Alguien ha delatado nuestra posición, así que laird MacLeod ha decidido interrumpir nuestra emboscada acudiendo en solitario para un duelo.

— ¿Un... duelo? ¿Con Ewan...?

Aquello sonaba realmente peor que la emboscada.

— Así es, milady. Quien sobreviva a la batalla tendrá derecho a reclamar las tierras del otro clan.

A Diane se le congeló la sangre.

Se mantuvo varios minutos en shock, mientras Lachlan la cogía en volandas para obligarla a abandonar el campamento. Cuando quiso darse cuenta y reaccionar, ya se encontraban ascendiendo la ladera y dejando atrás el montículo tras el que los Mackenzie habían escondido su campamento.

— ¿Es peligroso, Lachlan? — preguntó con la voz ronca de ansiedad — . Dime la verdad.

El hombre dudó.

— Sí, milady. Es muy peligroso... Laird MacLeod es un anciano, pero siempre fue uno de los mejores guerreros con la espada y pocos hombres se atreven a desafiarle en un combate...

Ewan no podía morir, pensó, temblorosa y asustada.

Por suerte, Lachlan se encontraba tan nervioso como ella y detuvo su marcha en el alto de la ladera para observar la escena tras la protección de unos matorrales. Cuando la dejó en el suelo, Diane sintió un calambre atroz recorriendo su cabeza. ¡Por Dios, el dolor la estaba matando y el tobillo que se había golpeado no le daba tregua!

Se arrastró junto al guerrero para observar el campo y comprobó que Ewan cabalgaba a lomos de su caballo hacia una zona neutra, central, en tierra de nadie. Allí le esperaba laird MacLeod...

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó, sin poder creer lo que sus ojos estaban viendo.

— No se preocupe, milady, creo que mi laird tiene posibilidades de salir victorioso en este combate.

Pero no se trataba de eso, ni de Ewan; se trataba de laird MacLeod.

Diane se quedó contemplándole fijamente y comprendió que aquel hombre era la viva imagen de su seanair. La misma barba pelirroja, la misma expresión, la misma grandeza... ¡Dios Santo, era su seanair! ¡Su viva imagen!

Sintió un impulso incontrolable de traspasar los matorrales y de saltar al campo de batalla para detener aquella lucha entre los dos únicos hombres que ella había amado, pero no fue capaz de mover un solo dedo para actuar.

¿Cómo podría sobrevivir a aquello? Daba igual quién muriera, su corazón se partiría en mil añicos con ambos resultados. Se sintió una tremenda estúpida al pensar que había temido que ella desapareciera del mundo, pero considerando aquella opción, casi le parecía la más acertada. Quería que la tierra se abriera por la mitad y la engullera, sacándola de las Highlands para siempre. ¿Cómo iba a presenciar aquella lucha sin salir letalmente herida?

Ewan se bajó del caballo y, a unos metros de distancia, su seanair hizo lo mismo. Diane necesitó observar cómo laird MacLeod caminaba enfurecido y envalentado hacia Ewan para comprender la realidad. No, aquel hombre no era su seanair. Su querido abuelo Reid estaba muerto, y por mucho que lo habría amado y adorado, jamás lograría recuperarle. Pero Ewan... Ewan Mackenzie sí estaba vivo y aún podía conservarle...

Ambos guerreros blandieron la espada en el aire, pero fue Ewan el primero en golpear el pecho de laird MacLeod. El guerrero pelirrojo cayó al suelo, y Ewan aprovechó para abalanzarse sobre él.

— No debería estar viendo la batalla, milady... — señaló Lachlan.

Pero estaba tan concentrado en la lucha que a Diane le quedó claro que no iba a hacer nada por impedir que la observara.

El sonido de las espadas silbando en el aire hizo que a la joven inglesa se le erizase el vello por completo. Laird MacLeod se había levantado del suelo y blandía la espada con destreza, lazándose contra Ewan. Ciertamente que se le veía tan mayor como ella le había visto los últimos años de vida a su seanair, pero también era evidente que aquel guerrero sabía manejárselas muy bien en el campo de batalla. Laird MacLeod se lanzó en un ataque contra Ewan, y éste, a pesar de que logró esquivarlo, salió malherido de un brazo. Diane reprimió un grito de angustia, incapaz de apartar la mirada del hombre al que se había decidido amar... o del que se había enamorado sin decidir. No sabía cómo había sucedido, pero sabía que no quería perderlo de ninguna manera.

El corazón se le encogió en un puño cuando el hombre que resultaba la viva imagen de su seanair volvió a golpear a Ewan, malhiriéndole en la pierna derecha. Ewan Mackenzie no pudo sostener el peso de su cuerpo y se derrumbó de rodillas en el suelo, aún alzando en alto la espada para defenderse de otro posible ataque.

— No... — susurró Lachlan.

Diane supo lo que significaba; su laird estaba a punto de perder la batalla.

Entonces, recordando aquel primer encuentro en el bosque, se deslizó entre los matorrales hasta salir al claro que quedaba al otro lado, desde donde todo el mundo podía observarla. Portaba la flor violeta del cardo que su Highlander le había dejado en la almohada en la mano para otra vez cómo aquel grito inesperado salvó la vida de los guerreros Highlanders de la misma manera que ella le había salvado la vida a Ewan en el bosque.

¿Para qué iba a proteger su vida si Ewan fallecía? ¿De qué le servía a ella continuar en aquel lugar, en aquel siglo, en aquellas tierras?

Segundos después, Laird MacLeod alzó la espada en alto, dispuesto a terminar lo que había comenzado en aquella batalla... pero Diane no podía permitirlo..., no podía permitir que le arrebatasen a Ewan...

— ¡SEANAIR! — gritó con todo el aire que albergaban sus pulmones —

¡NO LO HAGAS!

Y justo en el instante en el que el guerrero pelirrojo alzaba la mirada hacia la joven del claro, Ewan Mackenzie lo atravesaba con la espada y una flecha, una flecha inesperada, se incrustaba en el estómago de Diane.

Ewan sacó la espada del cadáver de laird MacLeod y limpió la sangre de su enemigo en el tartán, intentando desprenderse de ella. Cuando se aseguró de que su atacante había fallecido, se giró hacia el claro para observar a la mujer que, por segunda vez en muy poco tiempo, le había salvado la vida. La imagen del cuerpo de Diane, rodando ladera abajo, le golpeó cómo un puñal que le atravesaba el corazón.

— Diane... No... — musitó, incapaz de comprender lo que había pasado.

Necesitó un segundo para reaccionar y salir corriendo hacia ella, mientras su cabeza trabajaba a gran velocidad intentando entender quién podía haber disparado la flecha. Diane se había expuesto en el claro, lo que significaba que cualquiera de los guerreros MacLeod podía haberla alcanzado sin problemas.

Las lágrimas comenzaron a brotar por su rostro sin descanso; no le importaba quién pudiera verle llorar y no le importaba si su gente lo consideraba un laird débil. Lo único que realmente quería era... a Diane. No podía perderla, a ella no.

La alcanzó un segundo después y la atrapó entre sus brazos.

La flecha continuaba incrustada en su estómago, rodeada por una mancha rojiza que teñía su vestido azul.

— Diane... Diane, abre los ojos... — sollozó, agitándola con fuerza.

No podía dejarle... Simplemente, ella no podía dejarle. Ella tenía que quedarse allí, con él.

— Por favor, estúpida e insensata mujer... abre los ojos...

¿Por qué había tenido que salir al claro? ¿Por qué había arriesgado su vida por la de él?

Arrancó la flecha de un tirón y colocó la mano sobre la herida de la chica

pelirroja, mientras sentía la sangre que se filtraba entre sus dedos. Comenzó a balancearla entre sus brazos, gimiendo, esperando un milagro de aquellos Dioses a los que tantísimas veces había retado con sus actos.

— Por favor, por favor... — suplicó — . Ella no...

Ella era inocente. Ella no merecía morir.

— ¡Mi laird! — gritó Alistair, alcanzándoles — . ¡Hay que llevarla al sanador!

21

El sanador del clan Mackenzie, Neakail, no le había regalado los oídos a su laird. Había sido completamente sincero, a pesar de que los pronósticos habían resultado fatales.

— Está gravemente herida.

— ¿No tiene ninguna posibilidad de sobrevivir? — inquirió Ewan, roto de dolor.

Neakail se dio cuenta de que en los ojos de laird Mackenzie se podía observar el brillo de aquel que estaba dispuesto a entregar un corazón a cambio de una vida. Era evidente lo mucho que amaba a aquella joven.

— Si sobrevive a esta noche, el pronóstico mejorará — admitió, encogiéndose de hombros.

El estado de la joven era tan delicado que no quería darle ninguna esperanza y tampoco podía decirle nada más positivo que aquello.

Ewan se arrastró hasta el claro en el que Diane se encontraba cuando la flecha le atravesó y se sentó allí. No sabía muy bien qué pretendía, pero tenía claro que si otra flecha le alcanzaba a él quizás, incluso, le hiciera un favor. Neakail no le dejaba acercarse a la tienda de tela en la que la mantenía resguardada y los minutos comenzaban a tornársele en horas. La noche se haría larga, muy larga.

— Es una guerrera, una guerrera de verdad.

La voz de Alistair a su espalda no le sorprendió.

Sabía que su comandante, que a su vez era su mejor amigo, no iba a dejarlo a solas en un momento tan duro. Se alegró de que estuviera presente, porque sabía que con Alistair no tenía que fingir fortaleza y podía permitirse sufrir.

— Lo sé...

— Sobrevivirá, Ewan. Confía en mí.

No fue capaz de creer sus palabras, pero rezó porque se convirtieran en realidad.

Alistair caminó hasta quedar junto a Ewan y se sentó a su lado.

— Gracias por acompañarme en esto, amigo — murmuró Ewan, alzando la mirada hacia las estrellas mientras recordaba las palabras de Neakail; si sobrevivía a aquella noche, el pronóstico mejoraría.

Suplicó a todos los astros que cuidasen de su sirena pelirroja, que la salvarasen...

— En realidad, siento decirte que no he venido para acompañarte, mi laird.

Ewan se giró, sorprendido ante la confusión de su amigo. Pudo comprobar que su semblante se encontraba repleto de confusión e... ira. Mucha ira.

— ¿Qué ocurre?

Alistair sopesó si contarle la verdad o no, pero sabía que Ewan la merecía. No se lo había contado antes porque había creído que hasta ese instante su preocupación por Diane debía de ser lo único que le rondase en la cabeza, pero llegados a ese momento...

— Alistair, amigo, cuéntame — insistió Ewan — . ¿Qué ocurre?

— Sé quién disparó esa flecha...

Ewan le miró a los ojos profundamente, procurando concebir la confesión que acababa de hacerle.

— ¿Quién...?

El rostro de su comandante se torció en una mueca de odio y repulsión.

— Fue Sheena, mi laird.

¿Sheena...? ¿Por qué...?

— Se encontraba bajo la ladera, a solas, cuando la vi correr para esconder un arco en su tienda. Además, los guerreros MacLeod no habrían logrado lanzar con tanta fuerza y velocidad una flecha a tal distancia... Dudo, incluso, que el más fuerte de los Mackenzie lograra semejante hazaña.

No lo pensó demasiado. Se levantó del frío y mojado musgo y con paso acelerado se dirigió hacia el campamento en busca de su guerrera de tierras. No podía contener la rabia, la ira y el odio, y aunque no conseguía encontrar la razón por la que Sheena hubiera podido querer asesinar a Diane, tampoco le importaba. Confiaba plenamente en la palabra de Alistair y... se sentía herido, dolido... Sabía que si Diane moría aquella noche, su vida también alcanzaría final.

Cuando encontró a la guerrera, sentada contra el tronco de un árbol cenando una pata de conejo, todo su cuerpo tembló de rabia. Estaba a punto de asesinarla en el acto, pero logró contenerse lo suficiente como para preguntar y esperar una respuesta.

— ¿Por... qué? — escupió, rabioso.

Sheena lo miró a los ojos, asustada.

— Mi laird... yo... — tartamudeó, insegura. Sabía que no tenía sentido negarlo — . Yo he estado siempre aquí y... tú... la has preferido a ella...

Sus ojos se encharcaron con rapidez y su rostro se desfiguró en una mueca de espanto cuando Ewan alzó la espada en alto.

No le concedería ninguna piedad.

Sin pensárselo dos veces, hundió la espada en su cráneo partiéndolo en dos. La sangre que la asesina emanaba manchó su rostro y sus ropas, y aunque se sintió sucio, no pudo apartar la mirada del cadáver durante un largo rato.

La rabia seguía fluyendo en él incontrolablemente...

22

Diane se sentía muy débil y mareada.

Le costaba distinguir entre la realidad y sus sueños, pero a pesar del esfuerzo, procuraba encontrarse presente por si volvía a escuchar de fondo la voz de Ewan.

Sabía que no le dejaban entrar al lugar en el que ella se encontraba, pero su Highlander no se rendía y regresaba a la tienda cada dos por tres para asegurarse de que ella se encontrara bien. Bueno, en realidad, preguntaba “si seguía viva”, cosa que Diane no sabía muy bien cómo procesar.

De todas maneras, en ese estado, nada le importaba realmente. Sabía que la batalla había finalizado y que Ewan se encontraba sano y salvo con sus guerreros, y con esa afirmación le bastaba y sobraba. Reclamaría las tierras de los MacLeod y después todos regresarían a casa, seguros y felices. Eso era lo único que deseaba.

— Diane... ¿Puedes escucharme? — la voz de Neakail llegaba muy lejana.

Quería responderle, pero se sentía tan débil que sus cuerdas vocales no respondían a la orden que ella les enviaba.

— Diane, si pue...

Pero las sirenas de una ambulancia inundaron la tienda por completo, amortiguando la voz de Neakail. Diane se sintió extraña y confundida, así que se esforzó por abrir los ojos para poder verificar el lugar en que se encontraba. También intentó pronunciar el nombre de Ewan; pero nada dio

resultado. El sonido de la ambulancia invadía todo y cada vez se sentía más débil y más mareada... más ida...

— Te querré siempre, Diane — susurró Ewan, justo antes de que todos los sonidos se apagasen.

Cuando abrió los ojos, se encontró con la blanquecina habitación de un hospital. Tenía un gotero conectado a una vía, en su brazo, y un aparato monitorizaba los latidos de su corazón.

— Ewan... ¡¡Ewan!!

Su pulso se disparó completamente al comprobar que, de alguna manera incomprensible, había regresado a aquel maldito siglo XXI en Inverness. Estaba convencida de que había vuelto a pasar... De que, una vez más, había viajado en el tiempo.

Su rostro se inundó de lágrimas mientras una opresora ansiedad se hacía cargo de su cuerpo, asfixiándola. Su lugar no estaba allí, estaba junto a Ewan... ¡¡Quería estar junto a Ewan!!

— Ey, ey... — susurró una enfermera, irrumpiendo en la habitación.

Se acercó hasta la joven pelirroja y colocó una mano en su frente, intentando relajarla.

— ¡¡¡Ewan!!! ¡¡Ewan!!

Diane no podía creer que hubiera regresado, ¡no tenía sentido!

— ¿Qué ocurre aquí? — preguntó un doctor que acababa de llegar.

— Se ha despertado del coma con un ataque de ansiedad — explicó la enfermera, aún acariciando el rostro de la alterada joven.

— Ponle un calmante, Beth... Está demasiado nerviosa.

El doctor se colocó frente a la camilla de Diane y se quedó contemplando su asustada mirada.

— Diane Craig, ¿reconoces tu nombre?

— Sí... — musitó, sollozando.

— Bien — continuó el doctor — . Hace una semana te atropelló un vehículo e ingresaste en esta clínica con un traumatismo craneoencefálico. Presentabas graves heridas internas así que, tras la operación, procedimos a inducirte un coma...

— Todo este tiempo... — titubeó, confusa — ..., ¿he estado en coma?

— Así es, Diane.

¿Todo había sido un sueño? ¿Una alucinación?

— Tienes que calmarte y relajarte, porque lo único que pretendemos es curarte, Diane... No vamos a hacerte daño.

Ella asintió como una niña pequeña que acepta una explicación de un padre.

Se sentía confusa y en aquellos instantes, necesitaba aferrarse a un pedacito de realidad.

— ¿Cómo...?

— ¿Qué cómo ocurrió? ¿El accidente? — preguntó el doctor.

Ella asintió.

Mientras tanto, Beth, la enfermera, procedía a colocarle el gotero con el sedante. Diane no tardó en sentir los efectos tranquilizantes que le suministró.

— Es complicado, pero el conductor afirma que te lanzaste a la carretera y que apareciste de la nada. Tuviste suerte de que una ambulancia que regresaba de un aviso falso se encontrase en la zona, seguramente ésa sea la razón de que sigas con vida...

— ¿Y... el conductor del coche?

— No sufrió heridas graves — respondió — . Aunque se ha mostrado dispuesto a colaborar y lleva toda la semana esperando a que despiertes para poder hablar contigo.

— ¿Conmigo?

El doctor asintió.

— Eso creo. La policía también quiere aclarar lo sucedido... — explicó el hombre brevemente, intentando no saturar a Diane con demasiada información — . Además, tendremos que someterte a un examen psicológico, Diane. No quiero que te agobies con esto y antes tendremos que examinarte exhaustivamente, pero quiero que conozcas los procedimientos a seguir en casos como estos...

— ¿Y luego... podré marcharme?

Necesitaba arrancarse aquellos cables y abandonar el lugar cuanto antes.

— Sí el examen físico es positivo y si el examen psicológico no muestra nada extraño, sí. Tendrás que pasar veinticuatro horas más en observación, pero te veo lo suficientemente lúcida, Diane.

Tenía que encontrar a Ewan. Debía encontrarle.

Por mucho que le dijeran que había pasado una semana en coma, ella sabía que nada de lo que había vivido había sido un sueño. No podía serlo.

— Voy a buscar a la policía para que pase a verte, ¿vale?

Diane asintió.

Cuando la enfermera también abandonó la habitación, no pudo evitar derrumbarse. Aquello no podía estar sucediéndole a ella; no después de que por fin hubiera encontrado un lugar en el que sentirse en casa. Un hogar. Un amor. Una vida por la que luchar.

Hundió su rostro entre las sábanas, intentando encontrar la manera de escapar de aquella pesadilla y regresar junto a él.

— ¿Perdona, puedo pasar? Me gustaría hablar contigo un momento.

Una voz masculina obligó a Diane a levantar la cabeza. Le costaba procesar que conocía muy bien aquella voz porque... ¡Era su voz!

— ¿Ewan? — inquirió, mirando fijamente sus ojos celestes.

No podía creer que estuviera mirándolo, frente a frente. Estaba diferente pero...

— No, Edwin, ¿acaso nos conocemos? — inquirió el hombre, frunciendo el ceño.

Diane no supo qué responder, pero su rostro debía de expresar tal desconcierto que Edwin no esperó su aprobación para pasar al interior.

— Siento mucho todo lo que te ha pasado, Diane — comenzó, sin apartar la mirada de ella — , me llamo Edwin Mackay y soy el hombre que conducía el coche que te atropelló.

Guardó silencio, pero ella siguió sin decir nada.

¿Por qué le perturbaba tanto la mirada de aquella chica?

— Sólo quería disculparme contigo... No... Yo no..., yo no tuve tiempo a reaccionar, Diane. Apareciste de la nada, saltaste a la carretera y...

Ella sacudió la cabeza en señal de negación, sumergida en su mirada celeste. Ésa que había creído que jamás volvería a ver.

— No tienes que disculparte, Edwin... No recuerdo lo que pasó, pero empiezo a tener la firme convicción de que en las Highlands el destino le da a cada uno aquello que se merece...

El muchacho no supo qué responder.

— ¿Podría hacer algo por ti, Diane? — inquirió, hipnotizado.

¿Por qué demonios se sentía tan estúpido en aquellos instantes?

— Sí — asintió, sonriendo levemente — . Podrías quedarte conmigo...

Edwin Mackay dibujó otra leve sonrisa y tomó asiento en la butaca que se encontraba en aquella habitación de hospital, justo al lado de la chica pelirroja.

— Edwin... ¿Puedo confesarte algo? — preguntó Diane, recordando de nuevo aquel primer encuentro que tuvieron en el bosque.

El chico de los ojos de cielo asintió sin dudar.

—No puedo explicarte porqué, pero sé que nuestros caminos estaban predestinados a cruzarse... —murmuró, justo antes de que el calmante la obligase a cerrar los ojos.

FIN

Nota del autor

Querido lector, espero que hayas disfrutado de este viaje tan escocés y que hayas vivido junto a Diane cada una de sus aventuras.

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

SOBRE EL AUTOR

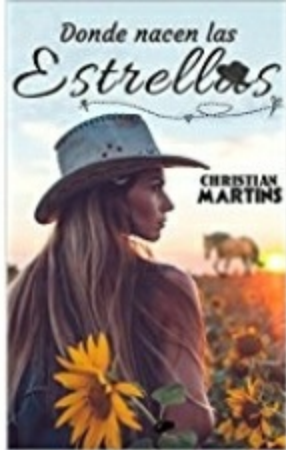
Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Donde Nacen las Estrellas



Gina Steven se ve obligada a regresar al rancho en el que nació y se crió; y éste es un viaje con el que no contaba. Rodeada de barro, de caballos y de un vaquero insoportable al que llevaba diez años intentando olvidar, se desvivirá por procurar solucionar los asuntos que la retienen en Kansas y regresar a la ciudad...

¿Conseguirá dejar atrás el cielo en el que nacen las estrellas? ¿Esas campos en las que conoció el significado de amar?

Al fin de cuentas, ella es una chica de ciudad.

Ave Fénix



Tras la muerte de su padre, Madison Harvey y su madre se trasladan a un pequeño pueblo con la intención de comenzar una nueva vida; pero la joven Maddi no tarda demasiado en darse cuenta de que en ese lugar los habitantes se comportan de una forma muy extraña.

Ninguno de los pueblerinos habla en su presencia.

Todos parecen evitarle.

Nadie le quiere cerca.

Jamás contarán su historia.

No pronunciarán su nombre.

Madison no tarda demasiado en escuchar el consejo de sus vecinos: aléjate de él.

Pero, por mucho que lo intente, ella no puede dejar de preguntarse: ¿quién es?



Mi protector- Su protegida (Bilogía)

Harry Hunter siempre ha sido el mejor en lo que hace por varias razones: no tiene familia, ni amigos, ni pareja. Vive, exclusivamente, para cumplir con sus misiones y sobrevivir al día a día. Pero su rutina se irá al traste cuando le ofrezcan una nueva misión; una que no podrá rechazar y en la descubrirá a la joven Bailey Kim.

La teoría se la sabe muy bien: no debe establecer lazos sentimentales si quiere continuar con vida. Pero en la práctica es otra cosa. Bailey tiene algo especial que le atrae, algo que le impide desentenderse de todo y renunciar, algo que no le permite traicionarla.

Protegerla, liberarla y cuidar de ella no será sencillo, pero ya no tiene nada que perder.



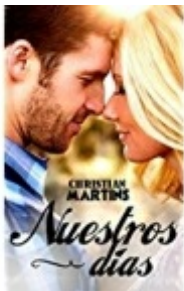
UNA COSA DE LOCOS

La suerte sonríe a Emma Owens cuando un abogado inglés le comunica que su rico y poderoso tío Larry ha fallecido y que ella será la heredera de toda la fortuna y propiedades que el hombre poseía.

Decidida a disfrutar de su nueva vida cuanto antes, abandona la gran ciudad para volver a Inglaterra y poder realizar los papeleos de la herencia cuanto antes. Pero por desgracia para Emma, las cosas no son tan sencillas como parecían...

En su pueblo natal, tendrá que solucionar la lista de “requisitos” que ha confeccionado su tío para que ella pueda cobrar la herencia y, además, tendrá que reencontrarse con Michael Gardner, un exnovio al que abandonó tiempo atrás que se ha convertido en uno de los hombres más poderosos de la zona.

Menos mal que su compañera de piso, Abigail, está junto a ella para apoyarla y ayudarla en todo.



NUESTROS DÍAS

A pesar de todo lo que tiene, Will Brown no está pasando por el mejor de sus momentos. Mientras unos malos pronósticos se ciernen sobre su futuro, los recuerdos del amor de su juventud comienzan a atormentarle y no logra

sacarse de la cabeza a aquella chica que verano a verano le fue robando el corazón.

Si se marcha y regresa para buscarla quince años después de que se dijeran adiós por última vez, perderá todo lo que ha construido en su perfecta vida...

Pero, ¿y si se queda? ¿Será capaz de enfrentarse a aquel pasaje de su juventud sin cerrar que abandonó en el lago de Witley?



LA CHICA QUE SE LLAMABA COMO UN COMETA

¿Qué tiene la heladora voz del señor X?

A veces ser feliz es más difícil de lo que parece, y Holly lo sabe muy bien. Nadie puede negar que la muchacha se esfuerza mucho, pero ahora mismo su vida es un auténtico desastre: todos la odian en su trabajo, su novio la ha dejado por una versión más joven y estilizada de ella, ha engordado unos kilos y, encima, ha pasado tantos años esforzándose por ser la novia perfecta y por agradar a los demás, que ni siquiera se gusta a sí misma.

Lo que Holly no sabe es que el misterioso hombre que conoció entre las sombras parece estar dispuesto a hacer cualquier cosa por descubrir qué esconde la chica que (no) se llama como el cometa, esa que brilla incluso en la oscuridad.



Bilología “Yo no soy tu vampiresa”

Amanda ha perdido a su marido, está centrada en su hijo y lo único que

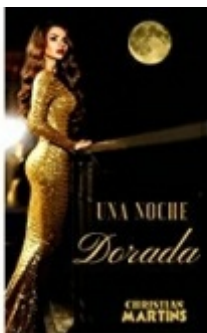
espera de la vida es que su pequeño sea feliz.

Derek es algo brusco y torpe, pero un romántico de corazón. Después de que su mujer le abandone por otro, decidirá que todas son unas arpías despiadadas. ¿Por qué ya no quedan mujeres reales en el mundo?, pensará.

¿Y Pipper? ¿O mejor dicho, Fantasma? Un cachorrito de cocker que parece dispuesto a completar esta historia y unir todos los cabos sueltos.

¿Quién no cree en el destino? ¿En el amor? ¿En las segundas oportunidades?

¿Puede una vampiresa y un pequeño diablillo conquistarte el corazón?



SAGA “UNA NOCHE” (UNA NOCHE DORADA, UNA NOCHE CONTIGO, UNA NOCHE NUESTRA, UNA NOCHE PERFECTA)

Arianna Townsend no tiene pensado, por el momento, enamorarse.

Está acostumbrada a tener al hombre que quiera en cualquier instante y que todos la traten como si fuera una reina. Disfruta jugando con ellos para después decirles adiós, sin que ninguno le exija ningún compromiso.

Pero su perfecta vida se irá al traste cuando aparezcan Jason, un atractivo chofer que su padre acaba de contratar, Steve Lowell, un inglés de la alta sociedad que desea conquistar a la hija de su jefe por encima de todo y Markus, un pobre chico al que Arianna le robó el corazón.

El baile de La Noche Dorada se acerca y todas las miradas estarán centradas en la rica y atractiva joven, pero la noche no terminará tal y como esperaba ella.

Arianna tiene demasiados secretos y hay mucha gente dispuesta a destrozarse la vida de la mediana de los Townsend...

La indecisión y la pasión serán los ingredientes principales de esta erótica historia para atrapar al lector.

¿Por qué no vienes a descubrir la mansión de Manor House?



TRILOGÍA “SECRETOS, SECRETOS 2 Y SECRETOS 3”

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero. Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos.

Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece.

Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más

remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?



NOSOTRAS (JUNIO 2017)

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»



ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor.

Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada...

Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito...

Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.



MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»



BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»



SERÉ SOLO PARA TI (BILOGÍA) (FEBRERO 2017)

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»